

Rama - Dr. Frederick Lenz

En las cumbres del Himalaya

(Surfing the Himalayas)

El prodigioso encuentro de un hombre
con su Maestro



EN LAS CUMBRES DEL HIMALAYA

Rama - Dr. Frederick Lenz

En las cumbres del Himalaya



Javier Vergara Editor s.a.
Buenos Aires / Madrid
México / Santiago de Chile
Bogotá / Caracas / Montevideo

Título original
SURFING THE HIMALAYAS

Edición original
InterGlobal Seminars, Inc.

Traducción
Ana Mazía

Diseño de tapa
Verónica López

© 1994 Rama - Dr. Frederick Lenz
© 1995 Javier Vergara Editor s.a.
Paseo Colón 221 - 6° / Buenos Aires / Argentina

ISBN 950-15-1541-9

Impreso en la Argentina / Printed in Argentine
Depositado de acuerdo a la Ley 11.723

Esta edición se terminó de imprimir en
VERLAP S.A. Comandante Spurr 653
Avellaneda - Prov. de Buenos Aires, Argentina,
en el mes de octubre de 1995

ॐ नमो भगवते वासुदेवाय

ॐ

Este libro de mis
aventuras en el Himalaya
está dedicado
a aquellos que buscan
la Iluminación y la Risa

ॐ

ॐ

El siguiente relato de mis aventuras en el Himalaya se basa en una serie de experiencias que viví tiempo atrás, en Nepal. Me he tomado la libertad de transformar aquellos hechos en una obra de ficción, aunque están basados en hechos reales. Espero que las experiencias internas y externas que presento en las páginas que siguen le entretengan y le iluminen.

Rama - Doctor Frederick Lenz

ॐ

Indice



1	Viaje a Nepal	15
2	Cómo conocí al maestro Fwap	21
3	El camino a Katmandú	25
4	Otro sueño insólito	35
5	Visito al maestro Fwap	39
6	El maestro Fwap explica el karma	43
7	Hago una pregunta	53
8	El secreto de la Rae Chorze-Fwaz	55
9	El maestro Fwap imparte un breve curso sobre los ciclos terrestres y los modelos áuricos	59
10	El sueño profético del maestro Fwaz Shastra-Dup	75
11	Una taza de té iluminadora	77
12	Tú eres la tabla	89

13	Historias de la nieve	103
14	Deslizamiento jerárquico versus deslizamiento relativo	121
15	Experiencias en la cúspide	149
Ultimo capítulo	El vacío de la nieve	161



Viaje a Nepal



Siempre amé la nieve. Algo en la blancura perfecta de sus cristales me transporta a la dicha. En noches heladas de tempestad de nieve, cuando la gente sensata se quedaba dentro, junto al fuego hogareño, y los niños dormían abrigados como crisálidas en su capullo en los lechos tibios, cubiertos con mantas y los chupetes en la boca, yo caminaba solo por los prados cubiertos de nieve y bordeados de pinos.

Desde niño me fascinó la nieve. En las mañanas frías de invierno y en las tardes heladas, jugaba en la nieve hasta que mi madre me llamaba; yo entraba con las mejillas enrojecidas y los dedos ateridos. Mi madre me daba chocolate caliente y secaba mi ropa empapada, las botas y los guantes, junto a la chimenea.

En cuanto mi ropa se secaba y yo volvía a ponérmela, corría fuera otra vez, a la blancura nevada del patio trasero y jugaba, feliz, hasta que el sol se ponía y comenzaban a aparecer las primeras estrellas.



Quizá me habría convertido en médico (como quería mi madre), o ingresado en la facultad de Derecho y graduado de abogado (como

aconsejaba mi padre), de no haber sido porque, cuando cumplí siete años, mis abuelos me regalaron el primer trineo.

Era un Volador Flexible de roble desteñido, con patines de acero del color rojo de un camión de bomberos. En un orgulloso letrero estampado en negro se leía VOLADOR FLEXIBLE sobre la rubia armazón de roble, para que todo el mundo lo viese. Pasé gran parte del invierno —y muchos inviernos sucesivos— sobre mi Volador Flexible, bajando a toda velocidad por cuanta pendiente empinada y nevada pude encontrar.



No hay nada como deslizarse por la nieve. El viento frío pega en el rostro mientras uno se desliza inclinado, bajando una pendiente empinada. Uno conduce con las manos y aplasta el cuerpo lo más plano posible contra el trineo, esperando ganar más velocidad. Yo maniobraba velozmente, primero a la izquierda y luego a la derecha, tomando siempre las zonas más abruptas del sendero para alcanzar la máxima velocidad.

Pasé muchos inviernos gélidos perfeccionando las maniobras para tomar las curvas a mayor velocidad. En cuanto llegaba al pie de una colina, me precipitaba de inmediato hacia la cima otra vez, para arrojarme nuevamente con el trineo. Llegó un momento en que era capaz de deslizarme con mi trineo más rápido que cualquiera de mis amigos.

Creo que fue una consecuencia lógica que, con el curso del tiempo, cambiara el trineo por la tabla para deslizarse por la nieve o *snowboard*. El esquí era un deporte demasiado sociable para mí: le faltaba la intensidad pura y la gracia de mantenerse de pie sobre una tabla de fibra de vidrio de menos de un metro y medio, cayendo a plomo por laderas de montañas nevadas.

Tras deslizarme por casi todas las montañas altas de Estados Unidos y Canadá, hice el equipaje, en el que incluí dos *snowboards*, me despedí de amigos y parientes, y abordé un avión rumbo a Nepal, para deslizarme por las cumbres del Himalaya, en las máximas alturas del mundo.



Volé en Lufthansa a Frankfurt, donde hice transbordo hacia Katmandú. Llegué una fría tarde de finales de enero y después de pasar la aduana nepalesa fui directamente a la hostería juvenil de Katmandú.

La hostería estaba en la parte oriental de Katmandú. Era un edificio de ladrillo y estuco de dos plantas, con ventanas diminutas. Dentro había catres y muchos estudiantes de universidades europeas. La mayoría había ido a Nepal en busca de "iluminación" y esperaba encontrarla sentada a los pies de algún monje budista de la zona.

La comida de la hostería era sencilla pero buena: dos sopas picantes, pan regional y té. Después de registrar mi ingreso, comí y conversé con una estudiante alemana rubia, que también se alojaba allí. Al ver mis tablas me hizo muchas preguntas, con evidente acento extranjero, acerca de mi deporte favorito.

Durante una hora respondí las preguntas y luego me despedí, bostezando de fatiga. Me lavé con agua helada, pues ya no quedaba agua caliente, me metí en mi saco de dormir; mientras dormía tuve un sueño de lo más extraño.

En el sueño me deslizaba con la tabla por una montaña gigantesca. Ante mis ojos se extendía una loma descendente. Yo iba feliz sobre la tabla zigzagueando por la nieve de consistencia de polvo granuloso cuando de pronto, desde no sé dónde, ¡justo frente a mí apareció un monje budista, calvo, menudo, vestido con una túnica de color azafrán!

Giré la tabla hacia la izquierda para no atropellarlo, ¡pero él no se movió! Luego intenté torcer hacia la derecha para evitarlo... ¡pero seguía allí! Al parecer, no importaba en qué dirección ni cómo maniobraba yo la tabla: siempre se las arreglaba para quedar unos metros delante de mí.

Por alguna razón, en sueños es fácil aceptar las situaciones más insólitas como si fuesen corrientes; acepté el hecho de que no podía apartarme de él y me quedé contemplando al pequeño monje budista de cabeza calva.

De todo su cuerpo emanaba una bella luz dorada, suave y fosforescente, que lo rodeaba. Al examinarlo con más atención, lo que atrajo mi mirada de manera irresistible fue su rostro, surcado de pliegues y arrugas propios de la edad.

Yo lo contemplaba y el monje, impasible, me devolvía la mirada. De pronto, de manera inesperada, me hizo un guiño... ¡y desapareció tan rápido como había aparecido!

Miré adelante y vi que me deslizaba con la tabla hacia el borde de un abismo. Sin poder detenerme, salí disparado; el sueño se había

convertido en pesadilla y comencé a caer vertiginosamente por el interminable abismo de nieve.

Estaba a punto de gritar cuando oí una voz a mi derecha. La voz masculina, en tono firme, me dijo:

—No te rindas. ¡Vuela! Usa la mente. ¡Puedes hacerlo!

Eché una mirada rápida a mi derecha, vi que el monje bajito y calvo había reaparecido de pronto. De pie en el aire, cerca de mí, caía exactamente a la misma velocidad que yo.

—¡Vuela! ¡Hazlo!—dijo, en tono más firme aún—. ¿Qué alternativa te queda? Emplea tu fuerza de voluntad. ¡Si no lo haces ahora, morirás y no conocerás a la gente que tienes que conocer y ayudar!

Al oírlo hablar, por extraño que parezca, de súbito, supe qué hacer: empujando hacia abajo con todo mi sentimiento, empecé a frenar el descenso. Presioné con más fuerza y logré detenerme en el aire. Empujé hacia abajo con toda mi potencia y comencé a ascender lentamente. Con la ayuda de mis sentimientos para impulsarme y guiarme, me elevé con mi *snowboard* hasta llegar al risco, sano y salvo. Entonces me detuve.

—No fue tan difícil, ¿verdad?—oí que me preguntaba la misma voz.

Paseé la mirada alrededor en busca del monje calvo, pero no lo vi por ningún lado. Esa habilidad para aparecer y desaparecer, y para hablar sin ser visto, empezaba a irritarme.

—No te preocupes por saber dónde estoy—dijo—. Pronto me verás.

Y con estas palabras resonando en mi mente, me despertó el sol matinal que entraba por las ventanas de la hostería y me daba en la cara, en esa primera mañana en Nepal.



Tras lavarme y vestirme, tomé un desayuno rápido con té caliente y pan frío con miel. Luego, salí a explorar Katmandú. Las calles estrechas ya estaban llenas de gente que compraban alimentos y otros artículos.

Caminé dichoso en medio de la multitud, oyendo los pregones musicales de los vendedores nepaleses que ofrecían sus mercancías. Mientras andaba por las calles de la ciudad percibí los aromas penetrantes del azafrán, el comino y el cilantro que emanaban los restaurantes y puestos de especias, perfumando el aire.

Había olvidado por completo el sueño de la noche anterior, hasta

que vi a varios monjes budistas calvos, con sus túnicas de brillante color ocre, que caminaban en mi dirección. Entonces recordé al monje que levitaba en mi sueño de la noche pasada.

Al verlos dirigirse hacia mí, me asaltó la loca idea de que si lograba concentrarme con fuerza en mi deseo, como en el sueño de la noche anterior, podría volar hasta el cielo y revolotear sobre las cabezas de esos monjes. Reí en silencio por lo absurdo de mis pensamientos, y en ese preciso instante los monjes me sonrieron abiertamente. Cuando pasaron a mi lado no pude dejar de preguntarme si me habrían leído el pensamiento por medio de la telepatía, y si les resultaba tan divertido como a mí.



Después de pasear una hora por las calles de la ciudad, comencé a aproximarme a los suburbios de Katmandú. Allí vislumbré por vez primera las cumbres del Himalaya. Las montañas gigantescas, cubiertas de nieve, se alzaban en el horizonte lejano y desaparecían de la vista en medio de nubes grises que se cernían constantemente sobre ellas. La luz del día y las sombras proyectadas por las nubes al moverse jugueteaban por las laderas resplandecientes.

Contemplé el Himalaya durante un lapso que me pareció infinito. El macizo ejerció sobre mí un efecto instantáneo y magnético: ¡en ese mismo instante supe que había llegado el momento de deslizarme por las cumbres del Himalaya!



La recepcionista nepalesa de la hostería acordó con un granjero de la zona que este me llevara a la montaña en su carro tirado por un yak. Sentado sobre un montón de paja, con mi tabla al lado, escuché los interminables comentarios del granjero sin entender una sola palabra.

Cada vez que pasábamos ante un templo o un edificio grande, levantaba el brazo derecho y señalaba. Me sonreía y, en tono eufórico, me decía en nepalés algo que yo no entendía. Procurando ser cortés, yo le devolvía la sonrisa y asentía con la cabeza, como si comprendiera, mientras avanzábamos a los tumbos por el camino de rocas y grava.

Tras unas horas de recorrido, el camino se empinó de manera

abrupta y comencé a ver las cumbres del Himalaya desde más cerca. La belleza áspera y afilada de esos montes me transportó y al contemplarlos desde el carro tuve la sensación de recordar todo aquello. Percibí con claridad que de algún modo, en otro tiempo, había estado en esas montañas majestuosas, aunque era esta la primera vez en mi vida que pisaba el Himalaya.

Poco a poco, fuimos subiendo por un desfiladero. Cuando llegamos a la cima, hice señas al conductor de que se detuviese y me dejara bajar: en ese punto, un sendero angosto ascendía ondulante hacia una zona más alta de la sierra. Para llegar a la cumbre de la montaña, tendría que hacer el resto del camino a pie.

Recogí la tabla y el resto de mi equipaje, di las gracias al granjero en inglés y me despedí. El hombre sonrió y me devolvió el saludo. Luego me dijo algo en nepalés en tono de advertencia, ¡pero por lo que yo conocía del idioma, podía estar deseándome buena suerte!

Giró, me saludó con la mano y se fue con su carro, dejándome solo en medio de la nieve, cuando caía la tarde, a mitad de camino de mi primera montaña en el Himalaya. Me sujeté la tabla y el equipaje a la espalda e inicié el largo y arduo ascenso por la empinada senda rocosa hacia la cima de la montaña.



Cómo conocí al maestro Fwap



Después de subir por el empinado sendero más de tres horas, llegué por fin a la cima de la montaña. A diferencia de las montañas de Estados Unidos por las que estaba acostumbrado a deslizarme, en los Himalaya no había telesillas ni vehículos rápidos que me llevaran a la cumbre. De pie, por primera vez en mi vida en una cima del Himalaya, bañado en transpiración por el esfuerzo del ascenso, miré hacia abajo las laderas cubiertas de nieve que tenía ante mí.

Contemplando el horizonte lejano, de pronto comprendí que estaba en la cima de una montaña dos veces más alta que cualquiera por la que me hubiese deslizado hasta el momento con mi tabla. De pie, atento al sonido del viento, abrigué la secreta esperanza de que en ese monte no fuesen frecuentes las avalanchas.

Aquel día había llevado mi tabla más larga, y si bien era más difícil de maniobrar que la corta, resultaba más veloz y se adaptaba mejor al polvo profundo.

Me quité de la espalda las provisiones del día, abrí la mochila y saqué las botas de deslizarme en la nieve. Sin demora, desaté y me quité las botas de trepar, las guardé en la mochila, la cerré y volví a cargármela a la espalda. Por último, me puse las gafas protectoras, me subí a la tabla

y me preparé para deslizarme ladera abajo desde mi primera cima del Himalaya.

¡El camino hasta abajo fue fantástico! Me lancé sobre la nieve polvo como un proyectil. Hacia el final de la carrera el terreno empezó a volverse llano, y mi velocidad, a disminuir. ¡En ese mismísimo instante, atropellé a mi primer monje budista!

No supe de dónde había llegado. Al principio, pensé que estaba soñando otra vez. ¡Pero ahí, a menos de siete metros de mi tabla que descendía con rapidez, vi de pie a un monje budista bajo, de túnica color azafrán!

Pero a diferencia del que había aparecido en mi sueño la noche anterior, este estaba de pie frente a mi tabla, que descendía a toda velocidad y no se mantenía, como por arte de magia, a la misma distancia; ¡por el contrario, aunque viré a la izquierda con fuerza y velocidad para no atropellarlo, caí directamente encima de él! La fuerza del choque nos hizo caer a los dos en el suelo cubierto de nieve.

Por fortuna para el monje calvo, yo no iba a mucha velocidad cuando choqué con él. Por desgracia para mí, cuando dejamos de rodar por la nieve y nos pusimos de pie otra vez, la expresión del monje me reveló de manera evidente que estaba realmente enfadado.

Me acerqué para pedirle disculpas y ver si estaba bien; aunque no parecía muy feliz por haber sido atropellado por una tabla para nieve, no se había hecho daño. Al observarle el rostro, para mi gran sorpresa, lo reconocí: ¡era el mismo monje calvo que había visto en mi sueño la noche anterior!

Lo miré en silencio, sin saber qué hacer ni qué decir. Lamenté no haber seguido un curso acelerado de nepalí antes de chocar. Luego de observarnos unos minutos, rompí el incómodo silencio que crecía entre los dos. Aunque supuse que no entendería una palabra, me disculpé en inglés; el monje bajo y calvo seguía sacudiéndose la nieve de la túnica. Me pareció que una disculpa, aunque fuese en una lengua no compartida, era mejor que ninguna.

Por la intensidad de la expresión del monje, supe que escuchaba con suma seriedad lo que yo le decía. Cuando finalicé, se relajó y ya no pareció tan molesto.

Quise decirle que lo había visto en mi sueño, pero además de no saber nepalí, por alguna razón sentí que no era el momento adecuado para iniciar una conversación superficial.

Continuó el silencio mientras los dos nos contemplábamos. Luego el monje calvo, que aún tenía el rostro cubierto de copos de nieve como

consecuencia de su reciente choque con un joven norteamericano y su *snowboard*, me habló... no en el musical nepalí que yo esperaba, sino en un inglés perfecto y elegante, aunque con ligero acento extranjero.

—Nuestro encuentro estaba destinado a ocurrir, y tu karma hizo que ocurriese—comenzó—. No es en absoluto necesario que te disculpes. Por otra parte, como puedes ver, no estoy lastimado. En cambio tú, joven, pareces mucho más golpeado que yo.

—¡Le vi la otra noche, en un sueño! —barboté.

—Eso no era un sueño —replicó—. Era real.

—¿Cómo es posible? Los sueños no son reales, ¿verdad?

—¡Oh, sí lo son, mi joven amigo, sí lo son! Vamos, vamos. Levanta la tabla en la que volaste montaña abajo y ven conmigo andando, hasta Katmandú. Conversaremos mientras caminamos. Vamos... tendremos que darnos prisa. Pronto se pondrá el sol y hará demasiado frío... ¡hasta para un monje budista!

Mientras él hablaba, pensé en la larga caminata que me esperaba hasta la hostería de Katmandú, y de pronto me di cuenta de que estaba muy cansado. Como si me hubiese leído el pensamiento, el monje calvo dijo:

—Estoy seguro de que no tendremos que andar demasiado hasta que pase alguien camino de Katmandú en un vehículo y nos lleve. Mi joven amigo, hay ciertas ventajas en ser monje budista.

Me sonrió, y luego se presentó:

—Soy el maestro Fwap Sam-Dup. El último maestro de la Escuela Rae Chorze-Fwaz de Misticismo Tántrico e Iluminación Budista. Si lo prefieres, puedes llamarme maestro Fwap.

Tras la presentación, hizo una reverencia breve y graciosa, y me preguntó mi nombre.

Me presenté al anciano monje, retribuyendo la reverencia con bastante torpeza y timidez; él me contemplaba con una chispa divertida en los ojos y advertí que en realidad lo divertía la absoluta falta de elegancia de mi saludo.

Me cambié las botas de esquiar por las de excursionismo, cargué al hombro la mochila y aseguré la tabla a mis espaldas. Después los dos echamos a andar por lo que quedaba de la ladera nevada, hasta que llegamos al camino de grava, más abajo.



ॐ

El camino a Katmandú



Bajamos el resto de la pendiente sin cruzar palabra. Lo único que se oía era el continuo crujir de mis botas sobre la nieve congelada. Cuando al fin llegamos al camino, tuve que sentarme unos minutos a descansar, pues estaba física y mentalmente exhausto por la altura, la emoción de haberme deslizado por primera vez por el Himalaya, y porque me resultaba difícil creer que había bajado esa montaña junto a un monje budista calvo y menudo, a quien había conocido la noche anterior en un sueño, ¡y al que había atropellado con mi tabla ese mismo día!

Sentado en la nieve, yo hacía el mayor esfuerzo posible para reponerme y el maestro Fwap comenzó a entonar con voz suave un canto budista: el sonido de su voz me calmó. Tras escucharlo unos minutos, me sentí renovado y relajado. Me levanté y el maestro Fwap y yo iniciamos juntos el camino a Katmandú.

Tuve la oportunidad de observar más atentamente al maestro Fwap, caminando por el sendero a su lado. Tenía una altura aproximada de un metro cincuenta y siete y era muy delgado: no debía de llegar ni a los sesenta kilos. Desde mi metro noventa veía muy bien su cabeza pulcramente afeitada.

El rostro, como el de la mayoría de los nepaleses, estaba surcado

de suaves arrugas causadas por una vida de exposición a un sol muy brillante y a una altitud extrema. Pero aunque la piel estaba marcada por una red de líneas finas de la edad, no parecía viejo ni consumido. A decir verdad, su cutis tenía un resplandor saludable y juvenil.

Calculé que el maestro Fwap tendría alrededor de setenta años. Sus ojos eran de color avellana y me dio la impresión de que cambiaban de acuerdo con su humor. Cuando sonreía, lo que hacía con frecuencia, exhibía unos dientes blancos y perfectos como perlas.

La túnica color azafrán parecía antiquísima. En algunos sitios, el color era desigual y estaba desteñido por un exceso de exposición al sol. Usaba botas pequeñas y calcetines largos; caminaba con gracia y agilidad. No me resultaba del todo fácil andar al mismo ritmo que él por el camino a Katmandú.

Lo que más atraía mi atención eran sus ojos: brillaban con un poder interior y una inteligencia que yo nunca había visto en nadie. Mientras caminaba junto al maestro Fwap, tuve la extraña y fascinante sensación de que lo conocía de toda la vida. Por alguna razón que se me escapaba, no me parecía insólito ni fuera de lugar que los dos camináramos juntos por la nieve invernal, cuesta abajo del Himalaya, en las últimas horas de una tarde de enero.

—Tenía la sensación de que pronto nos topáramos —rió—, aunque debo de admitir que no sabía que sería hoy. Mi maestro, Fwaz Shastra-Dup, predijo nuestro encuentro hace ya muchos años. Afirmó que un día me encontraría con un joven alto y occidental en esta misma montaña. ¡Sin embargo, confieso que en aquel entonces no tomé muy al pie de la letra ese comentario! —concluyó con una franca carcajada.

»Si no te molesta —continuó—, te contaré algo acerca de mí mientras seguimos andando. Y mañana, si lo deseas, puedes visitarme en el templo donde vivo. Está en la zona oeste de Katmandú, en las afueras de la ciudad, al pie de las montañas.



Mientras recorríamos el camino a Katmandú, el maestro Fwap empezó a contarme su vida. Me dijo que había nacido en una pequeña aldea del Tíbet oriental. De niño, había demostrado una aptitud temprana para el budismo y, como era costumbre entre los tibetanos en aquella

época, cuando cumplió diez años los padres lo enviaron al monasterio local, para que estudiara budismo yóguico y se hiciera monje.

Me contó que había pasado muchos años felices en el monasterio. Los monjes de más edad le enseñaron las escrituras budistas, meditación, astrología y medicina tibetana, al tiempo que practicaba debates budistas y artes marciales con los monjes más jóvenes.

Me contó que aunque los monjes más ancianos que enseñaban y vivían en el monasterio eran muy sabios en lo que a budismo yóguico y meditación se refería, lamentablemente ninguno de ellos era un "iluminado". A los diecinueve años, cuando sintió que había aprendido de los monjes mayores todo lo que podía, decidió dejar el monasterio y buscar por sí mismo un maestro budista iluminado. El maestro Fwap me explicó que, para convertirse en iluminado, era necesario encontrar antes a un maestro budista iluminado y estudiar con él.

—Yo sabía que sólo un maestro budista iluminado, que contara con todo el poderío de esa iluminación—me explicó el maestro Fwap—, podría enseñarme la manera de lograr la iluminación y alcanzar el nirvana durante esta vida.

En el transcurso de la búsqueda de un maestro plenamente iluminado, el joven maestro Fwap viajó y vagabundó durante muchos años por el Tíbet, Nepal, Bhutan, Sikkim, China e India. Durante los viajes, conoció a muchos maestros budistas... ¡muchos de los cuales eran capaces de hacer milagros!

Le pedí que me contara algunos milagros que hubiera visto hacer a los maestros budistas. Respondió que había conocido a maestros budistas capaces de levitar, de curar, de volverse invisibles a voluntad, de iluminar el cielo nocturno con luces blancas y de colores, de abrir puertas entre dimensiones y muchas otras cosas increíbles. Me explicó que los poderes insólitos que permitían hacer milagros a esos maestros se llamaban "siddhas". Los maestros que conoció habían conquistado esos poderes siddha durante muchos años de meditación acerca de sus "chakras".

Al llegar a ese punto, interrumpí el relato del maestro Fwap para pedirle que me explicase qué eran los chakras. Me dijo que son centros místicos de energía que existen dentro del aura humana. Agregó que todos los seres vivos tienen aura: un campo de energía psíquica que rodea y protege el cuerpo físico de las energías psíquicas negativas. Me explicó que el aura es el "sistema inmunológico psíquico" del cuerpo.

Siguió explicándome que en los chakras de las personas existen extraordinarios poderes ocultos y que los maestros siddha, que atraen ese poder durante las prácticas de meditación, lo almacenan dentro de sí y luego lo emplean para hacer milagros.

Desde el punto de vista budista era un gran logro yóguico poseer poderes siddha y ser maestro siddha, pero no era lo mismo que estar iluminado. Señaló que era común que la gente confundiese a los maestros siddha—que tienen la capacidad de hacer milagros activando sus chakras—con los maestros iluminados, que pueden ingresar en un estado de vacío meditativo profundo (al que se refirió como "samadhi").

El maestro Fwap me dijo que, si bien lo impresionaba el poder que exhibían los maestros siddha para hacer milagros, de hecho no sentía que en realidad estuviesen "iluminados".

Tras admitir que yo no tenía la menor idea de lo que era la iluminación ni los motivos que podía tener un individuo para buscarla, le pregunté cómo hacía para saber si un maestro budista estaba en verdad iluminado.

Me respondió que, a su juicio, había dos condiciones que indicaban si un maestro budista era o no iluminado. La primera consistía en que el aura del maestro se tornaba de un brillante y bello color dorado cuando meditaba.

—¿Quiere decir, maestro Fwap, que ve realmente una luz dorada que rodea el cuerpo del maestro iluminado?—pregunté, algo escéptico.

—¡Oh, sí, sin duda!—respondió, enfatizando con un gesto—. Casi todos podemos ver la luz dorada en el aura de un maestro iluminado cuando este medita, a menos, por supuesto, que el observador tenga un gran bloqueo psíquico.

Añadió que, en ocasiones, se ven otros colores además del dorado en el aura de un maestro iluminado y, en momentos muy especiales, pueden verse muchos colores simultáneamente en el aura. Lo llamó "matiz arcoiris" del maestro.

Continuó diciendo que la segunda característica indicativa de si el maestro era o no realmente un iluminado, era el sentido del humor. Subrayó que un maestro budista iluminado siempre tendría un magnífico sentido del humor, ¡pues la vida vista a través de los ojos de la iluminación era increíblemente divertida!

Esto me sorprendió, tal vez porque siempre imaginé que los maestros

budistas serían muy estoicos. El maestro Fwap me aclaró que, si bien hay tantos aspectos de la iluminación como modos de lograrla, la experiencia de la iluminación siempre brinda un matiz ligero y un temperamento juguetón tanto a la personalidad como a las enseñanzas de un maestro.

El maestro Fwap prosiguió explicando que estar ante un maestro iluminado mientras medita, era como estar en medio de una tormenta de energía.

—En ocasiones—dijo—, todo el cuerpo de uno cosquillea de éxtasis, sintiendo las oleadas de energía psíquica que emanan del aura del maestro y tocan nuestro propio cuerpo.

Después de la breve explicación sobre la iluminación, el maestro Fwap retomó la historia sobre su búsqueda de un maestro budista iluminado. Me contó que en sus viajes por Oriente nunca encontró a un maestro que cumpliera los dos requisitos necesarios para la iluminación. También me comentó que si bien había encontrado a algunos maestros muy peculiares durante sus viajes, ninguno de ellos emitía ondas de luz dorada cuando meditaba.



Pregunté al maestro Fwap si había estudiado con algunos de los maestros siddha que conoció en el transcurso de los viajes y si, en caso afirmativo, había aprendido el arte de hacer milagros. Para ser sincero, estaba mucho más interesado en oír hablar de los maestros siddha y de los milagros que realizaban, que en aprender acerca del vacío y la iluminación.

El maestro Fwap me respondió que el conocimiento espiritual que llamó "conciencia iluminada" es mucho más importante que la habilidad de hacer algunos milagros.

—El saber espiritual es la experiencia de la iluminación y exige comprensión del funcionamiento más profundo del Ciclo de Iluminación—comenzó el maestro Fwap—. El conocimiento espiritual es la conciencia del aspecto eterno de las cosas: el aspecto eterno de nosotros mismos, de los demás, y de los mundos que existen dentro y fuera de nosotros.

»¡El logro de la iluminación te hace feliz para siempre!—exclamó, dichoso—. Te libera de los dolores mentales y emocionales que enturbian la experiencia cotidiana de los seres humanos. Cuando estás iluminado, te encuentras en un estado perpetuo de éxtasis, brillantez y alegría.

»La única realidad que existe para la mayoría de las personas —continuó el maestro Fwap— es el mundo que cada día perciben sus ojos físicos y el resto de sus sentidos. Creen que *este* mundo —dijo, abarcando con un movimiento amplio del brazo todo el valle que estábamos recorriendo— es todo lo que existe.

»El mundo que ves alrededor tiene apariencia física. Está repleto de montañas, nieve, plantas, animales y personas. Está regido por el tiempo y las leyes que gobiernan la materia y la energía.

»Es el mundo en el que experimentamos placer y dolor, pérdidas y logros, nacimiento y muerte, dicha y pena.

»Como la mayoría de las personas sólo tienen conciencia de la naturaleza física y del aspecto físico de su vida, es natural que la felicidad de que gozan sea muy limitada. Si la vida física es placentera, si los hechos y las circunstancias de la vida cotidiana resultan como deseaban o esperaban, serán felices por un tiempo limitado. Pero si los hechos y circunstancias de su vida no son como deseaban o esperaban, a menudo sufrirán honda pena, desdicha y dolor.

»Sin duda sabrás, por tu propia experiencia en la vida, que la mayoría de las personas no son felices. Más allá de las apariencias superficiales, de esas sonrisas que exhiben, casi todas tienen enferma el alma. La enorme mayoría de la gente que habita nuestro planeta vive en una silenciosa desesperación y, por lo común, su existencia es dura y dolorosa porque los hechos y las circunstancias no resultan como esperaba o había planeado.

»La mayor parte de los seres humanos no tiene el menor contacto con su ser espiritual —afirmó el maestro Fwap con tono objetivo— ni con las dimensiones que existen en su interior. No comprenden que cada persona tiene un alma, un núcleo interno de luz e inteligencia tan vasto como diez mil mundos, cuya auténtica naturaleza es el vacío, el éxtasis y la felicidad.

—¡Pero, maestro Fwap! —me apresuré a intervenir—. Mucha gente sabe que tiene alma: se enseña en las iglesias.

—Sí —contestó—. Hay gente que sabe que tiene alma. Pero sólo porque, en un momento u otro un sacerdote o un monje le informa que la tiene, y eso no significa que haya experimentado el alma por sí misma ni que sepa cómo llegar a ella y emplear su poder, belleza, felicidad e iluminación en la vida cotidiana.

»¡Los seres humanos tienen el alma enferma porque están aislados

del éxtasis de la creación! La iluminación, la experiencia pura de la luz del alma, no se limita a la comprensión intelectual que se logra sobre la vida: es el ingreso directo a la parte más sabia y eterna de nosotros mismos y a la experiencia de ese conocimiento.

»¡Somos seres luminosos! —exclamó el maestro Fwap—. Por debajo de nuestros cuerpos físicos transitorios, estamos hechos de luz inteligente. El propio cuerpo de luz, al que yo llamo alma, es la parte más real de uno, porque vive para siempre. No muere ni decae con el cuerpo físico después de la muerte. Al final de cada vida, trasmigra, por medio de la reencarnación, a un nuevo cuerpo que está por nacer. Luego, el alma reinicia el ciclo de la vida en una nueva encarnación.

»Más allá de este mundo, el que experimentamos cada día con nuestra mente y nuestros sentidos —continuó—, existen infinidad de mundos y dimensiones. En la meditación profunda, cuando los pensamientos se tornan silenciosos y las emociones están en paz, es posible viajar a los mundos y dimensiones interiores de luz y perfección, e incluso experimentar el nirvana.

»No existe, ni en este mundo ni en otro, ya sea en la dimensión física o en la astral, ninguna experiencia comparable a la de la iluminación y el nirvana. Es el éxtasis más elevado. No hay nada superior.

El maestro Fwap guardó silencio; al parecer, hablar acerca de la iluminación y el nirvana lo había transportado a otro plano. Caminando a su lado tuve la peculiar sensación de que él no estaba por entero en su cuerpo. Parecía haberse alejado a un sitio muy íntimo que yo no podía ver y al que no podía llegar.

Tras andar en silencio unos minutos, empezó a hablar otra vez en voz muy serena:

—En el mundo que los seres humanos construyeron proliferan la pobreza, las enfermedades, el hambre y la muerte. Está cubierto de guerras, y de alarmas de guerra.

»Aunque la gente se las ingenie, por medio de la suerte o el esfuerzo, para lograr lo que desea en la vida, la felicidad es, por lo común, superficial y breve. Casi todas las personas de éxito se sorprenden al descubrir que el logro de sus metas no necesariamente les brinda la felicidad y la alegría que suponían. Y hasta los afortunados que pueden ser felices al lograr sus objetivos, viven con el constante temor de perder lo que han conquistado, sea lo que fuere.

»Ni los ricos son siempre felices. En el mejor de los casos, la riqueza es sólo una distracción temporaria. No los inmuniza contra el sufrimiento mental o emocional, ni contra la enfermedad y la muerte. También tienen que lidiar contra la soledad, la muerte de los seres queridos, las frustraciones y el aburrimiento de la edad avanzada. Quizás el rico tenga más bienes materiales y beneficios que el pobre, pero a menudo vive en una mayor pobreza espiritual.

»¡El tiempo tiene la última palabra sobre todo lo que ganamos u obtenemos en esta vida! —afirmó con énfasis el maestro Fwap—. En el mejor de los casos, todas nuestras posesiones, las personas que amamos y los sentimientos sólo son un préstamo que la eternidad nos concede por breve tiempo.

»Si vives mucho tiempo, serás testigo de la muerte de tus amigos y de tus seres queridos, del deterioro de tu cuerpo, de la pérdida del vigor y la belleza, de la disminución de tus capacidades mentales. Todos tus logros físicos, por importantes que fuesen en su momento, quedarán relegados al pasado.

»Al final de tu vida, es probable que acabes en un asilo de ancianos o en la habitación del fondo de la casa de tus hijos, y sólo te quede un puñado de recuerdos que van esfumándose, y un cuerpo arrasado por el dolor y los sufrimientos.

»A menos que hayas logrado la felicidad y el éxtasis que produce la práctica de la meditación, la destrucción inevitable de todo lo que has amado y de todo aquello por lo que has trabajado te hará muy desdichado y solitario en los últimos días de tu vida sobre la tierra.

—Pero, maestro Fwap, ¿cómo es posible que la iluminación modifique todo eso? —pregunté—. Aunque uno se ilumine no evitará la muerte ni estará protegido contra las malas experiencias de la vida, ¿verdad?

El maestro Fwap me dedicó una sonrisa y rió.

—No, evidentemente la iluminación no hará que vivas para siempre en tu actual cuerpo físico, ni evitará los infortunios físicos que te ocurrirán... pero sin duda te ayudará a eludir muchos —contestó.

—Entonces, ¿cuál es el beneficio?

—¡La iluminación te hace feliz! —respondió el maestro Fwap con una amplia sonrisa—. Es la experiencia de éxtasis que supera todo lo que puedas imaginar. El conocimiento del Ciclo de Iluminación, del funcionamiento de las dimensiones internas y el nirvana, te da una nueva

perspectiva de todo. Te eleva por encima de las penas, los dolores, las alegrías y los placeres transitorios que las masas no iluminadas experimentan cada día de su vida.



EL MAESTRO FWAP EXPLICA LA ILUMINACION

El frío arreciaba y hasta ese momento no habían aparecido coches ni camiones. Subí la cremallera de mi parka acolchada hasta arriba. Después de unos minutos sin hablar, rompí el silencio que se había instalado entre nosotros: pregunté al maestro Fwap si podía darme una definición "breve" de la iluminación. Rió tanto que se le sacudió todo el cuerpo. Luego, por lo que recuerdo, esto fue lo que dijo:

—La iluminación es la conciencia plena de la vida, sin modificaciones mentales. Es la experiencia del todo: todas las dimensiones, los mundos y las realidades. Ocurre cuando la mente se une con el nirvana, con lo que los tibetanos llamamos Dharma-Käya, la clara luz de la realidad, el plano más elevado de la sabiduría trascendental y la comprensión perfecta.

»Más allá de este mundo, mas allá de todos los otros mundos —continuó—, existe una luz perfecta que es inteligencia, éxtasis, paz y felicidad en estado puro. Es la luz que brilla más allá de la oscuridad, del tiempo, del espacio y de las dimensiones. En esa luz perfecta no existe el dolor, el sufrimiento ni ningún tipo de limitación.

»La iluminación es la vivencia de esa luz perfecta e infinita. No obstante, no hay forma de expresar en palabras esa vivencia. Sin estar iluminado, sólo puedes aproximarte a entender cómo es mediando con un maestro que lo esté.

»Pero aunque no pueda describirte con exactitud qué es la iluminación, estoy en condiciones de decirte que es maravillosa más allá de lo imaginable. La experiencia de la iluminación libera tu mente de los estados de conciencia limitados y dolorosos. ¡Es el éxtasis, la paz y la felicidad sin límites!

Cuando concluyó de explicarme por qué no podía describir cómo era la iluminación, el maestro Fwap prosiguió el relato de su búsqueda

personal de un maestro iluminado. Me contó que tras muchos años de búsquedas y viajes infructuosos, resolvió que si al llegar a los veintinueve años no había encontrado al maestro, daría por terminada la búsqueda y se casaría con una tibetana bonita.

Pero el destino dispuso que, la tarde del día en que cumplía veintinueve años, cuando iba a la ciudad en busca de una joven, encontrara al maestro.

El maestro Fwap interrumpió el relato del encuentro con el maestro cuando unos escaladores suecos de largos cabellos rubios se detuvieron y nos llevaron de regreso a Katmandú en un viejo camión del ejército. Durante el trayecto, los suecos comentaron al maestro Fwap cuánto deseaban visitar el Tíbet, cuyas fronteras, en aquel entonces, China comunista mantenía cerradas a los turistas. El maestro Fwap guardaba silencio, oyendo lo que decían o meditando (era difícil saberlo), hasta que nos detuvimos frente a la hostería.

Ese día, antes de despedirnos, el maestro Fwap me dio la dirección del templo donde vivía. Me propuso que fuera a visitarlo al día siguiente, a mediodía. No supe qué responder: yo había ido a Nepal a deslizarme por el Himalaya, no a pasar el tiempo hablando con un monje budista sobre la iluminación. Le agradecí la invitación y también lo que me contó sobre su vida; me disculpé una vez más por haberlo atropellado, pero en el fondo sabía que no aceptaría su invitación para el día siguiente.

Salté del camión tras dar las gracias al conductor sueco y a sus amigos por haberme llevado a la ciudad. Me dijeron que llevarían al maestro Fwap al templo y aclararon, riendo, que sería de muy mal karma no hacerlo.



Otro sueño insólito



Sin duda no estaría narrando esta historia acerca de mis aventuras de juventud en Nepal si aquella noche no hubiese tenido otro sueño, más insólito que el de la anterior, después de regresar a la hostería. Al separarme del maestro Fwap y de los escaladores suecos entré y fui a buscar algo para comer. Estaba famélico por mi experiencia con la *snowboard*, sumada a mi encuentro y conversación con el maestro Fwap.

Después de la sopa, el pan y la charla sobre política con dos estudiantes universitarios franceses que acababan de llegar de la India, me arrastré dentro de mi saco de dormir y caí de inmediato en lo que, al principio, fue un sueño sin sueños.

¡Sin soñar al principio, ya que después tuve un sueño que cambiaría mi vida para siempre!

En el sueño, vagaba perdido en una tormenta de nieve. Me encontraba solo. Sentía que estaba en las montañas, aunque en realidad no estaba seguro, pues la tormenta era tan intensa que no veía a dos metros de mis ojos.

Tras caminar a ciegas durante lo que me pareció una eternidad, llegué a un templo budista. La puerta estaba apenas entornada. Una tenue

luz amarilla salía del interior y se derramaba por la puerta entreabierta sobre el suelo cubierto de nieve que tenía ante mí.

Llegué a la puerta, la abrí del todo y entré en el templo. Una vez dentro, me encontré en un salón inmenso con vidrieras de colores en las ventanas y techo abovedado. Paseé la mirada alrededor y noté que estaba iluminado por cientos de pequeños cirios titilantes, acomodados en filas regulares sobre repisas de hierro sujetas a las paredes.

Delante, en el frente del salón, había un gran altar de mármol blanco con seis grandes velas rojas dispuestas en forma simétrica sobre la superficie. Sobre la pared, encima del altar, colgaba un tapiz grande y colorido que representaba la figura de Buda sentado en postura meditativa.

En el extremo opuesto del salón, de cara al altar, vi a un hombre sentado en el suelo, con las piernas cruzadas. Tenía los ojos cerrados, y parecía sumido en meditación profunda. Me encaminé hacia él; cuando estuve cerca volvió la cabeza, abrió los ojos y me miró.

Al contemplar su rostro me asaltó la sensación de que ya lo conocía, aunque no recordaba dónde ni cuándo lo había visto. Sin pronunciar palabra, con un ademán de la mano izquierda me indicó que me acercase y me sentara junto a él. Le obedecí.

Nos miramos largo rato sin hablar. Noté que era norteamericano y calculé que rozaba la cincuentena. Llevaba un traje de calle oscuro y una corbata de colores brillantes.

—Oye —me dijo con tono profundo y autoritario—. Mañana irás al templo a visitar al maestro Fwap. Por ahora, olvídate de la tabla: tienes que hacer algo mucho más importante.

No contesté; me limité a mirarlo, intentando descubrir dónde lo había conocido.

Como si me leyese el pensamiento, él dijo:

—Es imposible que sepas dónde me has conocido, de modo que no lo intentes más. Es la primera vez que me ves. ¿No sabes quién soy?

Negué con la cabeza.

—Bueno, creí que te resultaría obvio —dijo, y rompió a reír—. Yo soy tú. Claro que no ahora sino en el futuro. Esta noche te hablo en sueños porque estás por cometer el error más garrafal de tu vida, que hasta ahora ha transcurrido sin grandes acontecimientos.

—¿Cuál es ese error?

—Ir mañana a deslizarte por la nieve con tu tabla en lugar de visitar

al maestro Fwap en el templo. Le debes la vida. Hoy, en la montaña, lo atropellaste con la tabla y él podría haberte convertido fácilmente en una pila de cenizas por medio de sus poderes ocultos, pero como es un compasivo maestro budista te dejó en paz. Es un individuo muy paciente y está destinado a ser tu... mejor dicho nuestro maestro, y a ponernos en el camino que nos fija nuestro sino.

—¿Cómo nos irá? —pregunté.

—¿En el futuro? Bueno, será muy diferente de lo que imaginabas. Este lugar es mi... nuestro templo. No está mal, ¿verdad? Lo hemos diseñado nosotros mismos.

»¡No te aflijas! Nuestro futuro se te revelará día a día, lo que es suficientemente rápido. Hoy sólo deseo indicarte que mañana no debes cometer el error de ir a deslizarte por la nieve. Ve en cambio a ver al maestro Fwap. Ah, a propósito: ¡él sabe mucho más de lo que tú sabrás nunca del deporte de deslizarse en la tabla por la nieve!

El salón se volvió dorado, se desdibujó y disolvió; desperté a mi segunda mañana en Nepal.



۱۰۵۳۶

Visito al maestro Fwap



Pasé gran parte de la mañana de ese día deambulando por algunas tiendas de Katmandú, que en su mayoría vendían baratijas religiosas para turistas. Aunque me distrajeran los paisajes y los sonidos de la ciudad, no podía quitarme de la cabeza lo que había soñado respecto de mi porvenir. Decidí que ese día, en lugar de ir a deslizarme por la nieve, seguiría el consejo de mi yo futuro e iría a visitar al maestro Fwap.

No fue difícil encontrar el templo del maestro Fwap: estaba a media hora a pie desde el centro de Katmandú. Las instrucciones que me había dado el día anterior eran excelentes y casi antes de darme cuenta estaba llamando a la puerta del templo.

El maestro Fwap salió a recibirme con una sonrisa de oreja a oreja; me hizo pasar al salón de meditación; desde allí nos dirigimos a la parte trasera del templo, donde estaba su alojamiento. Parecía muy contento de volver a verme: reía, hacía graciosos sonidos y comentarios complacidos mientras atravesábamos juntos el templo.

Su humor resultó contagioso, pues cuando llegamos a la puerta de su habitación, yo también estaba contento de volver a verlo.

Abrió la puerta y me hizo pasar. Miré en torno y vi que el cuarto

estaba alumbrado por velas, aunque también entraba algo de luz por varias ventanas pequeñas cercanas al techo.

El cuarto era chico y limpio. Había una cama, un escritorio con una silla pequeña y una mesa de meditación en la que había varias velas blancas y una figurilla de bronce de Buda. En el suelo, delante de la mesa, había una gran alfombra de piel de yak, en la cual me invitó a sentarme.

El maestro Fwap se sentó enfrente. Cruzó las piernas en la posición del loto y acomodó con gran cuidado los faldones de la túnica sobre ellas. Risueño, me comentó que sabía que lo visitaría. Preferí no sacar a colación el sueño que me había llevado allí. El jamás lo mencionó y, hasta el día de hoy, ignoro si sabe que sólo por ese sueño fui a visitarlo.

Tras un intercambio de generalidades, el maestro Fwap retomó la narración en el punto en que la había dejado el día anterior, como si no hubiese pasado el tiempo desde que bajáramos por el camino nevado hacia Katmandú.

Prosiguió contándome que por fin había encontrado al maestro que tanto buscara, en las afueras de una pequeña población, en el Tíbet occidental. Me contó que ese día se encaminaba a la ciudad en busca de novia, cuando vio a un anciano monje budista de pie al costado del camino, unos metros más adelante.

En el preciso instante en que estaba por pasar a su lado, el desconocido se situó delante de él y le obstruyó el paso.

El maestro Fwap me contó que se había detenido de inmediato, esperando, por cortesía budista, a que pasara el otro monje, de más edad que él; pero el desconocido siguió inmóvil, sin ceder terreno, mirándole a los ojos, con expresión feroz.

En ese preciso instante, en los ojos del monje desconocido, el maestro Fwap vio la luz, tanto en sentido figurado como literal. ¡En un murmullo, el maestro Fwap me dijo que al contemplar al monje había visto, de pronto, miles de ondas de luz dorada alrededor de todo su cuerpo! Al ver las ondas de luz áurea que emanaban del anciano budista, el maestro Fwap comprendió, por intuición, que ese monje desconocido no era otro que el maestro de sus vidas pasadas, en encarnaciones anteriores.

En lugar de ir a la ciudad a buscar a una chica, como había planeado, el maestro Fwap fue con el recién descubierto maestro de una vida anterior a meditar a una caverna cercana, y a ponerse al día con respecto a los viejos tiempos.

Aquel día el maestro del maestro Fwap, llamado Fwaz Shastra-

ॐ

Dup, le reveló las enseñanzas místicas secretas y las técnicas de la Rae Chorze-Fwaz, información que Fwap, a su vez, me transmitiría a mí.

Me advirtió que, por mi karma de vidas anteriores, me iniciaría en los secretos más recónditos de las enseñanzas tántricas de la Orden Budista Rae Chorze-Fwaz, tal como su maestro Fwaz Shastra-Dup lo había iniciado y enseñado en una caverna del Himalaya, aquel día predestinado de su encuentro de muchas vidas.

—Fue puro karma —me dijo.



El maestro Fwap explica el karma



En aquel momento me aturdió y confundió la repentina revelación de que por el karma de mi vida pasada, él me iniciaría en las secretas enseñanzas budistas tántricas de Rae Chorze-Fwaz, pues aún intentaba resolver si quería involucrarme o no en esas revelaciones budistas tántricas.

Para ganar un poco de tiempo, pedí al maestro Fwap que me explicara qué era el karma. Le dije que, si bien la había oído cientos de veces en el lenguaje corriente de California, en realidad no tenía idea de qué significaba la palabra "karma" para un maestro budista tántrico.

Hasta mi conversación de ese día con el maestro Fwap, yo suponía que "karma" significaba todo aquello que a uno le sucedía a causa de lo que había hecho en el pasado. Le pedí que me explicara el significado del término, pues estaba seguro de que mi noción del karma era tan superficial como incorrecta.

Me sonrió y, por un momento, guardó silencio. Supuse que antes de hablar quería ordenar las ideas sobre el tema. Luego, con tono hondo y dramático, afirmó que yo ya conocía la respuesta a mi propia pregunta. ¡Que todo lo que tenía que hacer era recordarla!

Prosiguió explicando que, en mis vidas pasadas, yo había sabido todo acerca del karma y de muchos otros temas místicos, y que todo el conocimiento de mis encarnaciones anteriores estaba contenido en lo que llamó mi "otra memoria".

El maestro Fwap me dijo que bastaba con que durante unos minutos interrumpiese todos mis pensamientos y apartase de mi mente cualquier influencia desviatoria, para que mi otra memoria comenzara a funcionar y respondiese a mi propia pregunta acerca del karma.

Me apresuré a replicar que no creía que pudiera detener mis pensamientos ni siquiera unos segundos—por no hablar de minutos—y que mucho le agradecería que, por el momento, hiciera las veces de "mi otra memoria". Serió y concedió que lo haría, pero que llegaría el momento en que yo debería aprender a recuperar cosas de mi otra memoria, por mis propios medios.



EL MAESTRO FWAP ME EXPLICA EL KARMA

—Karma es el modo en que los budistas explicamos el universo —comenzó—. Para los budistas, hoy y todos los demás días transcurren como lo hacen a causa del karma.

»El pasado lleva al momento presente, y el presente, al futuro. La interconexión de un momento con otro y de una acción con otra es el karma.

»Karma es lo que te sucede hoy —continuó el maestro Fwap—. Es la ley de causa y efecto en acción, sencillamente. Lo que te ocurre hoy es una consecuencia de lo que sucedió ayer. Todos los instantes y los hechos son motivados por otros instantes y hechos que los precedieron, en una cadena causal infinita de interacciones kármicas, que vuelven en el tiempo de manera indefinida.

—¡Pero, maestro Fwap! —exclamé— ¡En algún punto tiene que existir un comienzo del karma! ¿Acaso no hubo un primer instante, en algún punto del tiempo kármico?

—No —sonrió el maestro—. El karma siempre existió, como tú, como yo, y como todo en este universo maravilloso.

—Maestro Fwap, esto no es tan sencillo. Veamos si he entendido bien lo que me ha dicho: yo existo hoy tal cual existo y el mundo existe hoy como es, por el karma de ayer; y ayer existió como lo hizo por el karma de anteayer; y anteayer existió como lo hizo por el karma del día anterior; y cada día ha existido siempre como lo hizo por una infinidad de karmas anteriores. ¿Es más o menos así, maestro?

—¡Exacto! —dijo, con un gesto enfático de su cabeza pulcramente rasurada.

—¿Eso significa que todo está predestinado? Si lo que ocurre en este instante determina lo que sucederá al siguiente, y así por siempre, quiere decir que, en realidad, no existe el libre albedrío, ¿verdad?

—Para ser tan joven, la pregunta que formulas es bastante complicada —me dijo—. Haré todo lo posible por responderla. ¡Es cierto que el karma es el destino! Si arrojas una piedra al aire, caerá y aterrizará en algún sitio. Podría decirse que el sitio en que aterriza es el karma de la piedra. Sin embargo, en primer lugar, fue tu libre elección arrojar o no la piedra.

Y continuó diciendo:

—Todo lo que existe en este mundo o en los otros, existe debido a cómo fueron las cosas en el instante previo. Yo lo llamo el karma del momento.

»Pero a través del libre albedrío podemos modificar, en cierta medida, la cadena kármica que puso en movimiento el karma del momento anterior. Eso es lo que en realidad significa el libre albedrío. ¡Es la posibilidad de alterar la secuencia de destino kármico que sobrevendría en el futuro!

Yo respondí:

—Maestro Fwap, si no le entiendo mal, usted piensa que somos como somos en virtud de lo que éramos un instante atrás. Ese momento conduce a este, así como este llevará al siguiente. Eso lo entiendo.

»Pero, si eso es cierto, ¿cómo puede existir la libre voluntad? ¿Acaso la opción de modificar el karma futuro ejerciendo el libre albedrío no está predestinada por lo que uno pensaba y sentía, y por lo que le ocurría en el momento anterior?

El maestro Fwap meneó la cabeza y rió.

—Quizá todo esto sea un poco más complicado de lo que parece en principio —repuso—. Déjame describir la interacción entre el karma

y el libre albedrío de otra forma. Para tratar de entender cómo funciona el karma, consideremos cómo somos y cómo llegamos a ser así.

»Mi joven amigo, el karma no sólo significa que lo que te sucede en el momento presente es una consecuencia directa de lo que te ha sucedido en el anterior. También significa que en este instante eres quien eres por lo que has sido un momento antes.

»Los budistas creemos que hoy uno es lo que es por lo que fue en todas sus vidas pasadas.

»El budismo tántrico sostiene que hoy eres un producto de todos los momentos que has vivido en tu vida actual, y también de todos los momentos, las realizaciones y las experiencias que has tenido en todas tus vidas pasadas.

»La persona que eres hoy, lo que sientes, lo que piensas y cómo te ves a ti mismo, forma parte de los karmas de tu vida pasada y de la actual.

Debí de tener una expresión perpleja, pues se interrumpió y rió.

—Permite que me tome a mí mismo como ejemplo—continuó—. Siempre me han interesado el budismo, la astrología, la percepción psíquica y la iluminación. Nací con ese interés. Mis hermanos, que nacieron y crecieron en la misma familia, y que estuvieron expuestos al mismo ambiente físico y espiritual, tuvieron escaso o ningún interés por estos temas. En lo fundamental, están interesados en los objetos físicos relacionados con el éxito material, como ganarse la vida y criar a una familia.

»Mis hermanos y yo tenemos los mismos padres biológicos. Fuimos criados del mismo modo, pero todos somos diferentes. Ese es nuestro karma: qué éramos al nacer, y cómo fuimos al crecer.

»La muerte no es el fin de lo que somos—dijo el maestro Fwap con tono cálido e íntimo—. Es sólo una breve pausa en el ciclo sin fin de nuestras vidas.

»Cada uno de nosotros es un espíritu que no puede morir. Nuestro espíritu crece y desarrolla características en cada encarnación por la que pasa, y luego reúne y lleva la esencia de esas características a vidas futuras. En el budismo yóguico aludimos a nuestros rasgos kármicos de vidas múltiples como “samskaras”. Los modelos kármicos internos son los que nos hacen ser lo que somos y quienes somos.

»Cuando nacemos a una nueva vida—prosiguió—, nuestro espíritu no pierde los samskaras que desarrolló en encarnaciones anteriores. Al

principio, en general están ocultos por la amnesia transitoria de la infancia y por la personalidad pasajera que se asume en la infancia y en la adolescencia. Pero en cada encarnación, a medida que crecemos y maduramos, los samskaras, los modelos kármicos de vidas múltiples, nos atraen hacia intereses y objetivos anteriores. Esto hace que cada uno de nosotros se convierta en la misma clase de persona que fue en vidas anteriores.

»Nacemos en esta vida como la persona que éramos en el momento de la muerte en nuestra vida anterior. Nuestra personalidad adulta es una imagen exacta de lo que éramos en la última etapa de nuestra vida, en la encarnación anterior.

Por la sonrisa del maestro Fwap, supe que se daba cuenta de que yo no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo. Tras un breve silencio, probó con otro enfoque para ayudarme a entender el significado del karma.

—Intenta pensarlo de la siguiente manera: los niños van a la escuela en invierno. En verano se quedan en casa. Cuando vuelven a la escuela el otoño siguiente, reanudan la educación en un grado superior debido al trabajo escolar y al curso que completaron el año anterior.

»Si bien es cierto que tal vez el niño ha desarrollado ideas o intereses nuevos en el curso del año escolar anterior o a lo largo del verano, e incluso puede haber cambiado sus puntos de vista acerca de temas diversos, la esencia de su personalidad permaneció igual. Aunque ahora el niño esté en un grado superior, y quizá tenga nuevos conocimientos y haya vivido muchas experiencias diferentes, sigue siendo el mismo.

»De un modo muy parecido, sea lo que fuere que hayas aprendido en tus encarnaciones anteriores, queda en tu “cuerpo causal”, tu cuerpo de energía de vidas múltiples que perdura de una encarnación a otra.

»¡Tu verdadero yo es ese cuerpo causal! Al final de cada encarnación, transporta a la siguiente el conocimiento y los modelos kármicos de cada vida en particular, además de los de todas las vidas anteriores.

»¡La muerte sólo es una vacación de verano para nosotros! —exclamó el maestro Fwap—. En realidad, no cambiamos ni perdemos lo que habíamos aprendido ni lo que éramos al morir, porque somos nuestro karma.

»Las elecciones que hacemos y los pensamientos que nos permitimos albergar, las emociones que dejamos recorrer nuestros cuerpos y

nuestras mentes, los intereses que nos mueven, son lo que dan forma al espíritu y lo definen. De todo eso está hecho el karma.

El maestro Fwap hizo una pausa para observarme. Arqueó apenas las cejas y me miró a los ojos. Sin duda lo que vio le satisfizo, al menos en parte, pues sonrió, inclinó la cabeza, y dijo, con tono de broma:

—¡Alabado sea el nombre de Buda!

Luego, tras unos minutos de silencio, reanudó la explicación del karma.

—En mi caso, por ejemplo, durante mis últimas docenas de vidas fui maestro de iluminación budista. En cada una de mis vidas iluminadas, yo he sido iluminado y he ayudado a avanzar en el camino de la iluminación a otros que tenían interés en el autodescubrimiento.

»Una vida llevó a otra. En cada una, después de haber pasado por la amnesia de la infancia, volvían a surgir las inclinaciones y los recuerdos de mis vidas pasadas. Entonces me sentía nuevamente atraído de manera irresistible hacia el estudio de la meditación y la iluminación. En una encarnación en particular, me convertí en iluminado; recobré y refiné mi iluminación en cada encarnación que viví desde entonces.

»Sin embargo en mi vida actual, el día predestinado en que cumplí veintinueve años, cuando encontré al maestro de mi vida pasada, Fwaz Shastra-Dup, en las afueras de aquella pequeña población del Tíbet, yo no tenía la menor idea de haber sido iluminado en alguna de mis encarnaciones anteriores.

»Como es natural, el maestro Fwaz Shastra-Dup, un maestro budista plenamente iluminado, vio y comprendió el karma de mi vida pasada mucho mejor que yo en aquel momento. Ese día, en aquella caverna, me explicó todo acerca del karma, tal como yo te lo explico a ti hoy, en este templo.

»El maestro Fwaz Shastra-Dup me dijo que yo había sido iluminado en mis vidas pasadas —prosiguió el maestro Fwap—. Entonces me enseñó a usar las poderosas técnicas secretas de meditación de la Rae Chorze-Fwaz. Tras practicar esas técnicas todos los días, durante muchos años, sumado a la guía espiritual y los poderes áuricos de mi maestro, logré recuperar la iluminación de mis vidas anteriores. Más adelante, como también determinaba mi karma, el maestro Fwaz me convirtió en su sucesor.

»Todo eso me ocurrió en esta vida debido a las cosas que aprendí y las elecciones que hice en mis encarnaciones previas. Lo que he

aprendido y hecho en mis vidas pasadas y en esta es aquello en lo que me convertí. ¡Este es el secreto de lo que realmente es el karma!

—Pero, maestro Fwap, todavía no entiendo la diferencia entre karma y libre albedrío. ¿Acaso no estaba en su karma encontrarse con el maestro de su vida anterior y recuperar la iluminación, por haber sido iluminado en sus vidas anteriores?

—Sí, es cierto —respondió—. Pero lo importante es que empecé a estudiar meditación a través del ejercicio de mi libre voluntad. Esas y otras elecciones que hice para seguir y permanecer en el sendero de la iluminación fueron las que me condujeron a mi primera encarnación iluminada, y también a las subsiguientes.

»El libre albedrío existe —prosiguió—, y opera al margen de la causalidad. No está ligado al karma.

»El libre albedrío es como un manantial que se encuentra en tu propiedad. Puedes decidir si aprovecharás o no el agua del manantial. Eso depende de ti. El manantial seguirá ahí, lo uses o no.

»El libre albedrío existe en cada uno de nosotros —afirmó el maestro Fwap—. La mayoría de las personas prefieren no usarlo y, en consecuencia, rara vez alteran sus modelos kármicos.

»Para la mayoría de los individuos, cada nueva vida es una imagen idéntica a la encarnación anterior —explicó el maestro Fwap—. Pero si eliges extraer el agua de tu manantial interior de libre albedrío, podrás tomar decisiones ajenas a tus modelos kármicos actuales.

»Puedes alterar la estructura de tus samskaras y de tus encarnaciones actuales y futuras —dijo con énfasis el maestro Fwap—. Al tomar la decisión de usar hoy tu libre albedrío, puedes convertirte en un individuo muy diferente del que has sido hasta este instante, ¡o del que has sido en cualquiera de las vidas anteriores que viviste!

»El budismo yóguico avanzado es el arte de alterar los modelos kármicos. Mediante la práctica de la meditación, las facultades áuricas y la guía de un maestro iluminado, puedes cambiar por completo tu destino kármico.

»Practicando el budismo yóguico puedes ser feliz, gozar del éxtasis y de la libertad en tu encarnación presente, aunque en tus vidas pasadas o hasta el momento, en tu vida actual, nunca hayas estado en esas condiciones. ¡Créeme, es verdad! ¡Si no hubiese modo de eludir los samskaras, nadie podría ser iluminado!

»Recuerda —dijo el maestro Fwap alzando las manos frente al pecho, para enfatizar lo que decía— que el karma existe dentro de la causalidad. Es tridimensional. El libre albedrío existe al margen de la causalidad: no está ligado al karma.

»Al ejercer el libre albedrío, albergar pensamientos más dichosos, adoptar decisiones más felices y aprender y seguir el camino budista, puedes cambiar para siempre tu karma. Puedes modificar la forma de tu espíritu y convertirte en un ser nuevo y más extático.

Le pregunté por qué no nacíamos recordando nuestras vidas pasadas. Razoné en voz alta que, si todos habíamos vivido antes, bastaría con que recordáramos nuestras vidas pasadas desde el momento del nacimiento, del mismo modo que hoy recordamos lo que experimentamos ayer.

Me respondió que casi todos los seres humanos espiritualmente evolucionados en las vidas anteriores atraviesan una etapa que denominó "desconocimiento", durante la cual sufren un período de "amnesia espiritual". Agregó que ese "desconocimiento" por lo general duraba desde el nacimiento hasta la adolescencia.

Me explicó que, durante esa fase, hasta una persona muy adelantada espiritualmente suele actuar como un niño o un adolescente corriente.

—Un día—dijo el maestro Fwap—, la persona que alcanzó niveles mentales elevados en vidas pasadas, comienza a recordar... y el conocimiento espiritual y los talentos de esas vidas vuelven a surgir en su ser actual.

»A medida que los recuerdos y la conciencia de las vidas anteriores, fluye hacia la vida actual, esa persona atraviesa una profunda metamorfosis y adquiere una personalidad del todo diferente.

»Durante dicha metamorfosis, por lo general esa persona pierde interés por las cosas superficiales como las posesiones y las relaciones, y de pronto se siente atraída hacia el estudio de las verdades metafísicas antiguas, eternas. A medida que ingresan más profundamente en esta fase, se vuelven serenos, felices y más concentrados en lo trascendental que en lo transitorio.

»Cuando una persona que ha tenido una vida pasada muy evolucionada está en un tránsito intenso por una vida anterior y recuperando la memoria de otras encarnaciones posee acerca de la vida, la muerte y otras

dimensiones, conocimientos de los que mucha gente de nuestro mundo no tiene conciencia. A menudo, mientras esto sucede, la persona recupera poderes psíquicos de su vida pasada y empieza a emplearlos, haciendo con ellos cosas increíbles.



Tras un período de silencio, el maestro Fwap me dijo que la mayoría de las personas que fueron iluminadas en otras vidas, en sus encarnaciones anteriores, empiezan a recuperar la iluminación de aquella vida pasada —si vivieron al nivel del mar— alrededor de los veintinueve años, cuando se produce el regreso del Saturno astrológico. Añadió que vivir en las montañas sagradas o cerca de ellas a menudo hace que las vidas pasadas regresen más rápido aún, debido a las influencias áuricas beneficiosas.



ॐ नमो भगवते वासुदेवाय

7

Hago una pregunta

ॐ

Pregunté al maestro Fwap cómo podía estar tan seguro de que todo eso era verdad. ¿Cómo sabía que no era sólo una fantasía?

Me respondió que él podía "ver" que todo lo que me había dicho era verdad, pues tenía abierto su tercer ojo. Dijo que algún día, después de practicar meditación muchos años, mi tercer ojo también se abriría y estaría en condiciones de "ver", como él, cualquier cosa que quisiera del universo.

ॐ

۱۵۵۱

*El secreto de
la Rae Chorze-Fwaz*



Esa tarde, sentado en la alfombra de yak, en la habitación pequeña pero cómoda del maestro Fwap, este me contó el "secreto" de la Rae Chorze-Fwaz. En realidad, no era un "secreto" como algo que se oculta a los demás, sino más bien la forma en que funciona algo, por ejemplo, el "secreto" de cómo vuela un avión.

El maestro Fwap me dijo que el "secreto" de la Rae Chorze-Fwaz se refería a sus técnicas especiales de meditación para llegar a la iluminación con gran rapidez. La Rae Chorze-Fwaz había preservado el secreto de esas técnicas y las había transmitido por tradición oral, desde la época de la Atlántida hasta el presente.

Y es aquí donde la historia real de la Rae Chorze-Fwaz, del maestro Fwap, del maestro del maestro Fwap (Fwaz Shastra-Dup), de mí mismo y del lector de mis aventuras juveniles en el Himalaya, comienza a ponerse un tanto complicada, desde el punto de vista cósmico.



Según el maestro Fwap, la Rae Chorze-Fwaz era una Escuela del Misterio donde se enseñaban los misterios del universo. Con toda paciencia, el maestro Fwap me explicó que la Escuela del Misterio es una orden oculta, compuesta por gente que estudia meditación, iluminación, y artes psíquicas y ocultas.

El maestro Fwap me dijo que la Rae Chorze-Fwaz ha existido durante milenios y que sus miembros investigaron los orígenes de la Orden en Tíbet, Japón, China, India y el antiguo Egipto, hasta el sitio en que fue fundada: el continente perdido de la Atlántida.

El monje recordó que, mucho antes de lo que los científicos y estudiosos de nuestro tiempo consideraban el comienzo de la civilización humana, existió una época inimaginable: la Era de la Atlántida.

De acuerdo con las palabras del maestro Fwap, la Atlántida fue una civilización muy evolucionada, en la que las ciencias y las artes estaban mucho más avanzadas de lo que podríamos sospechar. Me contó que, además de estar técnicamente adelantada en ingeniería genética, computación y física interdimensional, y de gozar de un gran desarrollo artístico en música electrónica y formas artísticas en cristal, casi todos los habitantes de la Atlántida meditaban y tenían habilidades psíquicas poderosas.

El maestro prosiguió explicando que un grupo de hombres y mujeres muy evolucionados, los sumos sacerdotes y sacerdotisas de la Atlántida, a través de la práctica de la meditación descubrieron la mayoría de los secretos más profundos del universo. Mediante la meditación y los viajes astrales, llegaron a entender todo lo referente a la reencarnación, el karma y el funcionamiento íntimo del Ciclo de Iluminación.

Con voz queda, el maestro Fwap contó cómo los sumos sacerdotes y sacerdotisas de la Atlántida vieron, en sus meditaciones, que esa civilización terminaría en un cataclismo. Al saber que la inminente destrucción se aproximaba, quisieron preservar y proteger el conocimiento místico que habían logrado en la práctica de la meditación, y transmitirlo a las civilizaciones futuras, que la clarividencia les había permitido saber que nacerían después de la destrucción de la Atlántida.

El maestro Fwap me explicó que, como los sumos sacerdotes

"veían" con el tercer ojo, sabían exactamente cuándo y cómo se destruiría el continente.

La noche anterior a que la Atlántida se hundiese para siempre bajo las olas, los miembros de la Escuela del Misterio zarparon del continente condenado en doce embarcaciones, hacia doce puntos distintos del globo. Tenían la intención de iniciar doce civilizaciones similares a la Atlántida en esos sitios.

—Por desgracia—dijo con nostalgia el maestro Fwap—, la mitad de los barcos, con sus pasajeros y tripulaciones, se perdieron en una gran tormenta en alta mar, y muchos de los miembros de los seis barcos restantes fueron asesinados más tarde por los nativos de los mismos pueblos a los que querían transmitir el conocimiento de las ciencias, las artes y la metafísica de la Atlántida.

»El único grupo de atlantes que logró transmitir sus conocimientos en un nuevo emplazamiento fue el que llegó a lo que hoy es Egipto.

»Una vez que los miembros de la Rae Chorze-Fwaz se establecieron en Egipto—continuó—, hallaron allí a un pueblo educado al que, en su momento, transmitieron sus técnicas secretas y sus conocimientos.

En este punto interrumpí la crónica del maestro Fwap acerca de su Orden mística y le pregunté para qué había sido necesario todo eso. Argüí que aunque todos los miembros de la Rae Chorze-Fwaz hubiesen muerto cuando el continente se hundió, o después se hubiesen perdido en el mar en sus pequeñas embarcaciones, pronto se habrían reencarnado y, de cualquier manera, lo recordarían todo.

El maestro Fwap me respondió que, desgraciadamente, el recuerdo de la vida pasada no era tan simple, y para que yo entendiese a fondo por qué era así, necesitaba un breve curso sobre los ciclos de energía de la tierra y de los modelos áuricos.



ॐ

*El maestro Fwap imparte un breve
curso sobre los ciclos terrestres
y los modelos áuricos*



—¡Todos somos psíquicos! —declaró el maestro Fwap con una amplia sonrisa—. ¡Cuando tu mente se aclara y se concentra, si no hay demasiada gente cerca, puedes percibir muchas cosas maravillosas! Sientes el brillo de la eternidad y el éxtasis de la creación. ¡Ves la luz de la iluminación en el interior de todas las cosas!

»Cuando tu mente se aclara y se abre el tercer ojo, ves y sabes cosas que suceden a miles de kilómetros. Sabes lo que otros piensan de ti, o qué te ocurrirá... ¡y puedes decidir si quieres vivirlo o no!

»En la época de la Atlántida, los miembros de la Escuela del Misterio descubrieron y desarrollaron ejercicios específicos de concentración que, según comprobaron, aumentaban y agudizaban de manera absoluta sus habilidades psíquicas innatas. Estas técnicas, empleadas de manera correcta, les permitieron controlar y suspender sus procesos de pensamiento durante períodos prolongados.

El maestro Fwap me explicó luego que al suspender el pensa-

miento durante períodos prolongados, práctica que él y otros maestros budistas actuales llaman meditación, un individuo es capaz de percibir incontables dimensiones y mundos no físicos y tener experiencias directas allí.

—¡Los miembros de la Escuela del Misterio de la Atlántida fueron los primeros humanos que exploraron las fronteras del espacio interior! —exclamó el maestro Fwap, jubiloso—. A través de viajes de meditación íntima y exploraciones, descubrieron muchos pasadizos astrales secretos que llegaban a una variedad infinita de otros mundos y dimensiones.

—Maestro Fwap, ¿esos mundos y dimensiones son tan sólidos y reales como el nuestro? —pregunté.

—Por supuesto —respondió—. De hecho, algunas de esas dimensiones son mucho más "reales" que esta.

Lo interrumpí otra vez:

—Pero, ¿cómo es posible, maestro? Nada puede ser más real que el mundo físico. En principio, ¿acaso no es eso lo que significa la palabra "real"?

—Tal vez el concepto de realidad es mucho más complicado de lo que imaginas —se apresuró a replicar—. En nuestros idiomas orientales contamos con muchas palabras diferentes para describir los distintos grados de realidad que puede tener un objeto, un estado mental o un plano del ser.

—¡Pero todavía no entiendo cómo un objeto o un mundo puede ser más real que otro! —protesté.

—Tienes dificultades para comprenderlo porque piensas en una lengua occidental —dijo el maestro—. El lenguaje en el que piensas puede limitar tu capacidad para entender algo así.

—Maestro Fwap, ¿qué quiere decir con eso? ¡Ahora sí que me confunde, echándole la culpa a la semántica!

Comenzaba a frustrarme mi dificultad para entender, y por cierta razón desconocida sentí que el maestro Fwap, adrede, volvía la explicación más complicada y oscura de lo necesario.

—Tomemos como ejemplo la palabra "amor"—respondió con calma el maestro Fwap—. Como sabes, el amor es una emoción. En inglés, por ejemplo, sólo hay una palabra para designar uno de los sentimientos más complejos de toda la eternidad.

»Pero existen miles de clases de amor, ¿no es así? —continuó—.

Está el amor romántico, el amor familiar, la amistad, el coqueteo, el amor maternal, el amor a Dios y al espíritu, el amor celoso y posesivo, el amor a uno mismo, el inocente, el amor a las vidas múltiples y así sucesivamente. De hecho, no hay dos personas que experimenten el amor exactamente del mismo modo.

»Pero en inglés tienes una sola palabra para algo tan complicado. En otros idiomas hay docenas y, en ocasiones, cientos de palabras diferentes para los grados y clases de amor que pueden sentir los seres humanos.

—¿Eso qué tiene que ver con los diferentes grados de la realidad? —protesté.

—Todo y nada —respondió de inmediato el maestro Fwap—. No te frustres con tanta facilidad. Concédeme un poco más de tiempo y creo que comprenderás lo que quiero decir.

»Mi joven amigo, el idioma es el vehículo de nuestros pensamientos, ¿sabes? Los pensamientos logran acrecentar nuestra comprensión de un tema o, por el contrario, pueden bloquearlo. Depende mucho del idioma en que pensemos.

»Si el lenguaje en que pensamos no tiene las palabras precisas para lo que intentamos entender o expresar, ¡es lo mismo que poner una clavija cuadrada en un agujero redondo!

»Entonces, si sólo tienes una palabra para todos los colores del amor, es probable que empieces a “pensar” el amor, en lugar de sentirlo. Es posible que des por sentado que cuando pienses la palabra “amor” ya has conocido y experimentado todas sus variantes.

—Veamos si entendí bien, maestro Fwap. En otras palabras, lo que usted afirma es que cuando yo pienso la palabra “amor” tengo un concepto del amor basado en mis experiencias y asociaciones pasadas con el amor, y que ese concepto me impedirá gozar de otras clases de amor, a menos que disponga de otras palabras que definan otras gradaciones del amor. ¿Eso es lo que quiere decir?

—¡Exacto! —respondió, con amplia sonrisa.

—Pero, maestro Fwap, si es así —continué, fingiendo una ardua discusión—, ¿cómo es posible que el solo hecho de pensar la palabra “amor” pueda cercenar, de alguna manera, cualquier sentimiento de amor que surja en mí de manera espontánea? ¿Acaso los nuevos tipos de amor que yo experimente hacia personas, lugares y cosas no modificarán y expandirán para mí el contenido de la palabra “amor”?

A esas alturas, yo estaba un poco aturdido. Todo lo que hasta un instante atrás parecía tan frustrante, de pronto adquiría un cariz cómico. Me parecía que el maestro Fwap y yo participábamos de un debate en broma, de proporciones absurdas, como una escena cómica de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Maestro Fwap, ¿acaso pensar una palabra me impide experimentar lo que esa palabra describe?

—Sí y no.

—¿Qué parte es sí y que parte es no?

—¿Sabes mucho acerca del budismo zen? —me preguntó el maestro Fwap, con lo que me pareció una sonrisa engañosamente irónica.

—No, en realidad no. Hábleme de eso.

—Es el método para conocer la mente a través de su propio vacío.

—¿Qué significa eso, Maestro?

—Según el budismo zen, cuando pensamos el concepto de algo, nos apartamos de su auténtica esencia. Desde el punto de vista zen, sólo traspasando nuestro concepto limitado de algo, experimentando su naturaleza esencial, llegamos en verdad a conocerlo, a percibir o entender lo que en verdad es.

»Los monjes budistas zen emplean técnicas de concentración para librarse de los conceptos. Están convencidos de que la iluminación subyace detrás de las palabras, en las cosas y experiencias de la vida cotidiana que están ante nosotros a cada momento. En síntesis, según la doctrina zen, la felicidad llega cuando nos libramos de los conceptos que nos imponen la sociedad, el idioma y el pensamiento estructurado.

»Hay un antiguo dicho zen que reza: Antes de la iluminación, corta leña y acarrea agua; después de la iluminación, corta leña y acarrea agua.

El maestro Fwap hizo una pausa a la espera de que yo replicase.

—¿Eso qué quiere decir? —pregunté, vacilante.

—Significa que la iluminación no cambia nada y, a la vez, cambia todo. O podríamos decir que la iluminación lo cambia todo sin cambiar nada.

—Maestro Fwap, ¿no estará tratando de confundirme?

—No —repuso, riendo alegremente—. No trato de confundirte en absoluto. En realidad, no creo que sea necesario: tú hiciste todo lo posible para confundirte toda tu vida.

—Entonces, ¿qué significa esa frase? ¡No la entiendo!

—Es una forma de explicar que la iluminación es y no es —respondió el maestro Fwap—. La mayoría de las personas que leen sobre ella, o la estudian, tienen una idea preconcebida de lo que es. Claro que ese concepto, como todos los conceptos, está limitado por las palabras que lo expresan. Por lo tanto, esa frase explica que la iluminación no es un concepto.

»Antes de la iluminación —continuó el maestro Fwap—, el monje budista zen cortaba leña y acarreaba agua. Después de ser iluminado, continuó cortando leña y acarreando agua.

»La mayor parte de la gente supone que, después de iluminarse, el aspecto exterior de su vida cambiará de manera mágica. Imaginan que, de pronto, vestidos con túnicas flotantes, dejarán de trabajar y pasarán el tiempo en bienaventuranza, sentados todo el día en la cima de una montaña, meditando.

—¿Y acaso usted no lo haría así, maestro Fwap? Es decir, ¿qué beneficio tendría la iluminación si no cambiara la vida? ¿Acaso la gente no busca la iluminación para alejarse del aburrimiento y la frustración de las experiencias cotidianas?

—¡Exacto! —respondió el maestro—. ¡Eso es lo que piensan casi todos! Pero no necesariamente es así. La iluminación permite percibir las cosas de un modo diferente. ¡Es la clave de todo!

»Antes de que el monje zen llegara a la iluminación, cortar leña y acarrear agua le parecían tareas vulgares, repetitivas, aburridas. Pero después de la iluminación, su percepción de cortar leña y acarrear agua, como de todo lo demás en la vida, cambió de manera radical. Descubrió que la iluminación existe tanto en cortar leña y transportar agua como en sentarse en lo alto de una montaña y meditar todo el día.

»Antes de la iluminación —continuó con paciencia el maestro Fwap—, el mundo parece tridimensional, denso y aburrido. Pero en realidad el mundo no es tridimensional y, si tienes plena conciencia, es cualquier cosa menos aburrido.

»La vida está constituida por millones de dimensiones. Para un espíritu despierto, la vida, y hasta la tarea cotidiana más monótona, jamás resultará opaca ni aburrida, ¡pues el infinito existe en todas las cosas!

»Antes de ser iluminado, los pensamientos, conceptos y rutinas

mentales del monje bloqueaban su percepción del resplandor infinito que existe en el interior de todas las cosas.

»Después de la iluminación, aunque el cuerpo del monje siguiera cortando leña y acarreando agua, su mente vagaba constantemente por las dimensiones extáticas de la luz. La frase zen significa que la iluminación no es lo que uno cree, pues supera la capacidad de entendimiento y de pensamiento.

»Una vez que llegues a la iluminación —dijo el maestro con tono dramático—, no es necesario que vivas en un monasterio, pues el universo entero se habrá convertido en tu monasterio. Puedes llevar una vida normal y hacer lo que te plazca.

»En el aspecto físico, parecerá que nada ha cambiado en tu vida cotidiana, pero en tu mente vivirás en un estado permanente de luz y éxtasis, como el monje zen.

—¡Pero, maestro Fwap, todavía no entiendo cómo ciertos tipos de realidad pueden ser más reales que otros!

—Cuando superes tu concepto de lo que es la realidad —dijo el maestro—, trascenderás las palabras y los conceptos que hayas desarrollado hasta el momento acerca de la realidad: es así de fácil. Pero en tanto continúes “pensando” la vida en lugar de experimentarla directamente de manera no conceptual, no entenderás más de lo que entiendes ahora acerca de la realidad.

»Olvidemos por unos minutos que tenemos una comprensión preconcebida de lo que significa la palabra “real”. Partamos de cero y determinemos, a través de la observación, qué es real y qué no lo es. Examinemos la vida de manera directa y veamos si hay cosas que tienen más realidad que otras.

En ese punto de nuestra conversación, el maestro Fwap hizo una pausa.

—¿Cómo definirías la realidad? En tu opinión, ¿qué hace que algo sea real? —me preguntó después.

—Bueno, supongo que es real porque existe —respondí.

—Pero las cosas no existen o, en caso de existir, sólo existen por un instante fugaz.

—Maestro Fwap, ¿qué quiere decir con eso?

—¡Bueno, lo único que existe es este momento, aquí y ahora! —afirmó enfáticamente—. No existe el pasado más allá de cualquier

momento dado que todavía esté vigente. Ya sea miles de años atrás o hace unos segundos, el pasado sólo existe como una idea o una impresión en nuestra memoria.

—Por tanto, lo que es real sólo lo es más por un instante fugaz. ¿Eso es lo que quiere decir? — pregunté.

—¡Exacto! —se apresuró a responder—. Y para complicar aún más las cosas, la realidad de algo depende por entero de cómo lo percibes, y la percepción de un hecho sólo dura un instante y luego se esfuma de la memoria.

—Maestro Fwap, creo que esto se está poniendo demasiado metafísico para mí. ¡Empieza a dolerme la cabeza! —exploté.

—Trata de verlo de otra manera —continuó el maestro, haciendo caso omiso de mi comentario demasiado emocional—. Para empezar, lo que hace que algo sea real es el hecho de que exista. Estamos de acuerdo en que cuando algo no existe, no es real. Supongamos que algunas cosas existen más tiempo que otras. ¿Dirías que eso las hace más reales?

—Supongo que sí —admití de mala gana.

—Los maestros budistas iluminados saben que en el mundo físico y astral nada existe más que un momento cada vez. Pero también saben que el nirvana existe continuamente: es una constante. Por tanto el nirvana, que es la iluminación, sin duda es más real que cualquier cosa física o astral, pues nunca tiene fin.

»Lo único constante, además del nirvana, es el cambio. Nada sigue siendo igual de un momento al siguiente, ni en esta ni en ninguna otra dimensión. Quizá pienses que las cosas siguen siendo iguales, pero esa es una trampa de tus pensamientos y concepciones.

»Todas las cosas y todos los seres están hechos de vibraciones de energía —continuó—. En el universo, nada es tan sólido como parece. Por ejemplo, una persona no iluminada ve un árbol como un objeto sólido y tangible. Pero el ser iluminado mira el árbol y ve una continuidad de energía siempre cambiante que suele tomar la forma de un árbol.

»El universo está constituido por infinitos planos dimensionales —afirmó el maestro Fwap, plenamente convencido—. Algunos planos son más duraderos que otros y, por supuesto, el nirvana es inmutable. Se podría decir que, cuanto más cerca del nirvana esté determinado

plano, más real será. Por el contrario, cuanto más lejos esté del nirvana, menos real será.

—Pero, maestro, creí que había dicho que el nirvana no era espacial. En realidad no es un lugar físico, ¿verdad? En tal caso, ¿cómo es posible que una dimensión esté más cerca o más lejos?

—Estás en lo cierto—respondió de inmediato el maestro Fwap—. El nirvana no es espacial, al menos del modo al que tú te refieres. Por decepcionante que te resulte, sé que no existe manera de explicarte el nirvana. Las palabras son inútiles.

»El nirvana es algo que tienes que experimentar de manera directa para entender de qué se trata—explicó el maestro Fwap—. No es algo que puedas conocer directamente, como a una persona o una cosa, o como comprendes un concepto.

»El conocimiento del nirvana no es conceptual. Por eso, en la filosofía budista decimos que es la sabiduría que está más allá del conocimiento de la mente.

»Meditamos y practicamos el desapego para ir más allá de los conceptos limitados que nos sujetan a estados relativamente irreales de la mente—dijo el maestro Fwap, entrecerrando los ojos—. Más allá de los estados limitados de la mente que experimentan muchos seres humanos, existen niveles de percepción más duraderos en el plano astral y en el causal.

»Cuando experimentas esos niveles de percepción más “reales”, eres feliz todo el tiempo. Los miembros de la Escuela del Misterio, practicando la meditación descubrieron que hay diferentes grados de realidad en el universo. Además, descubrieron que la armonía interna influye directamente en la capacidad de alguien para percibir y experimentar estados de conciencia iluminados.



EL MAESTRO FWAP RETOMA LA NARRACION

—Por medio del estudio interno y la búsqueda metafísica, los miembros de la Escuela del Misterio descubrieron que había una intensa relación entre el estado mental de una persona y su nivel de logro

psíquico. Notaron que quien no era feliz, no gozaba de control emocional, equilibrio y buen humor, y no estaba en paz consigo mismo, no podía desarrollar por completo sus poderes psíquicos innatos.

»La razón es engañosamente simple —dijo el maestro Fwap, riendo—. Todo desarrollo psíquico y espiritual depende de una energía interna invisible, llamada “prana”. El “prana”, que a veces denominamos “kundalini” o “chi”, es la energía de la conciencia. La cantidad de prana que las personas almacenan en su interior determina el nivel de conciencia cotidiano y también la capacidad para usar los poderes psíquicos y los ocultos.

»El prana se conserva en un “recipiente” interno en el cuerpo sutil de una persona. Ciertas actividades, como la meditación, la visita a ámbitos de poder o la transmisión por parte de un maestro iluminado, aumenta la cantidad de prana que posee esa persona.

»También hay formas de pensar, actuar y sentir que agotan el prana almacenado y lo desperdician sin necesidad. La forma más rápida de consumir y malgastar el prana consiste en sentir desdicha, odio, enfado, depresión, autocompasión y egoísmo.

»Cuando la vida transcurre en un estado permanente de trastorno mental y emocional —explicó el maestro Fwap—, el individuo pierde casi todo su prana, aunque medite y se integre a otras prácticas internas que incrementen cada día el nivel de energía psíquica.

»Sin la energía interna que suministra el prana almacenado, nadie puede utilizar sus percepciones psíquicas más elevadas, y mucho menos logra poderes siddha ni convertirse en iluminado.

»Además de aprender de qué manera ciertos tipos de emociones y comportamientos pueden consumir o incrementar el prana —prosiguió el maestro Fwap con el tono que emplearía un profesor universitario para dirigirse a una numerosa congregación de estudiantes—, los miembros de la Escuela del Misterio de la Atlántida comprobaron la importancia de mantenerse puros en el aspecto áurico y ajenos a las formas de pensamiento, deseos, temores y emociones negativas de los demás.

»Observaron que la mayoría de los individuos, sin comprenderlo de manera consciente, absorbían una gran proporción de energía psíquica de la gente con la que entraban en contacto por casualidad, y una proporción mayor aún de las personas con las que tenían vínculos emocionales intensos.

»Las energías y los estados mentales que recibimos de las personas con las que tenemos cercanía emocional o con las que nos relacionamos en ese terreno, se acumulan en nuestro cuerpo sutil de un modo muy parecido a aquel en el que la suciedad se junta en nuestro cuerpo físico a lo largo del día.

»Si estas vibraciones áuricas negativas no se mantienen en un nivel mínimo mediante el empleo de técnicas psíquicas de protección, y si no se limpian de nuestro cuerpo sutil cada día a través de la meditación, se acumularán y llegará el momento en que resultarán muy tóxicas.

»En el comienzo, la acumulación de vibraciones áuricas negativas disminuye nuestra capacidad de percepción psíquica —prosiguió explicando—. Si esas energías se acumulan durante un período prolongado, pueden llegar a provocarnos una enfermedad psíquica. La mayoría de las enfermedades graves, incluidos muchos tipos de cáncer, son consecuencia de la toxicidad áurica.



El maestro Fwap continuó explicando que el conocimiento secreto de la iluminación es como una llama. Dijo que los primeros iluminados de la Atlántida encendieron por primera vez, en efecto, la "llama de la iluminación" en la tierra. Los miembros de las diferentes Escuelas del Misterio de desarrollo espiritual y psíquico, mantuvieron viva la llama de la iluminación, preservándola y pasando de generación en generación las técnicas secretas para lograrla, desde la Era de la Atlántida hasta la actualidad. Agregó que la Rae Chorze-Fwaz era la encarnación tibetana más reciente de las Escuelas del Misterio de la antigüedad.

También me informó que, durante el Ciclo Atlántido, el aura de la tierra —el campo de energía astral invisible que rodea y protege a nuestro planeta y en el cual fluye toda la percepción psíquica— era muy pura. Comparó el aura de la tierra con la capa de ozono.

—La capa de ozono de la tierra —continuó el maestro Fwap— es un escudo invisible que protege a los seres humanos y a otros seres vivos de los rayos ultravioletas del sol. Si esa capa de ozono resultara gravemente reducida, casi toda la vida vegetal y animal de nuestro planeta perecería.

»De manera similar, todos los seres vivos tienen un aura, una vibración rápida, un campo de energía psíquica invisible que los protege de las energías tóxicas no psíquicas que, de lo contrario, los perjudicarían.

»En la época de la Atlántida, sólo vivían unos cientos de miles de personas en nuestro planeta, en armonía sublime con la naturaleza. En aquellos tiempos, la pureza del aura de la tierra hacía más fácil meditar, estar en contacto con la parte espiritual de uno mismo y llegar a ser iluminado.

»Piénsalo del siguiente modo —continuó el maestro Fwap—. Si quieres oír música por radio, no tienes más que sintonizar una emisora y escuchar la música que están pasando. Pero si hubiese cientos o miles de estaciones invadiendo las ondas sonoras al mismo tiempo, no podrías escuchar ninguna. Aunque todas pasaran la música más hermosa, sólo oirías un ruido disonante en tu aparato de radio.

»¡Todos los seres vivos son psíquicos! —exclamó—. Seamos conscientes de ello o no, todo el tiempo sentimos vibraciones y energía que nos transmiten otras personas. Las sentimos con nuestro aura, que es la capa más exterior de nuestro cuerpo sutil.

»¿Sabías que la enorme mayoría de las ideas que concibes y las emociones que sientes no son tuyas? —me preguntó el maestro Fwap, con sonrisa irónica.

»Como ya te he dicho —me recordó—, uno absorbe casi todos sus pensamientos y emociones de manera psíquica, de las personas con las que tiene cercanía psíquica, y de aquellas a las que está ligado por fuertes lazos emocionales, sean positivos o negativos. Además, recibes impresiones psíquicas del lugar en que trabajas o estudias, de las carreteras por las que conduces, de las tiendas en las que compras, de la ciudad y el país en que vives y, en cierta medida, de toda la gente que vive en este planeta tan poblado.

—¿De qué forma nos afectan las impresiones vibratorias de otras personas, maestro Fwap?

—Bien, supongamos que vives junto a un alcohólico: puede sucederte que, de repente, sientas deseos de beber. Si obedeces a ese deseo que en principio no era tuyo, tal vez comiences a beber con regularidad y, en medio del aturdimiento alcohólico, descuides el trabajo, te enfades con los que amas o hasta sufras un accidente

automovilístico. En síntesis, si obedeces al impulso alcohólico del vecino, sin saber que no es tu propio impulso, ¡puedes estropear toda tu vida!

»O digamos —prosiguió el maestro— que amas a alguien que está muy deprimido. Aunque viva en otra zona del país, tal vez te sorprenda teniendo tú los pensamientos y los sentimientos desdichados de esa persona, aunque tú mismo seas feliz.

»Las impresiones psíquicas también pueden permanecer en un sitio físico durante un tiempo. Si una pareja de recién casados, muy feliz, se mudara a una casa que acaba de desocupar un matrimonio que terminó en divorcio, es probable que los recién casados se peleen todo el tiempo, ¡aunque en realidad se amen!

»Sin siquiera saberlo de manera consciente, los recién casados absorberán los pensamientos de los ocupantes anteriores de la casa, supondrán que son sus propias ideas y sentimientos, y actuarán en consecuencia.

»Además de los efectos vibratorios que ejercen sobre nosotros los individuos con los que tenemos cercanía física, y del efecto más intenso aún de las personas con las que guardamos cercanía emocional, también nos afecta la conciencia colectiva de las vibraciones de toda la humanidad.

»La mente de cada individuo actúa como un radiotransmisor: transmite constantemente la esencia de sus pensamientos y emociones, que van a parar al aura de la tierra. Ahora que la población mundial ha alcanzado los miles de millones, hay tantas formas de pensamiento fluyendo psíquicamente hacia el aura de la tierra que esta se ha vuelto muy tóxica: la contaminación psíquica del aura de la tierra dificulta en gran medida que los individuos con facilidades psíquicas muy desarrolladas perciban las cosas con claridad.

»Tal vez para ti sea más fácil entender lo que estoy diciendo si haces un experimento —dijo el maestro Fwap.

»Observa cuántos pensamientos tienes cuando estás cerca de otra gente. Luego, vete a caminar por el bosque o por una playa desolada, el desierto o la montaña.

»Cuando realices este experimento, procura no pasear por un sendero o una playa muy frecuentados. Como ya he mencionado, queda cierta dosis de formas de pensamiento de la gente en los emplazamien-

tos físicos a los que concurre. Trata de ir por un sendero o playa poco visitados o apártate hacia un lugar puro, donde nadie haya estado en los últimos tiempos, y pasa unos minutos a solas.

»Tras haber pasado diez o veinte minutos en un sitio relativamente puro —prosiguió el monje—, observa tu mente. Probablemente notarás que no piensas tanto como antes ni el mismo tipo de cosas que cuando estás con otros. Ese cambio en la cantidad y calidad de tus pensamientos se debe a que te has distanciado físicamente de otras personas, y también a que los elementos naturales de los bosques, montañas, desiertos, playas que bordean el océano y otras masas grandes de agua, te protegen como un escudo de las formas de pensamiento y del aura de otros seres humanos.

—Maestro Fwap, todavía no entiendo cómo se relaciona esto con mi pregunta—dijo, con impaciencia—. ¿Por qué los miembros de la Escuela del Misterio que murieron durante la destrucción de la Atlántida, o después, en los barcos, no se reencarnaron, entraron en otras memorias y recordaron todo lo que sabían en la Atlántida?

—Tendrías que estar capacitado para responder tú mismo esa pregunta, ahora que te he explicado cómo funciona el aura—respondió el maestro Fwap.

—¡No lo sé! ¡Es todo tan confuso! Por favor, ¿puede explicármelo de un modo más sencillo?

El maestro Fwap sonrió comprensivamente:

—Es fácil de entender: bastará con que reúnas todos los datos que te proporcione.

Guardé silencio. No tenía idea de cómo responder mi propia pregunta. Tras esperar pacientemente mi respuesta, que no llegó, el maestro Fwap suspiró y procedió a contestar:

—En la era de la Atlántida, la baja densidad de población y, en consecuencia, la pureza del aura de la tierra, producían condiciones ideales para descubrir las técnicas secretas de meditación. Pero ocurrió que la destrucción de la Atlántida coincidió con un aumento general, en la tierra, de la población de otras civilizaciones menos evolucionadas en el aspecto técnico y espiritual.

»Entonces, para la época en que empezó a florecer la civilización egipcia —continuó explicando el maestro Fwap—, el aura de la tierra ya se había vuelto tan densa que era imposible descubrir las técnicas

secretas de meditación... como habían hecho con tanta facilidad en la pureza áurica de la primera era de la Atlántida.

»Esta ha sido la razón fundamental de la creación de la Escuela del Misterio. Los primeros miembros de la Orden, en la época de la Atlántida, habían previsto psíquicamente las edades subsiguientes de oscuridad áurica en que caería la tierra. Sabían que las vibraciones tóxicas de las eras siguientes imposibilitarían que los miembros de la Orden reencarnados ahondasen lo suficiente en sus otras memorias y recordaran lo que habían sabido en la Atlántida, sin conocer primero las técnicas secretas.

—De modo que necesitaban las técnicas secretas para desencadenar las otras memorias y debían contar con alguien que las conociera y enseñara a los miembros reencarnados de la Orden la forma de usarlas, tras haber renacido en una nueva encarnación. ¿Esa es la idea, maestro Fwap? —le pregunté.

—Exacto. Por eso, siempre tiene que haber como mínimo un miembro de la Orden en la tierra, a fin de que transmita oralmente las técnicas a otros que se hayan reencarnado poco antes. Entonces, por medio de las técnicas secretas, los miembros recién encarnados, o cualquiera que las haya aprendido, estará en condiciones de avanzar y acceder a las otras memorias, y recordar todo acerca de las vidas pasadas.

—Maestro Fwap, ¿cómo funcionaba todo eso en la Atlántida? ¿La pureza del aura de la tierra permitía que los niños nacieran sabiendo todo?

—En la Atlántida —respondió el maestro—, los niños de espíritu evolucionado por haber practicado la meditación en vidas anteriores, asistían a la Escuela del Misterio para ser capacitados por los miembros mayores de la Orden, que los reconocían psíquicamente. En el templo de la Atlántida, los sumos sacerdotes y sacerdotisas enseñaban a los niños las técnicas secretas de meditación, además de métodos y formas de vida que incrementaban sus niveles pránicos y les ayudaban a desarrollar habilidades psíquicas.

»La Escuela del Misterio continuó brindando ese servicio durante la gran civilización egipcia que, como ya he dicho, fue la segunda era de la humanidad, y también más tarde, cuando sobrevino la tercera era y florecieron las elevadas culturas india, china, japonesa y tibetana.

»Pero el enorme crecimiento de la población mundial en la tercera época dificultó la práctica y la participación en la meditación y la percepción psíquica, que tendrían que haber sido fáciles y naturales para un pueblo espiritualmente evolucionado.

»Los miles de millones de personas que habitan nuestro planeta en la actualidad representan un esfuerzo terrible para los recursos naturales de la tierra, y hacen difícil, casi imposible, que incluso las personas evolucionadas recuperen los conocimientos y talentos de sus vidas pasadas.

»Tienes que entender que la iluminación es un estado mental perfecto. Cuando eres iluminado, oyes y sientes constantemente el éxtasis, la música del universo. El éxtasis está siempre presente pero, por lo común, estamos tan bloqueados en el aspecto psíquico por nuestros pensamientos y emociones negativos, por las maquinaciones de nuestro ego y por las auras de los demás, que no nos damos cuenta. En lugar de sentir la naturaleza innata iluminada y extática de las cosas, solemos quedar atrapados en nuestros pensamientos y emociones, y en los tontos dramas temperamentales que constituyen nuestra vida cotidiana.

»Para llegar a ser iluminado, es necesario aquietar los pensamientos y emociones, y vaciar la mente —dijo con calma el maestro Fwap—. Ese es el comienzo de la verdadera meditación: vaciar la mente de ideas que la distraigan, de sentimientos, y de maneras de ver las cosas que en la Orden budista llamamos ilusiones, y permitir, en cambio, que nuestra conciencia vague a través de las dimensiones y los planos más elevados de luz que existen en el interior de nuestra mente. Este es uno de los objetivos del budismo yóguico más elevado.

Después de explicarme todo esto, el maestro Fwap habló con más detalle del viaje de la Orden a través de Egipto, India, China, Japón y, por fin, Tíbet. Comentó que todo había ido bien en lo relativo a mantener vivas las enseñanzas y las técnicas secretas a lo largo de todas las eras de la humanidad, hasta hace muy poco tiempo.

Me informó que en 1950 los comunistas chinos habían invadido inesperadamente el Tíbet, masacrado a cientos de miles de monjes budistas tibetanos, y destruido o profanado los monasterios tibetanos. Todos los miembros de la Rae Chorze-Fwaz, excepto el mismo maestro

Fwap —que logró escapar sano y salvo a Nepal—, fueron ejecutados o murieron en los campos chinos de trabajos forzados.

Por primera vez en la historia de la Orden, sólo quedaba un miembro vivo: el maestro Fwap. El era el único que conocía a fondo las técnicas tántricas secretas para alcanzar rápidamente la iluminación.



*El sueño profético del maestro
Fwaz Shastra-Dup*



El maestro Fwap me contó que su propio maestro, Fwaz Shastra-Dup, había enunciado una profecía significativa con respecto al futuro de la Orden, antes de la invasión china al Tíbet. Un día en que él y el maestro Fwap caminaban por el Himalaya, Fwaz Shastra-Dup le relató un sueño profético que había tenido la noche anterior.

En el sueño había visto un momento futuro en que el maestro Fwap sería el único miembro vivo de la Rae Chorze-Fwaz en la tierra.

Había observado al maestro Fwap, último miembro vivo de la Orden, recorriendo el Himalaya en busca de un estudiante, para transmitirle las técnicas secretas. Le dijo que hacia el fin del sueño había visto a un joven alto y delgado, de tez clara, que bajaba volando la montaña y chocaba con él. Ese joven provenía de un país occidental y se convertiría en su aprendiz.

También le contó que en el sueño había visto que ese aprendiz aprendería las técnicas secretas de meditación del maestro Fwap, y luego las transmitiría de un modo nuevo, en un país nuevo. Como resultado de ello, había vaticinado que la Orden trasladaría sus princi-

pales enseñanzas de Oriente a Occidente. Agregó que desde 1990 en adelante las técnicas de meditación de la Rae Chorze-Fwaz, que hasta ese momento los miembros de la Orden habían mantenido en secreto, ¡serían transmitidas a millones de jóvenes en todo el mundo!

Luego, el maestro Fwap me anunció con entusiasmo que al día siguiente a mediodía empezaría a enseñarme las técnicas y doctrinas secretas de la Rae Chorze-Fwaz. Afirmó que en cuanto yo hubiese aprendido esas técnicas secretas, los métodos y la filosofía del budismo tántrico, sería mi karma regresar a Occidente, practicar las técnicas durante muchos años hasta perfeccionarme, y después escribir una serie de libros que difundieran esas técnicas secretas y las enseñanzas de la Rae Chorze-Fwaz a discípulos de todo el mundo.



Mientras el maestro Fwap y yo estábamos enfrascados en la conversación acerca de la iluminación y la historia de las Escuelas del Misterio, la tarde había transcurrido; fuera estaba oscuro y hacía frío. El maestro me dijo que ya había oído bastante por un día. Me aconsejó que regresara al templo al día siguiente, a mediodía, para seguir conversando sobre la meditación y la iluminación.



En el camino de regreso a la hostería, un viento muy frío soplaba contra mi cuerpo y comenzó a nevar. Los copos de nieve que caían sobre mi rostro me hacían cosquillas en la piel, y me envolví tanto como pude con la *parka*.

En un abrir y cerrar de ojos, o eso me pareció, llegué a la hostería y entré en su cálido refugio. Me quité el abrigo, me lavé, cené y dormí toda la noche sin ningún sueño.



*Una taza de té
iluminadora*



Al día siguiente regresé a mediodía al templo del maestro Fwap, tal como él me había aconsejado. Otra vez me recibió en la puerta del templo y me condujo a su habitación. Nos sentamos en la alfombra de yak, como el día anterior. Pero esta vez, sobre la mesa que estaba entre nosotros había una tetera y dos tazas vacías.

—Hoy te invito a tomar el té—dijo el maestro Fwap—. Me gusta beberlo varias veces al día. De hecho, es mi bebida favorita. ¿A ti te gusta el té?

Respondí afirmativamente y él sirvió una taza de té humeante para cada uno. Pensé que estaría demasiado caliente para beberlo, pero cuando lo probé descubrí complacido que no era así.

—¡Hoy te enseñaré acerca de la iluminación! —anunció el maestro en voz alta, como si en la habitación hubiese más gente a la que quisiera enterar de lo que decía—. Pero antes me gustaría responder a la pregunta que sé que estás ansioso por formularme.

Hizo una pausa y bebió un sorbo, mientras yo reflexionaba un momento. Si era cierto que quería hacerle una pregunta específica, no

tenía conciencia de ello. Pero tras unos minutos de silencio, la pregunta surgió sola.

—Maestro Fwap, no entiendo nada de esto. He viajado a Nepal para deslizarme en tabla por el Himalaya, no a aprender qué es la iluminación ni a conocer las enseñanzas secretas de la Orden budista a la que usted pertenece.

»No es mi intención quejarme, pero, ¿está seguro de que yo soy el joven que esperaba?

El maestro Fwap me sonrió, pero no dijo una palabra. Cerró los ojos. Pasaron unos minutos sin que respondiera. A decir verdad, la expresión de su rostro era tan apacible que temí que se hubiese dormido.

Mientras yo seguía ahí, sentado en la alfombra de yak, en el cuarto pequeño, aseado y cómodo del maestro Fwap, comenzó a ocurrir algo muy extraño. La atmósfera se volvió densa y empezó a adquirir, poco a poco, un bello color dorado brillante.

Al principio, creí que "nevaba" luz dorada alrededor del maestro Fwap. Lo noté primero alrededor de su cabeza; después la luz dorada pareció extenderse por todo su cuerpo y, por fin, ¡colmó toda la habitación!

Al ver esa luz dorada que rodeaba al maestro Fwap, lo primero que pensé fue que debía de tener un problema de visión. Me froté los ojos con las manos para despejar la vista, pero el color del aire en torno del maestro Fwap y en el resto de la habitación siguió siendo de un suave tono dorado.

Ante mis ojos azorados, la luz dorada que llenaba la habitación se hizo más densa todavía. Unos minutos después, prácticamente no veía al maestro, aunque seguía enfrente, sentado al otro lado de la mesa. Sentí en todo el cuerpo una sensación cosquilleante y cálida, que no fue desagradable sino extraña.

Perdí la noción del tiempo. El maestro Fwap y yo podíamos llevar allí cinco minutos o cinco horas: para mí no habría habido ninguna diferencia. No obstante, advertí que mi mente se despejaba, se ordenaba y relajaba. En verdad, me sentía muy bien, tal vez mejor que en toda mi vida.

A medida que transcurría ese tiempo sin tiempo, empecé a advertir algo más: sin esfuerzo aparente, de súbito comprendí todo. No se trataba de que hubiese algo específico que entender sino que, de pronto, "supe" todo de la vida. Comprendí que yo era una unidad con la vida y, al mismo tiempo, una parte única y separada de ella.

Supe por primera vez que el maestro Fwap era un iluminado. De

algún modo, palpé su mente... y supe que estaba hecha de pura luz dorada. También supe, sin saber cómo sabía, que la luz dorada de la mente del maestro Fwap y la que ocupaba la habitación en ese momento era la luz de la iluminación.

Sentí que la mente del maestro Fwap se expandía sin fin en todas direcciones, a través del tiempo, el espacio y las dimensiones. Nunca había sentido ni experimentado algo tan increíble y hermoso.

El maestro Fwap me habló con tono sedante, sin abrir los ojos.

Se refirió a la iluminación. Mientras hablaba, las ondas de luz dorada continuaban emanando de su cuerpo en una variedad infinita de diseños caleidoscópicos. Noté que, en algunos momentos, un flujo constante de luz dorada salía directamente del cuerpo del maestro y, en otros, parecía palpar de manera rítmica por la habitación, en armonía con sus palabras.

—La iluminación —comenzó— es la conciencia completa de la vida, sin modificaciones mentales. Es felicidad, éxtasis, y todo lo que es bello, perfecto y pleno en la vida. La iluminación es un estado perfecto de la mente. Es la "visión" directa de la realidad.

»El mundo que ve la mayoría de la gente, y que llama vida, es en realidad un sueño. Así como lo que ocurre en un sueño tiene una aparente solidez mientras lo sueñas, la vida cotidiana parece sólida cuando uno la vive. Pero cuando una experiencia o un sentimiento ha quedado atrás, pierden esa aparente solidez, del mismo modo que los sueños pierden la sensación de realidad al despertar.

»El mundo que experimentas todos los días y noches de tu vida es transitorio. Tú, la persona que vive todo esto, las personas que conoces, conociste o conocerás alguna vez, los sentimientos y vivencias que tuviste, tienes o tendrás, todas esas cosas, momentos, lugares, personas, experiencias, comprensiones, sentimientos y hechos, son temporales. Sólo duran lo que un parpadeo y luego se disuelven en una eternidad incognoscible e informe de la que proviene todo y a la que todo, en algún momento, regresará.

»Pero detrás de esa realidad transitoria que va y viene con semejante fugacidad, hay algo más. Se trata de una realidad más profunda, permanente e inmutable, que los budistas llamamos nirvana.

»Como dije ayer, el nirvana no es un lugar físico, si bien a veces me refiero a él como si lo fuese. No es en realidad una experiencia, aunque a veces, con vistas a la explicación y la claridad, hablo como si lo fuese.

»Nirvana es la luz inteligente que nos hace y hace todo lo que vivimos desde el nacimiento hasta la muerte, y desde la muerte hasta el renacer. También es la misma luz que constituye todo lo que está más allá del ciclo de nacimiento, muerte y renacimiento.

»¡Es maravilloso y escapa al conocimiento! Crea a partir de sí mismo todos los mundos transitorios y los seres que los habitan. Los sustenta, los transforma y, en cierto momento, vuelve a recuperarlos.

»Y sin embargo, mientras los seres creados viven los placeres, los dolores y los fracasos de la existencia, se mantiene apartado de ellos. La felicidad y la desdicha no lo tocan. ¡El nirvana es un estado de bienaventuranza y éxtasis, al que no afectan los altibajos de sus propias creaciones!

»El budismo yóguico tántrico es un camino que puede seguir una persona hacia la iluminación. Por medio de las prácticas tántricas puedes unir tu conciencia con la bienaventuranza y el éxtasis eternos del nirvana, y elevarte por encima de las condiciones limitadas de placer y dolor, éxito y fracaso, dicha y desgracia que esclavizan a los innumerales seres no iluminados.

»Si quieres gozar de manera permanente del éxtasis puro, antes tienes que desvincularte de lo que te provoca dolor. Esto se logra a través de las prácticas budistas gemelas de la meditación y la diligencia.

»En la meditación, al concentrar la mente en tus chakras, acallar los pensamientos y acrecentar el flujo de kundalini, te elevas por encima de la conciencia de tu cuerpo y unes tu mente a la clara luz del nirvana, lo que crea un flujo de bienaventuranza y felicidad entre tu mente y la iluminación.

»Con la felicidad, el éxtasis y el poder que obtienes de la meditación, luego, poco a poco, puedes apartar la mente de las cosas que te provocan dolor. Cuando lo hayas logrado, sea lo que fuere lo que te suceda en la vida física, ¡serás feliz!

»Cuando extraes la felicidad cotidiana de la conciencia infinita del nirvana —prosiguió el monje—, ya no eres esclavo de la suerte: si te tocan experiencias placenteras, puedes disfrutarlas. Pero si se abaten sobre ti el dolor y la mala fortuna, puedes elevarte por encima de ellas y evitar que te afecten. La bendición y el éxtasis del nirvana te elevarán por encima de las penas transitorias de la vida y la muerte.

»Trata de verlo así: más allá de las nubes, siempre brilla el sol. Hoy, si el día está nublado, no podremos disfrutar de la luz ni de la tibieza del sol como lo haríamos en un día soleado. Pero si tú y yo abordáramos

un avión y voláramos sobre las nubes, sólo habría sol. Siempre está soleado más allá de las nubes.

»De una forma muy parecida, si tu felicidad proviene de los hechos, las sensaciones y otras experiencias del mundo físico, y de las emociones y sentimientos que estos te provocan en la mente y el cuerpo, eres un esclavo del "clima" de los hechos: si las cosas en tu vida son "soleadas", serás feliz, pero en los días "nublados" que todos tenemos en la vida, serás desdichado, estarás deprimido y sentirás dolor.

»Como sabes, no podemos controlar el clima. De hecho, casi no somos capaces de predecirlo. Lo mismo sucede con la vida cotidiana. Es muy difícil controlar la vida, incluso por poco tiempo, menos aún hacerlo siempre, y resulta casi imposible predecirla.

»Pero después de unir tu mente con el nirvana en la meditación profunda, siempre vivirás un estado de conciencia iluminado. ¡Entonces, deja que lleguen las nubes de la vida! Deja que caiga la lluvia de las experiencias trágicas y desdichadas, como sucede en ocasiones de manera inevitable, incluso en la vida de los maestros iluminados. Si tu mente se ha unido con el nirvana a través de la meditación y la aplicación, serás feliz en todo momento.

—Pero, maestro Fwap —pregunté, para mi propio asombro—, ¿cómo se sienten las personas que meditan durante el período anterior a la iluminación? ¿Son tan infelices y sufren tanto como otras personas no iluminadas, o, por el hecho de meditar, están en mejores condiciones de enfrentar lo que usted llama días "nublados" de la vida humana? ¿Se vuelven iluminados antes de que las cosas mejoren?

El maestro Fwap abrió los ojos y me miró de frente:

—¡Esas son buenas preguntas! —rió—. Por supuesto, lleva un tiempo llegar a ser iluminado. Pero, en realidad, no se diferencia mucho de aprender cualquier otro arte: sólo se necesita tiempo, un buen maestro y práctica.

»Una vez que empiezas a meditar, no tienes que esperar demasiado. No esperas hablar un idioma extranjero el primer día que lo estudias, ¿no es cierto?

»Pero después de apenas unas semanas de practicar meditación, comenzarás a tener más energía y a ser un poco más feliz. A medida que mejore tu práctica de la meditación, experimentarás mayor felicidad, y dispondrás de mayor energía interna. Llegará el momento en que,

al seguir progresando en la práctica, ¡experimentarás el éxtasis y el conocimiento que las palabras no pueden describir!

»Cada vez que meditas, creas un vínculo más intenso con el mundo de la luz interna y de la felicidad interior. En el transcurso de años de práctica, ese vínculo se tornará más brillante y extático. Pero en el comienzo mismo de la práctica de la meditación notarás que se transmite a tu vida cotidiana parte de ese brillo y ese éxtasis que gozas durante la meditación.

»Recuerda —dijo el maestro Fwap, remedando un tono de advertencia—, que a medida que tu práctica de la meditación mejore mes a mes, cada vez se derramará más luz y más éxtasis sobre los diversos momentos de tu vida cotidiana. Llegará un momento en que siempre te encontrarás, como yo, en estado de luz permanente.

—Maestro Fwap, si lo único que se aprende de un maestro son las técnicas secretas de la meditación, ¿para qué continuar estudiando con un maestro cuando ya se ha aprendido? —quise saber.

—Se necesita corrección, orientación y, sobre todo, el poder áurico del maestro —se apresuró a explicar el maestro Fwap.

»Si en tu casa pasa electricidad por los cables —continuó—, bastará con enchufar una lámpara para que funcione. La corriente está ahí, disponible. Pero si sólo cuentas con un pequeño generador casero para que funcione la lámpara, sólo tendrás luz cuando hagas girar la manivela del generador. Si interrumpes, la luz se esfumará y desaparecerá.

»Un maestro iluminado es una fuente perpetua de luz cósmica porque su mente está unida para siempre al nirvana. Si eres discípulo de un maestro iluminado, en sentido literal puedes hacer una toma en su aura, ese campo de luz que lo inunda, en cualquier momento y lugar. Será suficiente con que pienses en tu maestro budista para que la luz penetre tu mente.

»Un maestro budista iluminado proporciona poder áurico a sus discípulos. Transfiere luz, poder y saber a las auras de sus discípulos. Ese poder da a los alumnos una cantidad extraordinaria de prana, lo que posibilita meditar más profundamente y lograr otras cosas con más rapidez, felicidad y facilidad.

»Por supuesto, no sucede lo mismo con toda la gente que medita. En realidad, en todo el mundo hay muy pocas personas que estudien meditación con un maestro iluminado, debido a que no existen muchos iluminados en todo el planeta.

»La mayoría no tiene maestros iluminados —dijo con un suspiro, como afligido por este hecho—. Por lo tanto, cuando practican meditación, sólo experimentan una iluminación limitada. Pero si alguien quiere progresar más rápido y desea superar antes la desdicha tiene que esforzarse por hallar a un maestro iluminado. Si alguien está convencido de que no sólo desea ser un poquito más feliz sino que quiere volverse iluminado y experimentar la dicha infinita, tiene que estudiar con un maestro iluminado. Y a nadie sobre esta tierra obtiene la iluminación sin la guía de un maestro iluminado... a menos, por supuesto, que esa persona haya estado iluminada en encarnaciones anteriores.

El maestro Fwap se interrumpió y me miró a los ojos. La luz dorada aún llenaba el aire que nos circundaba. Percibí que mi conciencia cambiaba y, al mismo tiempo, una extraña sensación en la coronilla. Después de observarme unos minutos, retomó la palabra:

—El nirvana, la iluminación, son términos intercambiables. Llámalo como quieras: su naturaleza es la armonía, la paz y la alegría perfectas. A diferencia de los días pasajeros de nuestra vida, que van y vienen, el nirvana siempre ha sido, siempre es y siempre será.

»Esto es lo más difícil de entender —afirmó con una risa alegre—. Para saber a qué me refiero, tienes que mirar más allá de mis palabras. Debes experimentar en ti mismo la realidad de la luz en tu propia meditación y entenderás cuán perfecta es la vida. Y entonces, serás por siempre feliz.

—¡Pero maestro Fwap! ¿Cómo es posible que una persona sea feliz en un mundo donde hay tanta injusticia y desgracia? ¡Todo y todos mueren! Y hay tanto dolor y sufrimiento inútil en la vida de todos... ¿Cómo es posible que la meditación y la iluminación modifiquen estos hechos?

—Estoy de acuerdo contigo —dijo con calidez el maestro—. El mundo de la experiencia humana es muy incierto. Hoy serás feliz, pero mañana serás desdichado. Tal vez hoy logres lo que quieres, y mañana no. Hoy eres joven y estás lleno de energías; en el futuro envejecerás y quizá te fatigues demasiado.

»Sólo los iluminados son siempre dichosos, porque su felicidad no proviene de los sucesos y experiencias que ocurren en este mundo, sino que se basa en la ilimitada energía interna que extraen de su conexión con el mundo de la iluminación.



EL MAESTRO FWAP DEFINE EL VIAJE ASTRAL

—Más allá de este mundo hay innumerables dimensiones. ¡Se extienden hasta el infinito! Puedes viajar por ellas y vivir experiencias en ellas.

»Algunas dimensiones astrales son brillantes y plenas de éxtasis, y en ellas viven seres cósmicos avanzados. Pero también existen dimensiones astrales muy oscuras, plagadas de pánico y confusión. Por lo general, están habitadas por seres cargados de odio y desesperación.

»Las experiencias que vives en las dimensiones astrales no son, en esencia, diferentes de las que vives en la dimensión física, en el sentido de que son transitorias. Hay personas que cometen el error de suponer que siempre se está mejor en otro sitio. Pero la vida es más o menos la misma, vayas donde vayas... porque dondequiera que vayas, ahí estás.

»Te aclaro esto porque me parece que mucha gente confunde la experiencia de la meditación y la iluminación con el viaje astral. Algunos, cuando meditan, viajan a otras dimensiones en sus cuerpos astrales. Pero el viaje astral no proporciona felicidad duradera. De hecho, si no se hace correctamente, ¡puede resultar peligroso!

»Es un mundo hostil, ajeno al nirvana, y a la iluminación. En la vida, todos los seres tienen que alimentarse de otros seres para sobrevivir. A algunos, por pura malicia, les gusta causar a otros un sufrimiento innecesario.

»El hecho de que viajes a otra dimensión no significará que las cosas serán mejores o más dichosas para ti. En realidad, pueden ser mucho más difíciles.

»Hay muchas formas de vida diferentes en el universo —continuó el maestro Fwap, con su tono de advertencia— y los seres humanos no conocen muchas. Como sabes, basta un pequeño virus para terminar con tu vida física. Y como también habrás aprendido, en la vida existen personas y situaciones peligrosas, que debes evitar para seguir viviendo, para obtener la felicidad y la iluminación perfectas.

»Te ha llevado muchos años aprender a enfrentar con éxito los peligros físicos cotidianos. Cruzar la calle eludiendo el tráfico, o rechazar invitaciones inaceptables o sospechosas por parte de extraños, son cosas que ahora das por obvias. Pero en el momento de nacer no conocías nada acerca de esos peligros y de cómo enfrentarlos. Has aprendido de tus padres, de tus maestros, y a través de experiencias propias.

»Hace poco tiempo que los seres humanos descubrieron la existencia de las bacterias y los virus. Personalmente yo, como monje budista que ha estudiado los enigmas de la vida durante muchas, muchísimas encarnaciones, sé que hay formas de vida y seres numerosos y complejos que habitan en otras dimensiones. Puede ser un riesgo encontrarse con ellos, a menos que se sepa cómo manejarlos o evitarlos.

»¡Lo que quiero decir es que la iluminación no es un viaje interdimensional! —dijo el maestro Fwap con tono fuerte—. La iluminación es la experiencia de la luz absoluta. No tengo nada en contra del viaje interdimensional, de hecho lo hago a menudo. Pero también he aprendido de un maestro Fwap Shastra-Dup a hacerlo con corrección y sin riesgo.

—¿Cómo es el viaje interdimensional? —pregunté.

Por fin el maestro Fwap había tocado un tema que me intrigaba.

—El viaje interdimensional es similar al viaje de un país a otro —respondió—. En ocasiones, es renovador y nos eleva, a veces es cansador y peligroso. Pero, por cierto, no hay que confundirlo con la experiencia del nirvana y de la iluminación. A diferencia de la experiencia del nirvana, viajar a otras dimensiones no te llevará más allá del sufrimiento, ni te ayudará a experimentar el éxtasis ilimitado de la creación. De hecho, el viaje interdimensional no tiene nada que ver con la iluminación.

»¡Si estás iluminado, gozarás del éxtasis en cualquier dimensión, en cualquier instante! —exclamó el maestro Fwap—. La iluminación no está relacionada con el lugar en que se encuentre tu cuerpo físico o astral, ni con ninguna experiencia que tengas en ellos. Está más allá de las dimensiones. Si no fuese así, no podría liberarte para siempre de la pena. No sería más que otra experiencia transitoria que podría terminar en desdicha, como suele ocurrir con todas las experiencias humanas.

»¡Por eso vale la pena procurar la iluminación! —afirmó el maestro, enfático—. Es lo único que te brinda felicidad permanente. Cuando gozas del éxtasis, la paz y la perfección de la luz infinita e informe de la iluminación, todo está bien. Eres feliz y libre, conoces la vida.

»Cuando eres iluminado, estás en condiciones de hacer lo que quieras, sin miedo ni dolor. Puedes elegir una carrera o vivir en un monasterio, puedes seguir deslizándote en tabla por la nieve, casarte, permanecer soltero, ser rico y famoso o vivir en el anonimato en una cueva del Himalaya. A ti te corresponde decidir.

»Cuando tu mente fluye con la luz pura del nirvana, que es la

felicidad propiamente dicha, todo lo que te suceda te deleitará. Pero sin la iluminación, todo en la vida es duro. Tarde o temprano verás morir a un ser querido, a menos que tú mueras antes. Eso provoca sufrimiento.

»Sin embargo cuando eres iluminado ves y comprendes que nada ni nadie muere realmente. En el momento de la muerte, lo único que sucede es que un ser cambia de forma. Cuando eres iluminado, sabes que todo y todos, incluso tú, son eternos.

»Una vez armado con este conocimiento, no le temes a la muerte ni sientes tanta congoja cuando muere un ser querido. Cuando has experimentado la luz por ti mismo, ves más allá del océano de la muerte, hacia las costas eternas de la inmortalidad.

»Cuando eres iluminado y tu mente se ha unido con la parte más profunda y antigua de la mente del universo, ya no te afecta el sufrimiento como a los demás. Por supuesto, tu cuerpo físico seguirá sintiendo dolor si te lastimas, pero ni siquiera el dolor físico extremo te perturbará, pues tu mente estará colmada de luz, amor y comprensión.

El maestro Fwap calló y cerró los ojos; en ese momento la luz dorada que colmaba la habitación se volvió más sólida aún. En verdad, ahora yo no podía verlo a él ni a ninguna otra cosa en la habitación. Fue como si me hubiese reunido con el maestro en una dimensión de luz de oro sólido: ya nada parecía importarme. Mi mente tenía una continuidad sin barreras con toda la creación. Estaba en paz.

Entonces el maestro Fwap me habló y su voz parecía llegar desde muy lejos. Al principio, sólo percibí vagamente que me hablaba. Después, escuché con claridad lo que me decía.

—En virtud del karma de tus vidas pasadas serás iluminado, en esta vida. Has sido iluminado en varias vidas anteriores. No puedes impedirlo. Te sobrevendrá cuando tengas veintinueve años.

»Pero antes tienes que prepararte. Tienes que aprender a meditar y a detener los pensamientos. Tienes que superar todo egoísmo para servir a los demás. ¡Tienes que limpiar la mente para que la iluminación encuentre un lugar feliz en el cual residir!



Escuché lo que el maestro Fwap me dijo ese día acerca de la iluminación y sus palabras tocaron algo muy hondo dentro de mí.

Después de que hablara, supe que lo que más importaba en la vida era estar tan consciente como él... ser iluminado.

Creo que no comprendí de manera consciente todo lo que me dijo en esa ocasión. Pero a medida que él hablaba, yo sentía la luz y la sabiduría detrás de sus palabras. De algún modo noté que me encontraba en contacto con la parte más perfecta de la existencia, y eso me bastó.

En realidad, lo que dijo acerca de mi futuro no me afectó demasiado. Hablaba de cómo había sido yo en vidas anteriores que me era imposible recordar, y de lo que me ocurriría en un futuro que todavía no había sucedido. Le prestó atención pero no le creí demasiado, aunque tampoco dejé de creerle del todo. Yo no tenía referencias para entender que había sido iluminado en el pasado y que volvería a serlo en el futuro. Sencillamente, estaba fuera de mi alcance.

Pero las reflexiones del maestro sobre la iluminación, la luz dorada a su alrededor y la forma en que mi mente se había transportado a un mundo de sentimientos, emociones y comprensiones perfectos, me afectaron profundamente ese día. Sin saber cómo ni por qué, “supe” que lo que me había dicho era verdad.

El maestro Fwap respondió a otras preguntas mías acerca de la iluminación hasta que, de pronto, comenzó a anochecer. Sin que yo lo advirtiese, la luz dorada se había esfumado de la habitación y los dos seguíamos sentados, en silencio. El té estaba frío.

El maestro Fwap me dejó a la entrada del templo; emprendí el regreso a la hostería por las calles angostas de Katmandú. Durante mi caminata, todo lo que vi daba la impresión de resplandecer y emitir ondas de luz, no tan brillante como la que había visto alrededor del maestro Fwap, sino más sutiles y tenues.

Mirando las casas ante las cuales pasaba vi que, en realidad, estaban hechas de partículas danzantes de energía: ya sabía que el mundo no era tan sólido como aparentaba.

En mi andar por las calles frías y oscuras de Katmandú, no sentí mi físico sino, más bien, un puro movimiento, sensación que había experimentado con anterioridad cuando, en raras ocasiones, me deslizaba por la nieve en la tabla absolutamente inconsciente de mí mismo.

Esa noche dormí bien y soñé con la nieve que caía sobre las cumbres del Himalaya.



۱۳۳۱

Tú eres la tabla



No vi al maestro Fwap el resto de la semana. En esos días reflexioné sobre nuestras conversaciones respecto de la iluminación, mientras subía y me deslizaba con la tabla por las cimas cubiertas de hielo y nieve del Himalaya. Cada mañana conseguía que alguien me llevara hasta las montañas, y subía por un sendero cubierto de nieve. Luego bajaba sobre la tabla, volvía a subir, y lo hacía otra vez.

Cuando me despedí del maestro Fwap en la puerta del templo, él no me dijo cuándo ni dónde volveríamos a vernos pero, de algún modo, yo sabía que nos veríamos. Decidí continuar con mi tabla y dejar el cuándo y el dónde de nuestro siguiente encuentro en manos del maestro.

Seis días después de habernos despedido, me encontré inesperadamente con el monje, otra vez en la cima de la montaña. Ese día había pasado tres horas subiendo por un sendero bastante escabroso, en busca de la nieve perfecta. Cuando llegué a la cumbre, me dejé caer, exhausto.

Acostado de espaldas en la nieve, respirando agitado el aire tenue de la montaña mientras entraba y salía de mis pulmones, cerré los ojos y escuché el latido de mi corazón. De pronto percibí una presencia,

como si alguien estuviese mirándome. Abrí los ojos y, para mi gran asombro, ¡el maestro Fwap estaba de pie ante mí! Me contemplaba con una gran sonrisa que parecía decir: "Yo sé algo de ti".

Sin hacer ruido, se sentó a mi lado. Yo, tendido en la cima nevada de la montaña, jadeante de agotamiento, estaba sin aliento y no podía disimular el asombro ante el encuentro inesperado. Minutos después, cuando por fin recuperé la respiración, expresé mi sorpresa en voz alta:

—¡Maestro Fwap! ¿Qué hace aquí arriba? De todas las montañas del Himalaya, ¿cómo sabía que yo estaría en la cima de esta? ¿Cuándo llegó? ¿Me siguió o ya estaba aquí?

—Estaba esperándote desde hace poco más de una hora—se apresuró a responder—. Como esta es la montaña adecuada para hoy, y yo tengo el karma justo, ¡sabía que aparecerías por aquí!

Sin darme la oportunidad de interrumpirlo con más preguntas, continuó:

—Hoy te enseñaré el arte de vivir bien. Para vivir bien, con naturalidad, tienes que actuar bien. Vivir es actuar y actuar es vivir. Cuando ambas cosas se unan, tu vida será perfecta.

»El método de la Rae Chorze-Fwaz para aprender a vivir bien consiste en la perfección de todos tus actos. Si logras perfeccionar cualquiera de las cosas que haces, experimentarás y sabrás lo que es la vida perfecta, en esa acción determinada. Cuando hayas logrado la perfección en esa acción, te resultará relativamente fácil transferir ese conocimiento a otros actos y, llegado el momento, serás capaz de perfeccionar todo lo que haces.

»En realidad, da igual qué acto te enseñe a perfeccionar primero—continuó—. Cualquier acción sirve, ya que los principios básicos incluidos para perfeccionar una acción, son los mismos para todas las acciones.

»He decidido enseñarte a perfeccionar el acto que tú más disfrutas—dijo, con una sonrisa maliciosa—. Hoy he subido hasta la cima para enseñarte a bajar de esta montaña con tu tabla a la perfección.

El maestro Fwap me había atrapado, lo sabía: si bien la reencarnación y las doctrinas secretas del budismo tántrico de la Escuela del Misterio no me interesaban demasiado, el deslizamiento en *snowboard* me fascinaba. El deporte de deslizarme con la tabla por la nieve lo era todo para mí. Por insólito que pareciera que el maestro Fwap pudiera enseñarme a hacerlo a la perfección, decidí de inmediato que si él lo conseguía, me convertiría sin vacilar en su discípulo.

Al instante me senté y le presté atención: no quería perderme una sola palabra.

—Para hacer algo a la perfección, no debes pensar en lo que estás haciendo—afirmó, con voz fuerte y formal—. Los pensamientos provocan las imperfecciones en nuestros actos. Alejan la realidad genuina de cada acción que se ejecuta.

»Los pensamientos ocupan lugar en la vida de uno, por supuesto, pero debe ser un lugar muy pequeño. Para conocer algo de verdad, para ver la perfección y participar de ella, tienes que convertirte en esa acción que quieres perfeccionar.

»Lo comprenderás mejor si observas cualquiera de tus acciones. Por ejemplo, bajas la montaña con la tabla que se desliza por la nieve. Tu adelanto depende tanto de tu destreza para usar la tabla como de tu conocimiento de la montaña y de la nieve que la cubre. Si sabes cómo se comportará la tabla sobre diferentes clases de nieve y de terreno, y si tú y la tabla sois "uno", realizarás a la perfección la acción de deslizarte montaña abajo sobre ella.

—¡Pero yo ya sé hacerlo, maestro Fwap! Aunque estoy seguro de que tengo mucho que aprender, hasta ahora bajé sin problemas todas las montañas que me propuse.

—Sí, eres hábil —respondió el maestro Fwap—. Sin que te dieras cuenta, los días pasados estuve observándote. Sí, es cierto. Eres muy diestro, pero todavía estás lejos de la perfección en el deslizamiento en *snowboard*.

Respetaba las ideas del maestro Fwap, y no me importaba que hubiese estado espiándome los últimos días, aunque no estaba seguro de que fuese cierto, pero todavía no imaginaba cómo él podía estar en condiciones de enseñarme a deslizarme si él mismo no era un deportista perfecto. Entonces, pensé ¿cómo podía saber más que yo de deslizamiento en tablas por la nieve?

El maestro Fwap debió de leerme los pensamientos, pues respondió de inmediato a mis inquietudes.

—Te preguntas cómo puedo enseñarte a hacer perfectamente algo en lo que tú eres experto y yo un novato. Hay dos motivos: el primero es que soy iluminado, el segundo, que conozco los principios de una acción perfecta.

»Como soy iluminado, veo de manera directa la esencia de

cualquier cosa que desee —dijo, con una carcajada feliz—. Para conocer su perfección, me basta con un poco de estudio. Además, como conozco los principios de la acción perfecta en otras actividades, soy capaz de trasladar esos principios al deporte de la tabla para la nieve o a cualquier otra actividad que elija.

»Deja que te lo demuestre —continuó—. ¿Me prestas la tabla?

Se la di, aunque no imaginaba cómo la usaría, ya que ni siquiera tenía botas adecuadas. Pero al maestro Fwap no parecía preocuparle. Se montó en la tabla y, dando un pequeño impulso sobre la nieve con el pie derecho para arrancar, empezó a deslizarse montaña abajo.

Yo tenía la certeza de que cuando el maestro Fwap arrancase y viera lo abrupto de la cuesta que se extendía ante él, saltaría de mi tabla. Estábamos en la cúspide de uno de los montes Himalaya. El declive era casi vertical. Yo mismo no estaba seguro de ser capaz de bajar a salvo de esa montaña en especial. Con toda la experiencia que tenía, me sentía inseguro de deslizarme montaña abajo, ¿cómo era posible, pues, que él lo hiciera y sobreviviese? Me volví y observé nervioso al maestro Fwap, que iba sobre mi tabla por el borde de la cima, y comenzaba el peligroso trayecto, ¡directo por la ladera, montaña abajo!

Seguí esperando que el maestro saltara de la tabla. Pero allí estaba, cientos de metros más abajo, deslizándose en mi tabla con gracia y perfección, sin contar siquiera con las botas adecuadas.

¡Nunca en mi vida había visto algo igual! Conducía la tabla como si lo hubiese hecho durante años. Tenía un estilo perfecto y no pude menos que reír con ganas, mientras contemplaba cómo cortaba en zigzag la profunda capa de nieve polvo.

A mitad de camino montaña abajo, el maestro Fwap dio un salto muy alto y, con mi tabla, salió despedido de la montaña. Lo primero que pensé fue que no había modo de que sobreviviera al salto. Había ido derecho hacia el precipicio, y lo único que había entre él y el risco helado eran unos cuantos miles de metros de aire tenue.

Por un momento quedó suspendido en el aire, gracias al ímpetu del salto. Yo sabía que bastarían unos segundos de gravedad para que cambiase la trayectoria, ¡y entonces caería hacia una muerte segura sobre el risco rocoso que había debajo a sus pies!

Entonces sucedió algo increíble: ¡el maestro Fwap y mi tabla comenzaron a elevarse en el aire y a volver hacia la montaña!

Lo observé atónito, viendo cómo volaba por el aire hacia la cima de la montaña, donde yo estaba. ¡Estaba levitando! Era increíble. No podía creer lo que veían mis ojos hasta que volvió a la cima, se instaló a mi lado y me devolvió tranquilamente la tabla.

—¡Maestro Fwap! —exclamé—. ¿Cómo lo ha hecho?

—Fue fácil —repuso, con una sonrisa—. Me limité a unirme con la tabla. Me convertí en la tabla. Así fue como bajé la montaña sin caerme.

—Sí, eso resultó asombroso —admití—. Y su estilo fue perfecto. Pero no es eso lo que pregunto. ¿Cómo hizo para volver volando? Levitó. ¿Cómo lo hizo?

—Ah, eso —repuso, sin asomo de orgullo por semejante logro—. Me temo que es un poco más complicado de explicar. Mi maestro, Fwaz Shastra-Dup, me enseñó a hacerlo, pero perfeccionar la técnica requiere muchos años de esfuerzo. Para los maestros budistas fue una manera eficaz de viajar a largas distancias, antes de la invención del automóvil y del avión. Pero en estos tiempos es mucho más fácil conducir un coche o comprar un pasaje de avión que aprender a trasladarse de ese modo —dijo, con risa franca.

»Sospecho que en el mundo moderno ya no vale la pena el esfuerzo de aprender la técnica. Pero es impresionante verlo, ¿verdad?

—Sí —respondí, todavía aturdido por lo que acababa de presenciar—. Maestro Fwap, ¿me enseñaría a hacerlo?

—Podría enseñarte —respondió—. Pero como ya te he dicho, lleva muchos años perfeccionar la técnica. Es mucho más fácil viajar al estilo moderno. En la actualidad yo me traslado en automóvil o en avión.

—¡Pero, maestro Fwap! —protesté—. Sería útil para bajar en tabla por los Himalaya y por otras montañas inaccesibles. ¡He pasado la mitad del día subiendo esta montaña para poder bajarla en quince o veinte minutos!

—El ejercicio te hace bien —me respondió, muy sonriente y lanzando una carcajada—. Y te repito: ya no vale la pena el esfuerzo de aprender la técnica. Pero aunque hoy no te enseñe a levitar, te mostraré cómo realizar una acción perfecta. Sólo hice lo que hice para mostrarte que estoy en condiciones de enseñarte a deslizarte en tu *snowboard*. ¿Te he convencido?

Hizo una pausa y me miró con seriedad un momento. Al principio no supe qué decir, pero luego respondí:

—Por supuesto que me convenció. Pero, para aprender de usted, ¿tendré que afeitarme la cabeza y usar una túnica de color ocre?

—¡No, por cierto que no! —replicó—. Creo que mi atavío budista no es apropiado para un discípulo occidental del yoga tántrico.

»Será mejor que te vistas de modo natural, como sueles hacerlo, y que conserves el cabello como lo tienes. Me temo que el significado del aspecto budista tradicional no tendría un efecto positivo en ti, en tu cultura occidental. Sería mal interpretado: se reirían y se burlarían de ti.

—Maestro Fwap, ¿cuál es el significado cultural de su atavío para una persona nacida en el Lejano Oriente?

—Es difícil explicárselo a alguien que no se ha criado en una sociedad budista o hindú —contestó—. Digamos que la forma de vestir y el aspecto budistas generan respeto hacia cualquier monje. Los miembros de mi sociedad tienen claro que los monjes o los maestros no son personas comunes. Eligieron hacer algo muy difícil: seguir el sendero de la iluminación.

»En mi cultura, es tradicional que los jóvenes más brillantes y audaces sigan ese camino. Aquí, en Oriente, el estudio del yoga es comparable a una combinación entre asistir a una de las mejores universidades occidentales como Harvard u Oxford y ser un explorador intrépido, como los astronautas que viajan a las regiones remotas e inexploradas del espacio exterior.

»En Oriente, se sabe que la preparación de un monje es rigurosa desde el punto de vista físico, y un reto académico. Como monje, se aprende a desarrollar por completo la mente, a superar los temores, a ser espontáneo y creativo y, lo más importante, a ir hacia las dimensiones desconocidas de la mente y regresar con éxito, ennoblecido y más humilde por haber viajado al centro del universo.

»Vestir al modo budista tradicional no haría que te respetaran en Occidente, pues allí a los monjes budistas se los considera una rareza. La mayoría de los occidentales creen que somos los restos de una sociedad pobre del Tercer Mundo, que sustenta creencias pasadas de moda gracias a la ciencia contemporánea. Ese es el estereotipo del monje oriental: se afeita la cabeza, usa una túnica de color ocre y ya no tiene importancia en el mundo contemporáneo. Así se nos ve a través de los ojos redondos de los occidentales.

»Para ti será mejor vestirte como lo has hecho hasta ahora y

practicar el yoga. En tu sociedad, la gente se impresiona con un título de doctor, con el dinero y la fama. Te recomiendo que obtengas las tres cosas y practiques el yoga con diligencia. Luego, algún día, cuando enseñes nuestras antiguas prácticas yogas a jóvenes occidentales, te respetarán y admirarán. Y como serás rico, famoso, y tendrás título de doctor, los jóvenes discípulos de Occidente escucharán con sumo interés todo lo que les digas con respecto al yoga budista tántrico.

No supe qué responder. Aún no había decidido si iría o no a la universidad, y menos todavía si estudiaría Medicina. Tampoco creía en mis grandes posibilidades de hacerme rico y famoso, a menos que, de pronto, el *snowboarding* se convirtiese en deporte olímpico, y yo hiciera publicidad de una línea de productos deportivos o algo semejante. Aguardé en silencio a que el maestro retomara la conversación sobre el deslizamiento en tabla por la nieve.

—El secreto para hacer algo a la perfección consiste en practicarlo y convertirse en ello—continuó—. En realidad, eso es todo. Para aprender algo, tienes que practicar, alcanzar una sensación, un sentido del amplio espectro de posibilidades y experiencias que puede aportarte.

»Hasta cierto punto, ya lo has logrado con la tabla. Pero aún no sabes cómo transformarte y ser. Este el paso siguiente de tu educación interior.

»Todavía te ves a ti mismo como un ser separado de tus acciones—me explicó—. Pero eso no es verdad. Si pudieses mirar hacia dentro con tu tercer ojo, como yo, sabrías que interiormente eres una unidad con todas las cosas, acciones, inacciones y todas las esferas posibles del ser.

»El nirvana, la iluminación, es todo lo que existe. Su poder está en todos lados y en todo. Tus ojos no pueden verlo, tus oídos no pueden oírlo, tu nariz no puede olerlo, tu lengua no puede saborearlo, tu cuerpo no puede atraparlo y sentirlo pero, de todos modos, ahí está. El nirvana y la iluminación existen al otro lado de las percepciones sensoriales y los pensamientos.

»Para hacer algo a la perfección, debes conectarte con el poder de la segunda atención y el nirvana. Cuando lo logres, casi nada te será imposible, ya se trató de levitar, de deslizarte con la tabla, o de convertirte en iluminado.

»Todo esto, llegas a saberlo por medio de la meditación. En la

meditación, cuando cesan los pensamientos, te vacías, y cuando estás vacío tu mente se repliega sobre sí misma y ves a través de las ilusiones del mundo material.

»¡Las cosas no siempre son lo que aparentan! El mundo que ves alrededor parece sólido pero, en realidad, como te diría cualquier físico, el mundo físico está hecho de energía en movimiento. Toda la materia es energía.

—¡Pero, maestro Fwap! —protesté—. ¡Todavía no entiendo nada! ¿Cómo ha podido infringir una ley física, como cuando levitó en la montaña?

En respuesta, el maestro Fwap se echó a reír.

—Lo hice porque cuento con el conocimiento de las dimensiones no físicas. Yo salgo y entro de esas dimensiones, y las uso para hacer en este mundo las cosas que, de otro modo, serían imposibles.

»Siempre que un maestro te haya enseñado correctamente a entrar, salir y manejarte en ellas, las dimensiones astrales te brindarán la oportunidad de tener experiencias y visiones basadas en el carácter estructural de cómo están constituidas esas dimensiones, y las fases en que están organizadas. La dimensión astral es la base que sustenta la dimensión física.

»Tu comprensión de las dimensiones astrales —continuó el maestro Fwap con tono formal, como si estuviese presentando un trabajo ante un comité científico— puede ayudarte a alterar estructuras en la dimensiones físicas. Todos los poderes siddha funcionan dentro de las dimensiones astrales y por medio de ellas.

»Puedes entrar en los mundos astrales y moverte a través de ellos cuando logras el control de tu cuerpo sutil —dijo, con tremenda energía—. Recuerda: ¡los mundos astrales son los patios traseros de la eternidad!

»Más allá de las dimensiones astrales, se hallan las causales. Estas dimensiones no son espaciales ni temporales. Son los planos de la luz y conforman los límites externos del nirvana. Tus experiencias en las dimensiones causales te darán conocimiento del tiempo, del espacio, y de lo que está más allá de ambos.

»Recuerda —dijo el maestro, para sintetizar—, que lo que hago hoy es suministrarte un plano verbal del funcionamiento del universo. En el mejor de los casos, es un esbozo de la realidad. Como lo que

estamos hablando es casi imposible de explicar en palabras, al principio te parecerá demasiado teórico. Es lo mismo que escuchar a un profesor universitario hablando de la mecánica cuántica. Al principio suena confuso y es probable que no veas qué tiene que ver la teoría que aprendes con las aplicaciones físicas concretas.

»Ten en cuenta que el plano de un edificio es sólo un dibujo sobre papel, y no el edificio en sí. Sin embargo, el plano proporciona un modelo necesario para la construcción y, cuando esta termina, el plano se tira.

»En términos prácticos, pues, si quieres alcanzar la perfección en el deslizamiento por la nieve, tienes que convertirlo en perfecto yoga. Eso es lo que denominamos diligencia. Se trata de la aplicación directa de las enseñanzas del budismo tántrico a un hecho físico, a un modo de hacer o lograr algo, o a una manera de pensar y considerar algo.



—El yoga tántrico no consiste únicamente en permanecer sentado, absorto en la meditación—dijo de pronto el maestro Fwap, con énfasis—. Si bien la meditación formal es, sin duda, una parte fundamental del budismo tántrico, el yoga también es un proceso de conversión de todas las actividades y experiencias de la vida cotidiana en meditación.

—Maestro Fwap, por favor, corríjame si me equivoco, pero usted afirma que me enseñará lo referido a la iluminación mostrándome qué debo hacer para deslizarme en tabla a la perfección. ¿Es así?

—Sí—contestó de inmediato—. Pero si quieres alcanzar la perfección en el deporte de la tabla, también tendrás que aprender a meditar bien.

—¿De modo que hay una relación entre la meditación y los hechos físicos? ¿O la meditación sólo consiste en permanecer quieto en un espacio de bienaventuranza?—pregunté.

—¡Sí y no!—repuso, riendo—. La meditación es la capacidad de instalarse en un estado mental perfecto. Al mismo tiempo, es la habilidad de hacer cosas físicas de modo armonioso: es un modo de estar centrado en un mundo físico que no lo está.

»En el budismo tántrico aprendemos a meditar de dos maneras. Primero, nos sentamos y aprendemos a concentrarnos en nuestros

chakras y a detener los pensamientos. Cuando la mente está vacía, podemos viajar por las dimensiones astrales, las dimensiones causales o, si estamos muy avanzados en la práctica de la meditación, podemos unir nuestra mente con el nirvana propiamente dicho.

»La segunda manera que empleamos para aprender a meditar en el budismo tántrico es la diligencia, que consiste en hacer las cosas físicas de modo perfecto, en un estado de vacío en el que, de modo consciente, nos unimos a cualquier actividad física o mental en la que estemos empeñados.

»Descubrirás que a medida que logras más control sobre la meditación, mucho más fácil te resultará poner en práctica la diligencia. Por el contrario, hallarás que la práctica de la diligencia, de actuar y pensar a la perfección, te ayudará a mejorar la práctica diaria de la meditación.

»En términos concretos, lo que significa todo esto —concluyó el maestro Fwap— es que cuando llegues a aceptar que eres la tabla, tu deslizamiento será perfecto. Pero mientras te consideres un ser separado de tu *snowboard*, de subirte a ella o de dirigirla, no lo lograrás.

»Cuando procuras dirigir la tabla, creas una separación conceptual innecesaria entre la tabla y tú. En consecuencia, tus acciones serán torpes e imperfectas. Pero si *eres* la tabla, entonces tú, es decir la tabla, te dirigirás a ti mismo perfectamente. Tú, la tabla, sabrás mejor que nadie qué puedes y qué no puedes hacer.

El maestro Fwap cambió de posición.

—La mayoría de la gente comete un error: *piensa* su vida, en lugar de *vivirla*. Creen que lo que hacen, quiénes son y cómo hacen lo que hacen, es algo que tienen que pensar y decidir. De ese enfoque de la vida no surgen actos perfectos. De hecho, este enfoque de la vida hace egoísta a la gente. Los que *piensan* su vida en lugar de *vivirla*, suponen, de manera automática, que siempre saben cuál es el mejor modo de hacer las cosas.

»Pero cuando llegamos a comprender que *somos* lo que hacemos, nos guiará el quehacer mismo en lugar de que nosotros intentemos, egoístamente, dirigir nuestras emociones de un modo imperfecto.

Debí de mostrarme confundido, pues el maestro se rió con buen humor e interrumpió un momento sus palabras antes de continuar la explicación.

—Por ejemplo, cuando te deslizas montaña abajo con la tabla, tú decides cómo dirigir la tabla. Pero, lo sepas o no, tu tabla tiene un conocimiento inherente de sus propias capacidades, porque está hecha de energía inteligente, tal como tú.

»En el budismo tántrico —continuó—, llamamos conocimiento inherente a todo aquello que poseen en sí mismos los objetos animados e inanimados, su “vaciedad”. El budismo sostiene que todas las cosas, las experiencias y las personas son, en sí, vacías. Este es un modo sencillo de expresar que todos los objetos físicos y no físicos tienen otro aspecto, no visible a los sentidos ni accesible a la razón, un aspecto que sólo puede conocerse y experimentarse en forma intuitiva, vaciando la mente de pensamientos, juicios y predisposiciones acerca de la vida y de cómo funciona.

»Normalmente, sólo conocemos el aspecto físico de las cosas, pues así es como elegimos conocerlo. Pero si he de serte sincero, el aspecto físico de una persona, un animal, una planta o un lugar es insignificante en comparación con el aspecto no físico.

»¡Mírame a mí, por ejemplo! —dijo, con voz resonante—. Ves mi cuerpo físico con los ojos. Pero este no es nada en comparación con mi cuerpo no físico.

»Mi cuerpo no físico es la parte de mí que vive para siempre. Es antiguo y complejo. Vivió innumerables vidas en este y en otros mundos.

»Sabe y es capaz de hacer cosas que tú ni imaginas. Pero si me miras con los ojos, sólo verás mi parte física... ¡y me subestimarás!

»Hace unos minutos, cuando volví a la montaña sobre tu tabla, quedaste muy impresionado. Eso lo hice con mi cuerpo no físico, mi cuerpo sutil, con mi vaciedad esencial.

»Procura no olvidar nunca que cuando piensas en algo te separas de ello. Pero cuando estás vacío, cuando tu mente está tranquila y en paz con el universo, cuando se vació por completo de pensamientos, te conviertes en meditación. Entonces, te unes conscientemente con el poder que está en todo lo que te rodea y formas parte de él.

»¡Cualquier cosa sabe lo que es mejor para sí misma! —exclamó el maestro Fwap—. Eso es lo que significa la palabra sánscrita “dharma”. Dharma quiere decir “la mejor de todas las acciones posibles”.

Supongo que debí de mostrarme perplejo otra vez, pues el maestro hizo una pausa y me preguntó si entendía lo que acababa de explicarme. Acepté mi confusión, y él guardó silencio unos minutos. Luego habló otra vez, con más lentitud.

—Déjame resumir todo —comenzó—. Si pensamos y tratamos de dirigir nuestra vida sólo con nuestros limitados pensamientos racionales y nuestras percepciones, nuestras acciones y actividades serán imperfectas. Desde el punto de vista budista, es incorrecto suponer que siempre sabemos qué es lo mejor.

»Si nos tomamos tiempo para meditar y vaciar la mente, nos conectamos de inmediato con la vacuidad inherente de nuestros actos y experiencias. Cuando lo hacemos, nuestro aspecto no físico se une con el aspecto no físico de aquello que estamos viviendo.

»Una vez que esto ha ocurrido, nuestras acciones y experiencias nos dirigen. En otras palabras, nos guiará la vacuidad inherente de las cosas con las que nos relacionamos.

»Algún día, cuando hayas aprendido a meditar lo bastante bien, llegarás a comprender que en estado de vaciedad tú eres la acción, no el ejecutante de la acción. Recuerda que siempre debes permitir que la acción de una actividad o un hecho tenga prioridad sobre tu propio punto de vista. Ese es el modo budista tántrico. Deja que la vaciedad inherente a los actos y las experiencias te guíe y dé forma a tus elecciones. Deja que tus acciones te dirijan a ti, el actuante, y no a la inversa.

»Antes de comenzar una actividad —me instruyó el monje—, vacía siempre tu ser de pensamientos relacionados con lo que estás por hacer. Luego, deja que te guíe la vacuidad inherente a lo que estás a punto de hacer. En lugar de que dirija tu ego y tú cometes innumerables errores, déjate guiar por los principios invisibles del universo. Para entonces, habrá un flujo perfecto de energía en cualquier cosa que decidas hacer, y habrá gracia y poder en todos tus movimientos. Desde la perspectiva tántrica budista, esa es la acción perfecta.

El maestro Fwap se interrumpió otra vez durante unos minutos, dándome tiempo para pensar en su explicación. Después prosiguió:

—Ahora, bajarás la montaña deslizándote con la tabla. Pero antes tienes que aquietar la mente. Deja que te guíe el vacío del interior de la tabla. Deja que se convierta en tu voluntad. Recuerda: ¡tú *eres* la tabla! Así, tu trayecto montaña abajo será perfecto. Inténtalo.

Le agradecí el discurso sobre la vacuidad y la acción perfecta y me subí a la tabla. “Acción perfecta”, pensé para mis adentros.

Cerré los ojos e intenté vaciar mi mente de todo pensamiento. Por alguna extraña razón, no me resultó difícil lograrlo en aquella cumbre del Himalaya. De pronto me sentí colmado de energía y percibí el poder—lo que el maestro Fwap había llamado vaciedad de la montaña—fluyendo a mi alrededor. No tenía pensamientos y, aun así, estaba por completo consciente.

Abrí los ojos y me dejé ir en la tabla. Era yo y era ella. Me deslicé montaña abajo, zigzagueando a través de ese polvo granulado sin esfuerzo consciente alguno. Fue tal como el maestro Fwap lo había descrito: mi tabla y la montaña sabían qué hacer mejor que yo. Me limité a dejar que tomaran la iniciativa y a disfrutar del momento. Fue el descenso más perfecto de toda mi vida.

Cuando llegué abajo, el maestro Fwap estaba esperándome; en su cara aparecía una sonrisa que expresaba “ya te lo había dicho”. Sin pronunciar palabra, recorrimos juntos el camino hacia la ciudad.



ॐ नमो भगवते वासुदेवाय

Historias de la nieve

Pasé solo los días que siguieron, deslizándome en la tabla por la nieve de los Himalaya, practicando el método de "vaciamiento" del maestro Fwap, para perfeccionar mi técnica. Me llevó cierto grado de experimentación, pero después de haber descendido unas cuantas veces la montaña nevada, poco a poco empecé a tener la sensación de que yo formaba parte de mi tabla, y de que la tabla era una extensión de mi persona. Mis trayectos cuesta abajo mejoraron rápidamente.

Si bien en esos días viví algunos de los momentos más maravillosos de mi vida, también advertí que me sentía muy solo.

Para mí, la soledad nunca había sido un sentimiento muy preciso. Cada vez que me sentía solo, no era porque echara de menos a alguien en particular. Siempre había sido, más bien, una vaga sensación de incertidumbre, un anhelo intenso e insatisfecho de un estado indefinible, distinto al que experimentaba en ese momento.

En general empezaba a sentirme solo todos los días, más o menos una hora o dos antes del crepúsculo. El sentimiento siempre me asaltaba de manera inesperada y, en apariencia, no se originaba en un fenómeno concreto ni era producido por algún fenómeno.

Podía haber estado horas deslizándome feliz, con mi tabla, y de

pronto, esa sensación se introducía en mi interior. Por lo común, la seguían o la acompañaban sentimientos de frustración o desesperación.

Siempre empezaba del mismo modo: advertía que había dejado de sonreír. Después, a medida que se intensificaba, comenzaba a sentirme desconectado de lo que sucedía alrededor, o de la acción física del momento. Normalmente atribuía esas sensaciones a la fatiga física y a la altitud. Pero observé que esas emociones siempre se presentaban en mi mente más o menos a la misma hora, cuando yo estaba en la montaña, al margen de cuánto hubiese dormido la noche anterior.

Me había acostumbrado a sentirme así mientras me deslizaba en la tabla en las últimas horas de la tarde, en Norteamérica, pero comprendí que la sensación de soledad que experimentaba en las horas previas al anochecer eran más intensas aún en el Himalaya.

En las primeras horas del día, disfrutaba mucho estando a solas mientras me deslizaba en la tabla. Pero en las horas que precedían al atardecer, generalmente alrededor del momento en que bajaba por última vez la montaña, me sorprendía sintiendo lo que había dado en llamar "soledad cósmica".

Bauticé ese sentimiento con la expresión "soledad cósmica" porque esas emociones tenían una dimensión casi espacial. En una ocasión en que esos sentimientos eran más intensos, sentí que mis percepciones mentales se prolongaban más allá de mi cuerpo y de este mundo, hacia algo mucho más potente, y que mis preocupaciones personales quedaban eclipsadas por lo que podría describir como sentimientos "desapegados del mundo".



En las últimas horas de la tarde, en el Himalaya suele suceder que la cubierta de nubes se vuelve más densa y el cielo adopta matices fantásticos de rosas, magentas, rosados suaves y lavanda. En esos momentos de increíble belleza física, yo acostumbraba a quedarme de pie en lo alto de una cumbre solitaria, y contemplaba el horizonte de montañas nevadas. En lugar de exaltarme por la vista de tanta hermosura, por lo común me sentía desbordado por un vacío y una desesperación insoportables.

El vacío que experimentaba en esos instantes no era la sensación

feliz y extática que me había descrito el maestro Fwap. El simple peso de esos sentimientos me hacía sentir insignificante y perdido. En esas ocasiones, mi reacción consistía en volver a la hostería de Katmandú a paso enérgico, y buscar a una joven bonita con la que reír y pasar un buen momento.

Unos días después tuve la oportunidad de interrogar al maestro Fwap acerca de la incongruencia de esos sentimientos. Aquel día, había pasado una mañana feliz bajando con mi tabla por otra montaña del Himalaya. La nieve polvo estaba fresca y profunda, y yo había ejecutado una serie de bajadas maravillosas. Había vuelto a subir para hacer la última cuando, para mi profundo asombro, vi al maestro Fwap esperándome en la cima.

—¡Maestro Fwap! —exclamé—. ¿Qué hace aquí?

—He venido a visitarte —respondió, con una amplia sonrisa—. Hoy no te satisfacía estar con una bella joven en alguno de los numerosos restaurantes pintorescos de Katmandú, como haría cualquier muchacho de tu edad, y por eso me pareció necesario subir a la cima de esta montaña para conversar contigo.

—Maestro Fwap —dije pensativo—. ¿Por qué será que con frecuencia me siento tan solo a esta hora del día? En realidad, no tengo ningún motivo. ¿De dónde proviene esa sensación de soledad? Sé que tal vez suene un poco absurdo, pero creo que ni siquiera es un sentimiento propio.

Con un rápido movimiento de la mano derecha, el maestro Fwap quitó la nieve de una piedra cercana y se sentó. Yo me senté a su lado sobre mi tabla, y me puse cómodo. No dijo nada durante unos minutos, y supuse que estaba pensando en mi pregunta. De pronto empezó a hablar:

—Hay muchas cosas que entender en la vida. Y tal como comienzas a descubrir, no siempre son lo que aparentan ser. Por ejemplo, tomemos diferentes momentos del día. Al parecer, no tendría que haber ninguna diferencia significativa entre unos momentos y otros, ¿no crees? Sería lógico que todas las horas del día fuesen más o menos semejantes.

»Los números que los seres humanos asignaron a las horas del día —siguió explicando el maestro Fwap— y los nombres de los diferentes momentos, mañana, tarde, anochecer, noche, medianoche y amanecer sólo son, a fin de cuentas, palabras. Como el tiempo en sí

mismo es relativamente uniforme, salvo por esos nombres y esos número aplicados a los diferentes períodos, en realidad no tendría que existir ninguna diferencia en la calidad del tiempo propiamente dicho a lo largo del día.

—¡Pero, maestro Fwap! —lo interrumpí—. La gente hace cosas diferentes a diferentes horas del día. La mayoría se levanta por la mañana, trabaja o va a la escuela por la tarde, y duerme o asiste a fiestas por la noche.

—Sí, es cierto —respondió, con sonrisa sabia—. Pero también hay personas que trabajan de noche y duermen de día. De modo que, fuera de las actividades de la gente en diferentes horarios del día o la noche, en presencia o ausencia de luz solar, podríamos decir que la sustancia real del tiempo a lo largo del día es uniforme, ¿no?

—Sí —respondí.

—La mayoría coincidiría contigo —dijo, con una gran sonrisa—. Pero la verdad es que la calidad del tiempo cambia a lo largo del día y de la noche. Tras el mundo visible que tienes ante ti cada día, hay muchas dimensiones invisibles y un gran número de ellas se conectan con nuestro mundo físico.

»Algunas de esas dimensiones son lugares específicos. En otras palabras, sólo tocan ciertas áreas geográficas. Otras dimensiones son más específicas en relación con el tiempo, pues sólo interactúan con la dimensión física en ciertas horas del día o de la noche.

»Durante las últimas horas de la tarde y las primeras del anochecer, desde aproximadamente dos horas antes del crepúsculo y hasta más o menos dos horas después, hay una dimensión específica que se relaciona con nuestro mundo físico. Esa dimensión se puede imaginar como una serie de planos geométricos horizontales que se extienden desde cualquier sitio en que te encuentres a esa hora del día, hasta el infinito.

—Pero, ¿cómo es posible, maestro Fwap? La hora del crepúsculo cambia constantemente de posición en la tierra durante un período de veinticuatro horas; ¿acaso eso significa que esa dimensión circunda el globo constantemente? ¿Y por qué está relacionada con una hora específica? Las horas son consecuencia de la rotación de la tierra alrededor del sol. ¿Por qué eso tendría algo que ver con el paso de otra dimensión?

El maestro Fwap rió con ganas; y comprendí que le divertía mi lógica occidental de base científica. Guardó silencio unos minutos y cerró los ojos. Luego, sin abrirlos, como si estuviera concentrándose profundamente en algo, habló otra vez:

—¡La vida es mágica! En cualquier conversación que mantengamos acerca del budismo tántrico, tendrás que aceptar esta premisa básica y la visión budista del universo. La ciencia intenta comprender y explicar la magia física de la vida con teoremas y experimentos. Nosotros, como budistas, hacemos lo mismo, pero usamos teoremas y hacemos experimentos para explicar y comprender el lado no físico de la vida.

»Pero tanto si es el budismo como la ciencia los que intentan explicarnos el universo, la vida, en esencia, resulta ser mágica e inexplicable.

—¿Qué quiere decir con eso de que la vida es mágica, maestro Fwap?

—Quiero decir que no puede explicarse ni comprenderse del todo por medio de la lógica. Sé que, en esta época, suele creerse que existe una explicación lógica para todo lo que existe u ocurre. Y como los budistas somos gente razonable, también nos gustaría creer que todo lo que ocurre en otras dimensiones, igual que en esta, puede explicarse por medio de la razón y de la lógica.

»Pero la verdad es que muchos aspectos de la vida no pueden explicarse por la lógica ni por la razón. Sucede que la parte racional de la mente no tiene capacidad para entender muchos de los porqué y los cómo del ser y del no ser.

»Si bien las partes razonadoras y pensantes de nuestras mentes tal vez no sean capaces de entender a fondo ciertos aspectos de la vida, tenemos otras partes ocultas que están en condiciones de hacerlo. En budismo, denominamos mente intuitiva o superior a esa parte oculta de nuestro entendimiento.

»La mente intuitiva no es física —agregó el maestro Fwap con tono preciso, con la intención de que yo prestara especial atención a este concepto—. No es una parte del cerebro ni ninguna otra estructura celular del cuerpo físico. Forma parte del cuerpo causal.

»Como ya he mencionado, el cuerpo causal es la parte de una persona que vive siempre. Es lo que tú llamarías el alma. No se disuelve

con los cuerpos físico y astral a la hora de la muerte, al final de una encarnación.

»El cuerpo causal es la parte más antigua y atemporal de una persona. Tiene la capacidad de conocer y hacer cosas que no pueden hacer la mente y el cuerpo físicos.

»Tal vez lo entenderás más fácilmente si te doy un ejemplo concreto—dijo el maestro, con expresión sutil—. Lo más concreto del universo es la materia. Sin duda sabes que los científicos son capaces de explicar muchas cosas acerca de la materia. Ellos saben que está compuesta de diferentes elementos y que estos, a su vez, están compuestos de estructuras atómicas y subatómicas. Pero aunque la materia pueda analizarse y sus estructuras comprenderse, los científicos nunca llegarán a entender por qué existe esa materia.

»En el budismo sucede otro tanto. Los budistas que practican el ocultismo, que es la rama científica del budismo, se esfuerzan por entender y explorar la química del tiempo, del espacio, de las dimensiones y de la conciencia.

»Aunque el estudio del ocultismo permite a quienes lo estudian llegar a una comprensión del funcionamiento de las dimensiones, de la composición de la conciencia, de la forma en que se interrelacionan los diferentes estados de la mente, de cómo moverse entre ellos y muchas más cosas, no puede revelarnos por qué existen la conciencia y las dimensiones.

—Entonces, ¿cuál es la ventaja del ocultismo, maestro Fwap?

Empezaba a sentir frío y frustración. Estaba sentado en la nieve y la temperatura del atardecer caía con rapidez. Me sentía aterido y la explicación del maestro no me aclaraba nada con respecto a mi sentimiento de soledad cósmica. Desde mi perspectiva, al hacer comentarios que no se relacionaban para nada con mi pregunta, el monje sólo conseguía confundir más la cuestión.

El debió de entender mi frustración, pues me dijo:

—Ten paciencia. Primero debo proporcionarte cierta información elemental, para que puedas ir creando una perspectiva que te permita entender mi respuesta a tu pregunta.

»Como mucha gente de tu edad, quieres saber todo al instante y yo admiro tu entusiasmo. Pero si he de ser sincero contigo, y debo serlo como monje budista, la mayor parte de lo que aprendemos y experimen-

tamos en la vida no puede entenderse de inmediato. Algunas cosas llevan toda la vida, o varias vidas, para ser comprendidas a fondo.

»Por ejemplo, consideremos cómo el movimiento de una dimensión no física provoca el sentimiento que tú llamas “soledad cósmica”, y que te asalta en las últimas horas de la tarde y las primeras del anochecer, en las montañas.

»¡Yo llamo poder lo que tú llamas soledad! —exclamó el maestro Fwap—. Como he estudiado ocultismo budista, hasta cierto punto puedo decirte que en esos momentos las dimensiones de poder se vuelven más manifiestas y accesibles para nosotros.

»Cómo tú eres psíquico, percibes esas dimensiones —dijo de pronto, mirándome a los ojos—, aunque no seas consciente de la naturaleza exacta de lo que sientes ni de las oportunidades que podrían ofrecerte esas dimensiones de poder.

»Sé de estas cosas porque mi propio maestro, Fwaz Shastra-Dup, me las explicó, y también porque confirmé lo que él me enseñó con mi propia investigación y mis experiencias vitales.

»Tú eres un psíquico nato porque has meditado y practicado el yoga en muchas de tus vidas pasadas —afirmó el maestro, con tono despreocupado—. Naciste así a esta vida gracias a tu desarrollo pasado. Pero como te has criado en una cultura no budista, nadie te explicó estas cosas cuando eras niño, ni te enseñó a desarrollar y comprender tus talentos psíquicos innatos, cuando llegaste a la adolescencia y a la juventud.

»Eres más psíquico que muchas otras personas y por eso sientes cosas que los demás no experimentan. Percibes cuándo cambian las dimensiones en diferentes horas del día, pero dado que no comprendes lo que sientes ni sabes cómo trabajar a partir de esos sentimientos para alcanzar una conciencia más elevada y poder, estás algo confundido y alienado.

»El sentimiento que llamas soledad cósmica es tu reacción emocional a la intensidad de las dimensiones de poder que se manifiestan en las últimas horas de la tarde. A menudo esas dimensiones de poder se perciben como inmensas desde el punto de vista espacial. Parecería que no acaban nunca, y, en cierto modo, así es.

»Tu reacción instintiva a la percepción de esa inmensidad consiste en sentirte insignificante. Puesto que no has entablado amistad con esa inmensidad, como he hecho yo, y como no entiendes su aspecto

beneficioso, tiendes a reaccionar sintiéndote pequeño, insignificante, abrumado y alienado.

»Es como si confrontaras la totalidad y la inmensidad del universo. Te sientes lo mismo que si esa inmensidad estuviese por aplastarte y destruir tu identidad. Tu reacción consiste en correr a buscar algo conocido en lo cual refugiarte: un lugar con el que estés familiarizado y la compañía de otras personas que te gusten o en las que confíes, para alejar de ti esa sensación que te abruma. Una vez que lo logras, te sientes a salvo. Puedes olvidar esa inmensidad y sentirte seguro en tu identidad en cuanto te encuentres en circunstancias familiares.

»Pero lo que no ves ni entiendes es la increíble belleza y el poder majestuoso de la capacidad de acceder a esas dimensiones en las últimas horas de la tarde y las primeras del anochecer. Algún día, cuando veas y entiendas estas cuestiones, podrás acceder al poder y la belleza de esas dimensiones e incorporarlas a tu propia vida.

—¿Cómo puedo llegar a ver eso, maestro Fwap?

—A veces, reaccionamos con miedo, incomprensión y confusión ante lo que no entendemos. La alternativa a este tipo de reacciones consiste en cultivar una sana curiosidad hacia cosas, situaciones y sentimientos que no entendemos, y en reaccionar con curiosidad en lugar de miedo.

»¡Existen poderes y fuerzas invisibles detrás de todas las cosas de la vida! —exclamó de pronto el maestro Fwap, con voz muy alta—. Por lo común, reaccionamos a esos poderes y fuerzas con escepticismo, prejuicio y violencia, pero podemos elegir una visión más iluminada de las cosas que no entendemos de inmediato.

»Es bueno tener hacia lo desconocido una sana curiosidad que no se base en el miedo —dijo el maestro Fwap con una ancha sonrisa—, y también es muy importante no tener la necesidad irracional de creer en cosas que tal vez no sean ciertas, sólo porque deseamos racionalizar lo que no entendemos.

»El budismo tántrico sostiene que el universo visible es una especie de puerta giratoria que nos permite pasar hacia uno y otro lado entre las dimensiones invisibles.

»Muchas de las dimensiones invisibles nos brindan visiones magníficas del universo. Otras, nos dan poder, aumentan nuestra posibilidad de percibir, y nos ofrecen conocimientos acerca de nuestras vidas pasadas. Algunas nos ayudan a ser más felices y a tener más éxito.

»En general, los seres humanos enseñan a los más jóvenes a huir de lo que no entienden: se trata de un hábito antiguo y malo. Enseñan a sus hijos a ocultarse de la muerte, de la inmensidad de la vida y de las experiencias del espíritu, a racionalizarlas y a temerles indebidamente.

»Cuando los seres humanos viven así, dejan fuera tanto las frecuencias altas como las frecuencias bajas de su vida, y sólo les quedan las experiencias aburridas de la frecuencia media en la vida cotidiana, que son las que consideran seguras. Así, el mundo de las experiencias humanas se reduce a alimentarse, trabajar para vivir, reproducirse y apartarse de lo desconocido.

»¡Pero algunos nacimos con un karma diferente! —exclamó, dichoso—. ¡No podemos contentarnos con experimentar sólo los aspectos mundanos de la vida! Necesitamos sentir las frecuencias bajas y altas de la existencia, pues todas las que vemos en el mundo exterior corresponden a frecuencias diferentes dentro de nosotros mismos.

»Todo lo que ves alrededor existe en algún lugar de tu mente que contiene todas las frecuencias de la vida en forma incipiente. Sentimos bienestar y felicidad cuando nos permitimos experimentar de manera libre e inteligente las frecuencias superiores de la vida. En cambio, cuando experimentamos demasiadas vibraciones de vida de baja frecuencia, nos volvemos desdichados, deprimidos, autodestructivos e innecesariamente violentos hacia nosotros mismos y hacia los demás.

»La vida es un delicado equilibrio entre las fuerzas mágicas de la creación y las fuerzas mágicas de la destrucción. La razón fundamental por la que la mayoría de los seres humanos son tan desdichados es que se desvinculan de los matices tonales más bellos y complejos de la existencia. Para ser realmente felices, necesitamos experimentar, equilibrar y hacer una síntesis entre las frecuencias bajas, medias y altas que nos brinda la vida.

»La mayoría de la gente culpa de su desdicha a los elementos de su vida —dijo el maestro comprensivamente—. Si no se sienten plenos, imaginan que se debe a que no tienen el trabajo apropiado, o suficiente dinero o el compañero sexual adecuado. Creen que si el mundo se adaptara a sus deseos y les diera todo lo que quisiesen, serían felices.

»Pero los seres humanos no serán felices, ya sean ricos, pobres, o de cualquier posición intermedia, si se desligan de la magia de la creación. A través de la ciencia nuestros contemporáneos sólo lograron

embrollar la explicación del sentido de la vida... ¡sin explicar nada en absoluto! Y aquello que no pudieron explicar, prefirieron pasarlo por alto o desecharlo como algo sin importancia.

»Notarás que cada vez que una sociedad prefiere ignorar las que considera incongruencias o aspectos incómodos de la vida, frecuentemente surgen obsesiones sexuales y violencia. El fracaso en enfocar cualquier aspecto de la vida de un modo más positivo y profundo, a menudo es una señal de neurosis psicológica y espiritual.

»¡Todo en la vida es sagrado! —exclamó, eufórico, el maestro Fwap—. No existe eso que llaman pecado: sólo existe la ignorancia, que se cura con el conocimiento interior.

»¡El budismo pregona que no hay que temer a la inmensidad y la magia de la vida! —continuó, con tono celebratorio—. En este punto el budismo tántrico se diferencia de las tradiciones de casi todas las demás sociedades humanas. En nuestras prácticas aceptamos todo. Disfrutamos y aprendemos de las ciencias físicas, de las artes, y también del vasto panorama de las experiencias humanas. Además de disfrutar y aprender de todo lo físico, exploramos de manera consciente las dimensiones espirituales dentro de nosotros mismos y en el universo.

»No te apartes de la inmensidad de lo que sientes en el crepúsculo —me aconsejó—. Explóralo y aprende de ello. En lugar de limitarte a clasificar lo que sientes a esa hora del día como “malo” e “incómodo”, une tu mente a ello, conviértete en una sola cosa con ello.

»Los grandes maestros budistas del pasado desarrollaron métodos de meditación seguros, eficaces y refinados para trasladar nuestra mente a las dimensiones astrales y causales. Cuando hayas aprendido los métodos secretos de meditación de la Orden, podrás explorar cualquier dimensión con tu mente, sin miedos ni prejuicios.

»Mediante las prácticas gemelas de la meditación y la diligencia aprenderás a recibir toda la gama de vibraciones del universo. Llegará el momento en que sabrás combinar de distintas maneras todas esas frecuencias en tu propia mente. Las infinitas combinaciones que pueden crear esas frecuencias son una parte de los innumerables éxtasis que gozan los maestros budistas todos los días.



TORMENTAS DE NIEVE ENTRE DIMENSIONES

Pedí al maestro Fwap que me explicara, en términos más físicos, esas "frecuencias" altas y bajas que había mencionado. Creía haber entendido algo, pero algunas partes de la explicación todavía me resultaban difíciles, casi imposibles de comprender.

—Maestro Fwap, por favor, ¿podría hablarme un poco más acerca de esas frecuencias bajas y altas?

—Por supuesto. Pero antes recitaré un mantra que lo resume todo. Es nuestra teoría tibetana de la relatividad. Einstein expresó la teoría de la relatividad en forma de ecuación:

$$E = mv^2$$

»En el Tíbet lo decimos de otra manera. Los tibetanos decimos: "Om Mani Padme Hum".

The image shows the Tibetan script for the mantra "Om Mani Padme Hum". The characters are written in a traditional, flowing style. The first character is a large 'Om' symbol, followed by 'Ma', 'ni', 'Pa', 'dme', and 'Hum'. The 'Hum' is written in a smaller, more compact form.

—Maestro Fwap, ¿qué quiere decir?

—Significa que la iluminación existe en todas las cosas. Esa es la teoría tibetana de la relatividad.

»Todo lo que existe fuera de nosotros, también existe dentro. ¡Ese es uno de los grandes misterios de la vida! La iluminación, la esencia y el nexo entre el infinito y la eternidad, existen aquí y ahora, dentro de tu mente y de tu corazón.

»Como ya te he mencionado, la iluminación es imposible de expresar en palabras, y si bien pueden usarse ciertos términos para tratar de describir cómo es, ninguno de esos términos es absoluto.

»Por supuesto que puede aludirse a la iluminación, expresando que es el máximo éxtasis, la felicidad más perfecta, la más honda

experiencia de paz, todo lo bueno y perfecto de la vida. Pero sólo es una manera de hablar con rodeos, pues ninguna de esas descripciones, por simple, compleja o elegante que sea, haría que la experimentarás.

»No obstante, aunque las palabras sean incapaces de transmitir la experiencia de la iluminación, sirven para explicar algunas técnicas de meditación y métodos que se emplean para llegar a ella.

—Maestro Fwap, aún no entiendo qué tiene que ver todo esto con los diferentes sentimientos que experimento en mi vida. Tampoco comprendo cómo pueden estar dentro y fuera de mí la iluminación y las innumerables dimensiones que, según usted, existen.

—Sí, sí, ya iba a eso —respondió.

Cambió de posición en la roca en que estaba sentado y se acomodó muy erguido.

—Las frecuencias altas y bajas a las que aludía son los incontables planos de luz y oscuridad que existen tanto dentro como fuera de nosotros. Hay una interrelación perfecta entre el mundo interior y el exterior: se corresponden entre sí.

»Te repito: la vida es un misterio. No sé explicar por qué y tampoco sé explicar por qué el sol está en el cielo o por qué nosotros o todo esto existe. Me limito a señalar ciertas cosas que yo experimenté y conocí a través de la práctica budista tántrica, de las que tal vez no tengas idea.

»Para que entiendas a fondo las frecuencias de la vida, primero tienes que entender que todo lo que existe está conformado por vibraciones inteligentes de luz.

»Hay muchas clases de luz interior y exterior, que vibran en diferentes frecuencias. Cuanto más rápido vibre la luz, más éxtasis produce la experiencia.

»¡Lo importante en la vida es alterar a conciencia la frecuencia de las vibraciones, acelerarlas! Cada uno de nosotros nace con una frecuencia particular. Podría decirse que somos energía inteligente que vibra a una velocidad específica.

»Cada uno de nosotros nace con un diseño particular de la energía —dijo el maestro Fwap, con firmeza—. Las experiencias de nuestras vidas pasadas han modificado y añadido rasgos al modelo que somos cada uno de nosotros.

»Es un misterio, y no puede explicarse la razón por la que cada

uno es un modelo particular de energía. Pero siempre existimos según ese modelo y siempre será igual. Nuestro diseño puede modificarse, pero nunca cambia del todo.

—¿Por qué, maestro Fwap?

—Los porqué de la vida no preocupan a los seguidores del budismo yoga sino a los filósofos. A los practicantes del yoga budista les importa cómo funciona el universo; estudian sus intrincadas estructuras, y emplean el conocimiento así obtenido para tener experiencias directas de éxtasis e iluminación que están muy por encima de las abstracciones intelectuales de los filósofos.

»Un químico no sabe por qué existe el átomo, pues no es ese su objetivo. Lo que sí sabe es cómo se combinan las estructuras atómicas y subatómicas para crear moléculas y elementos, y de qué modo las diferentes combinaciones de elementos pueden crear sustancias nuevas o alterar las viejas.

»En forma parecida, el maestro de budismo yoga ignora por qué el universo funciona como lo hace, pero sí sabe cómo funciona. ¡Con ese saber puede convertir cada situación, por oscura, difícil o dolorosa que sea, en positiva e iluminadora!

—Maestro Fwap, quizá no pueda explicarme "por qué" existe ese modelo de energía que somos, pero le ruego que al menos me informe un poco más acerca de ello.

Me sonrió con aire misterioso y respondió:

—En el budismo yoga clasificamos como tipos de almas los distintos diseños de energía que poseen los seres conscientes. Los seres que pueblan los universos y las dimensiones manifiestan una variedad casi infinita de tipos vibratorios de almas. El rango vibratorio particular de cada tipo de alma es lo que hace que se encarne en un universo específico y también en una clase de cuerpo en particular.

—En otras palabras, maestro Fwap, los tipos de almas que tienen los perros serán similares entre sí, y los de los seres humanos también, al menos en lo que se refiere a sus frecuencias de vibración. Pero los tipos de almas de perros y de personas son muy diferentes, ¿correcto?

—Sí. Correcto. Los perros tienen un tipo específico de alma y los humanos, otro. Entre los tipos de almas que poseen las distintas razas de perros existen diferencias mucho más que sutiles, y, dicho sea de

paso, existen diferencias entre los tipos de almas de perros de la misma raza.

De pronto empecé a entusiasmarme: me pareció que comprendía algo.

—Eso significa que las diferencias entre los tipos de almas de los terrier, por ejemplo, no serían tan grandes como entre un pastor alemán y un chihuahua, ¿no es así?

—¡Así es! —exclamó, sonriendo, como si al fin yo hubiese dicho algo acertado—. ¡Y todos los tipos de almas que se encarnan en una dimensión específica tienen ciertas similitudes!

»Pero para reencarnar en otra dimensión —explicó, llevando la conversación a un nivel más profundo—, un ser necesita rediseñarse de manera enérgica, alterando su rango vibratorio de manera significativa, mientras que para desplazarse en sentido lateral dentro de la dimensión en que esa alma está encarnada no es necesario remodelar su rango vibratorio básico.

—Yo tuve una amiga muy interesada en la reencarnación. Ella me contó que cada alma, cuando la crea el flujo cósmico, comienza en forma básica como una piedra y que a través del proceso de reencarnación en millones de vidas avanza y experimenta siendo planta, luego animal y, por fin, persona.

»Me contó que en cada reino en que reencarna esa alma, tanto mineral como vegetal, animal y humano, comienza en el peldaño inferior de la escala evolutiva y, poco a poco, mediante el proceso de reencarnación, va elevándose hasta la cima. Cuando llega al nivel de evolución más alto posible dentro de un reino determinado, el alma se traslada y empieza a reencarnarse otra vez en el escalón inferior del reino que sigue en la evolución.

»Comparaba este proceso con el primer trabajo que uno tiene en una empresa, trabajando en la línea de producción y después, en el transcurso de la vida, va ascendiendo en la escala empresarial hasta llegar a presidente de la compañía. Según ella, era igual para todas las almas y, en última instancia, todas llegaban a la iluminación. ¿Es así como funciona en realidad la reencarnación?

—No exactamente —respondió—. Sé que esa es una explicación bastante frecuente del proceso de reencarnación pero, para ser sincero, resulta demasiado simplista. Creo que tu amiga se refería a la

difundida teoría de que cada alma inicia el viaje cósmico reencarnando en las formas de vida más simples. Luego, según esa teoría, cada alma encarna en estadios más avanzados, en diferentes cuerpos, siempre ascendiendo en la escala evolutiva. Llegado el momento, cada alma alcanza los niveles más elevados de la encarnación, se vuelve iluminada y se funde otra vez en el nirvana. Tal vez se refería a esa teoría.

—¿Y no es así como opera, maestro Fwap?

—Normalmente comenzamos como un tipo de alma específico y permanecemos en él para siempre —respondió—. Evolucionamos como tipo de alma, pero nunca cambiamos ese tipo: sólo desarrollamos el que tenemos.

Ahora estaba confundido. Una vez más, el maestro Fwap había logrado confundirme.

—¿No entiendo, maestro Fwap! ¿Por qué nos quedamos para siempre con un tipo de alma? ¿Por qué no podemos evolucionar a través del proceso de reencarnación y llegar a ser, todos, iluminados?

—Porque nos habituamos a ser quienes somos y recibimos el impulso de reencarnar una y otra vez en la dimensión a la que estamos acostumbrados —respondió, con risa franca—. Nuestro tipo de alma es nuestra estructura básica y nos resulta familiar. Es muy arduo cambiarlo, porque para cambiarlo tendríamos que borrar el ser de múltiples vidas que somos. Por eso tan pocas almas en el cosmos se vuelven iluminadas. Se apegan al tipo de alma que son y también a la dimensión en la que reencarnan.

—Maestro Fwap, ya estoy totalmente confundido —dije, exasperado—. Creía que todos se iluminaban después de haber pasado por suficientes reencarnaciones: eso es lo que decía mi amiga.

—No —respondió, con una sonrisa angelical y una suave carcajada—. Por lo general, no es así. Y ahora, si me permites... ¡te confundiré un poco más!

Enmudeció durante unos minutos. Aparentemente estaba ordenando las ideas o, tal vez, creando un suspenso dramático antes de la siguiente revelación.

—Mi joven amigo —dijo por fin—, nunca hubo una época en la que tú y yo no existiéramos ni habrá una en la que no existamos.

»Y esto no nos sucede sólo a nosotros dos, sino a todos los seres conscientes que existen en todos los universos que constituyen la eternidad.

»Imagina la vida como una tormenta de nieve. Hasta donde alcanza la vista, sólo hay bellos copos de nieve que caen. En mi analogía, cada alma es como un copo de nieve en una tormenta interminable de infinito.

»Los vientos del karma —prosiguió— soplan sobre cada alma y la hacen ir y volver de una vida a otra, dentro de la misma tormenta infinita entre dimensiones.

»Por un instante fugaz, estamos vivos en este mundo, y después el viento de nuestro karma cambia de dirección y nos sopla a otra vida, en otra parte de esa misma tormenta.

»Casi todas las almas permanecen dentro del mismo tipo de alma. Claro que evolucionan e involucionan de una vida a otra, acelerando y disminuyendo el ritmo vibratorio básico, según las acciones que realizan y la forma de los pensamientos que albergan en cada una de las encarnaciones por las que pasan.

»Pero en raras ocasiones hay almas que conscientemente se modifican y se rediseñan a sí mismas, cambiando su clase de alma sin cambiar la esencia más profunda. Si tienen la sabiduría, el poder y el deseo de hacerlo, pueden cambiar a voluntad el tipo de alma muchas veces, a medida que atraviesan las interminables tormentas interdimensionales de la eternidad.

»Para iluminarse, es necesario que un alma cambie su modelo miles de veces. De eso trata, precisamente, el budismo yóguico. Es la ciencia de remodelar el alma encarnada en un cuerpo, y también los planos por los que pasa el alma entre una y otra encarnación.

»Si aprendes y practicas la ciencia de la remodelación, podrás cambiar tu tipo de alma dentro de tu actual estructura corporal. Si lo has hecho en la encarnación presente, por supuesto, tu alma cambiará su inclinación y reencarnará en una dimensión diferente cuando mueras. Entonces, estarás con tipos de almas similares al nuevo tipo que acabas de remodelar.

»Sintetizaré todo esto —dijo el maestro Fwap con expresión seria—. Son muy pocos los seres que llegan a la iluminación. Eso significa que hay pocas almas que poseen el deseo, el conocimiento y el poder de superar su apego a su forma de vidas múltiples y a la dimensión en que encarnaron durante tanto tiempo. Para iluminarse, un alma tiene que superar ese apego a la forma y dimensión familiares, y

pasar por una serie de remodelaciones en el transcurso de decenas de miles de encarnaciones hasta que, por fin, el alma encarna en un tipo de alma iluminada. Luego de encarnarse en la forma de un tipo de alma iluminado, tiene que pasar por la preparación y la disciplina de evolucionar más aún, superando ese tipo de alma para convertirse en el nirvana, que por supuesto está más allá de los tipos de almas y de la remodelación.

»Trata de entender —insistió, con semblante preocupado— que no es mejor ser un tipo de alma iluminada o alcanzar la iluminación que cualquier otra cosa que se pueda ser o alcanzar. Se trata de una elección personal que realiza la esencia de nuestro ser, por razones que no podemos conocer.

»Lo que sí importa es llegar a la parte más elevada del espectro del tipo de alma y dimensión en la que estás encarnado ahora. Entonces, serás feliz. Alcanzar la iluminación no es todo, pues la iluminación está en todas las cosas.

»En esencia, todas las almas son iluminadas. Así como cada célula de nuestro cuerpo contiene la información genética de toda la especie, en cada alma, sea cual fuere su tipo, existe una clase espiritual de información genética. ¡En esta información genética o herencia espiritual está la iluminación! El objetivo de la vida y de la reencarnación no es volverse iluminado, sino ser y vivir plenamente, y tener interminables experiencias en la eternidad.

»Tal vez te sientas atraído hacia la experiencia de la iluminación. En tal caso, aprenderás a remodelarte en una ascensión en la escala de tipos vibratorios de almas. Si ese es tu destino, se trata de un desafío gozoso, pues a diferencia de la mayoría, disfrutarás del nirvana de modo directo y, en consecuencia, ganarás un saber y experimentarás un éxtasis que escapan a toda descripción.

»En una tormenta de nieve entre dimensiones, un copo de nieve no tiene una trayectoria mejor que la de otro. Sólo son diferentes. Las almas se agrupan de acuerdo con su rango vibratorio. Por eso, las almas que buscan vincularse con la iluminación y se sienten atraídas hacia almas similares, se ven más atraídas aún hacia almas iluminadas capaces de enseñarles el arte de la remodelación.

Estaba tan absorto en la explicación del maestro Fwap sobre la reencarnación que no advertí que el sol empezaba a ponerse. De pronto, noté que estaba helado.

En ese momento advertí que todavía tenía que deslizarme en la tabla montaña abajo, antes de que se pusiera más oscuro y frío. Supe que no faltaba mucho para que oscureciera por completo y no estaba seguro de llegar a tiempo aunque saliera de inmediato. Ya me veía atrapado en la montaña, en la gélida noche del Himalaya.

—No te preocupes —me dijo el maestro Fwap, como leyendo mis pensamientos—. Yo bajaré contigo en la tabla y te guiaré.

Así, aferrados uno al otro, bajamos la montaña cortando rápidamente el polvo profundo con mi pequeña tabla, como dos copos flotando a través de la eternidad, en una tormenta de nieve entre dimensiones.



*Deslizamiento jerárquico
versus deslizamiento relativo*



El maestro Fwap y yo pasamos casi toda la última parte de la mañana y la tarde escalando un desfiladero empinado y rocoso. El terreno era escabroso pero espectacular. Nos detuvimos a descansar en la cima del desfiladero y calculé que estábamos a unos cinco mil quinientos metros. Yo apenas podía respirar.

Me tendí de espaldas en el suelo, oyendo cómo mis pulmones aspiraban el aire frío de la montaña y escuchando el latido de mi corazón. Vi al maestro Fwap sentado muy erguido, con las piernas cruzadas y con los ojos cerrados. Su respiración era tranquila y regular, la expresión serena. Un aura de luz dorada chispeante le rodeaba la cabeza y los hombros.

Minutos después, mi respiración comenzó a normalizarse. Se levantó un viento penetrante y helado. Me senté y subí la cremallera de la parka que había bajado poco antes al subir, pues tenía calor.

No se oía el menor ruido en torno. El único sonido era el gemido suave del viento soplando por los cañones nevados. Nubes grises que habían girado desde el noroeste empezaban a filtrar algunos rayos de

sol y un poco de tibieza. Estaba a punto de preguntarle al maestro Fwap si creía que se acercaba una tormenta cuando repentinamente abrió los ojos y me miró.

—En esta época del año —comenzó, hablando con tono mesurado—, las nevadas llegan de manera bastante inesperada. Pero no me preocupa, porque sé dónde hay una cueva: justo al otro lado del desfiladero.

Al cabo de unos minutos nos levantamos y echamos a andar. La escena que se presentó ante mis ojos, mientras recorríamos la montaña, me quitó el aliento. A nuestros pies, la montaña descendía hacia un valle profundo rebosante de rododendros. Una neblina vaporosa, perezosa como una columna de humo, se cernía sobre las copas de los altos arbolillos, y casi los ocultaba de nuestra vista. Si la niebla no se hubiese abierto por unos instantes, el valle habría estado completamente oscurecido por las nubes. Pensé que sería el emplazamiento perfecto para la legendaria civilización perdida de Shangri-la.

Más allá del valle, las cumbres del Himalaya parecían extenderse al infinito. Montañas de nieves perpetuas se fundían entre sí hasta donde alcanzaba la vista. De vez en cuando, quebraba la blancura del paisaje algún peñasco tan castigado por el viento que la nieve había caído de su cima y exhibía la roca negra que había debajo.

Bajamos durante más o menos una hora y media, caminando con precaución sobre el suelo resbaladizo. A mitad de camino hacia el bosque de rododendros, nos detuvimos bruscamente, giramos hacia la izquierda del sendero por el que íbamos, y seguimos por uno más angosto.

El camino serpenteaba alrededor de la montaña, hacia el sur. Unos diez minutos más tarde, el maestro Fwap interrumpió sus pasos, tal vez para recuperarse; después seguimos andando.

Poco después llegamos a la boca de una cueva enorme. La entrada tenía unos cuatro metros y medio de altura y tras ella sólo se veía negrura. El maestro Fwap me indicó con un gesto que lo siguiera; entré, caminando con cuidado sobre las huellas del maestro.

Habíamos andado unos treinta pasos cuando el maestro se detuvo. Me indicó que girase y me sentara junto a él, a su derecha. En cuanto me di la vuelta, pude ver otra vez. Parte de la luz exterior se reflejaba en la cueva, por la nieve que había formado un reborde en torno de la boca.

Al sentarme, noté que nos apoyábamos en roca sólida, pues al parecer la nieve no había entrado muy profundamente en la caverna. Me sorprendió notar la tibieza reinante. Comprendí que gran parte del frío que había sentido antes de penetrar en la cueva no se debía a la temperatura real del aire sino al factor de congelamiento del viento en las cumbres del Himalaya.

Permanecimos unos minutos en silencio, hasta que el maestro Fwap me habló. En la cueva noté una sensación familiar. Por lo general, tras una larga jornada deslizándome con la tabla y después de guardar mi equipo, cuando el sol empezaba a ponerse, contemplaba las montañas por las que había estado deslizándome todo el día y experimentaba una exquisita sensación de paz y bienestar. Me sentía relajado y feliz, y nada me importaba demasiado. Así me sentí esa tarde, sentado junto al maestro Fwap en esa cueva del Himalaya.

—Hay muchas cavernas como esta en el Himalaya —empezó diciendo el maestro—. Son las ermitas de los grandes maestros budistas de nuestra Orden. Los miembros de la Rae Chorze-Fwaz meditaron en cuevas como esta durante miles de años.

»Estas cuevas son sitios de poder. Están situadas a lo largo de líneas de poder y vértices de energía interdimensionales. Como en ellas se cruzan varias dimensiones, aquí resulta muy fácil meditar y comprender conceptos que, de otro modo, en otros sitios, sería difícil, casi imposible entender.

»Muchas universidades de tu país tienen un emplazamiento similar —dijo, restándole importancia—. Están construidas en lugares donde las dimensiones se entrecruzan con gran claridad. Naturalmente, la enseñanza y el aprendizaje en lugares así resulta mucho más fácil. Si la misma universidad estuviese situada a unos pocos kilómetros, en un lugar diferente, sin las aberturas adecuadas entre dimensiones para lograr claridad y conocimientos, todo sería mucho más difícil para los estudiantes.

»En la vida, la localización lo es todo. ¡En Oriente sabemos mucho más que ustedes, los occidentales!

»Casi siempre, cuando los directivos de una empresa del Lejano Oriente encuentran una posible ubicación para su sede, contratan a un sacerdote taoísta especializado en aberturas entre dimensiones, para que inspeccione el sitio propuesto. Si el sacerdote percibe que el

emplazamiento no es el apropiado desde el punto de vista del flujo de energía, recomendará que no se construya allí y la empresa buscará otro solar.

»Una buena parte de lo que tú llamarías “éxito” en la vida de una persona deriva del acierto con que elige el lugar correcto para lo que quiere hacer, sea lo que fuere. Hay lugares “apropiados” para cada tipo de actividad, y también hay otros sitios en los que sería muy difícil, casi imposible, ejecutar esas mismas actividades con éxito o participar de ellas.

»En la tierra hay situaciones físicas donde es fácil meditar, estudiar, aprender, tomar decisiones de negocios, luchar, y ver hacia otros mundos. Las que proporcionan a un sitio un tipo específico de poder son las líneas de dimensiones que lo atraviesan.

»En toda la tierra existen líneas de poder —siguió explicando el maestro Fwap—. Hay muchas clases diferentes de esas líneas astrales, que transportan en su interior distintos tipos de energía.

»Imagina la tierra superpuesta a una cuadrícula de líneas horizontales. El espacio de las dimensiones y las localizaciones están superpuestas a cuadrículas horizontales de luz y energía. Estas cuadrículas son puntos de salida, puntos que se abren a otras realidades dimensionales en las cuales hay mucho más prana disponible.

»Por ejemplo, ¿sabías que hay determinadas líneas de energía que recorren la tierra, que dan acceso a dimensiones artísticas y musicales? Si un compositor o un artista vive y trabaja en un sitio donde existe ese tipo de líneas, le resultará mucho más fácil crear grandes obras de arte o piezas musicales. Si el mismo compositor o artista viviese y trabajara en un sitio en el que no estuvieran presentes esas líneas, el trabajo sería mucho más arduo y, tal vez, no crearía nada.

»Si bien la mayoría de la gente no conoce conscientemente las líneas de energía, planos, vértices entre dimensiones y su forma de funcionamiento, lo emplea de manera intuitiva, lo que yo denomino segunda atención, para encontrar y usar la localización “justa” cuando la necesita para alcanzar el éxito.

»Por ejemplo, cada vez que se fundó una gran universidad, el asiento original fue elegido por los fundadores, a menudo por medio de la intuición, que los ayudó a elegir la localización “justa” para aprender. De pie en ese lugar, aunque en ese momento sólo fuera un bosque o un prado, los cuerpos de esos padres fundadores “sentían” que ese sería

un buen lugar para el aprendizaje de los discípulos. Para ser sincero, quienes tienen éxito en la vida aprendieron, al menos de manera inconsciente, a emplear esa segunda atención para elegir el lugar “justo” que necesitan para trabajar.

“Hace miles de años, los miembros de la Rae Chorze-Fwaz recorrieron Oriente buscando el sitio “justo” para practicar la meditación y las otras artes psíquicas. Descubrieron muchos lugares de iluminación, de poder, de curación, lugares para ver y para enseñar, y como esos eran los tipos de lugares que más les interesaban, esos fueron los que buscaron y hallaron.

»Esta cueva en particular es un lugar para ver. Desde aquí, resulta fácil ver otros mundos y otras dimensiones, y también entender los conceptos ocultos más complicados. Por supuesto, cuando hayas entendido aquí un complejo metafísico, esa comprensión te seguirá cuando salgas de la cueva, del mismo modo que retienes un concepto aprendido cuando sales de la escuela y vuelves a casa.

En este punto lo interrumpí pues había despertado mi curiosidad, cosa que, sospeché, era su intención.

—Maestro Fwap —le pregunté en medio de su pausa—, ¿hay alguna montaña que sea mejor que cualquiera otra del mundo para deslizarse con la tabla?

Procuré que el tono de la pregunta fuese ligero y coloquial, para que no sospechara hasta qué punto deseaba yo conocer la respuesta. En ese momento hacía varias semanas que conocía al maestro Fwap y había aprendido que su sentido del humor era más grande que el mismísimo Himalaya, y era suficiente que sospechara que yo tenía mucho interés en saber algo para que me lo ocultara sin otro propósito que el de enfadarme.

El maestro Fwap permaneció en silencio unos minutos, reflexionando antes de responder. Supuse que, como de costumbre, prolongaría al máximo mi tormento, sacando de la situación todo el provecho posible. Pero me sorprendió con una respuesta directa:

—Sí, en el mundo sólo hay una montaña “justa” para deslizarse con tabla, aunque sin duda debe haber muchas buenas.

—¿Dónde está esa montaña, maestro Fwap? —pregunté con tanto desinterés como pude, tratando de disimular mi creciente entusiasmo.

—No muy lejos de aquí—murmuró—. Es una montaña especial, de poder puro y exacto. Descubrirás que allí es más arriesgado deslizarse con la tabla y que se disfruta más que en ningún otro sitio del mundo.

—¿Cuándo podremos ir? —pregunté, con cierto exceso de bríos. Ya no podía ocultar la emoción que vibraba en mi voz.

—El último día que pasemos juntos te llevaré —respondió con voz queda, como si estuviese transmitiéndome un importante secreto y le preocupara que alguien oyese lo que decía.

»Pero todavía no ha llegado el momento y hoy tenemos otras cosas de qué ocuparnos —agregó, con calma.

—¿Cuál es la actividad para hoy? —pregunté suspirando, tratando de ocultar mi decepción porque no me había revelado la localización de la montaña perfecta para el deporte de la tabla.

Supe de inmediato que me resultaría imposible dejar al maestro Fwap y el Himalaya antes de deslizarme por esa montaña “perfecta”. ¡El maestro Fwap me había atrapado con gran habilidad, y lo más irritante era que yo mismo le había proporcionado la carnada!

—¿Cuál es el aspecto más importante de ese deporte? —me preguntó.

—El equilibrio —respondí de inmediato.

—¡Exacto! —exclamó.

En la semipenumbra de la caverna no podía verle la expresión, pero el tono de su voz me indicó que sonreía.

—El equilibrio también es el aspecto más importante de la vida. Digo que es el aspecto más importante de la vida como una forma de concentrar tu atención en el equilibrio como tema.

»¡Por supuesto que todos los aspectos de la vida son importantes! —dijo, con voz mucho más alta; sin duda había decidido dejar de lado la ficción del secreto—. Pero sin equilibrio en tu vida, ninguna otra cosa funcionará. Del mismo modo que en la tabla, si no conservas el equilibrio te caerás, sin equilibrio nunca serás feliz ni tendrás éxito.

»La vida es complicada. Sólo en televisión o en las películas parece fácil. Pero para cumplir el objetivo de esta conversación, digamos que la meta de la vida consiste en ser feliz. Es la fuerza motivadora fundamental de los actos y decisiones de la inmensa mayoría de los seres humanos; todos los demás actos y decisiones se subordinan a ella.

»De las experiencias que la vida nos ofrece, elegimos aquellas que suponemos nos harán más felices. Es importante recordarlo. En el deslizamiento por la nieve, el propósito consiste en bajar la montaña en la tabla sin caerse. Si pierdes el equilibrio, no lo lograrás.

»En la vida, la felicidad se logra por medio del equilibrio. Claro que la clase de equilibrio a que me refiero está en tu mente. Por cierto, es una buena idea tratar de crear un equilibrio feliz también en tu vida física —señaló—. Pero las incertidumbres permanentes y las circunstancias siempre cambiantes de la vida cotidiana no siempre permiten lograr el equilibrio físico perfecto en todo lo que uno hace.

»No obstante, es importante intentarlo. Tus esfuerzos para lograr un equilibrio en las actividades de la vida física aumentarán al máximo tus posibilidades de ser feliz.

—Maestro Fwap, ¿qué es el equilibrio interior? —pregunté—. Si he de decirle la verdad, no sé a qué se refiere.

—Valoro tu sinceridad. Por eso te daré una respuesta sincera: el equilibrio interior es la felicidad.

—¡Un momento! —me apresuré a exclamar—. Por lo que entendí, acaba de decir que el equilibrio interior genera felicidad. ¿Y ahora afirma que el equilibrio interior *es* la felicidad? ¿Cómo puede ser las dos cosas? ¡No entiendo!

—Ten paciencia, mi joven amigo. Casi nadie en este planeta lo entiende. Por eso hemos subido hasta esta cueva, para que puedas llegar a la comprensión de qué son el equilibrio interior y la felicidad, y de cómo lograrlos. Si hubiésemos mantenido esta conversación en cualquier otro sitio, dudo de que hubieras entendido mucho de lo que te expliqué hoy.

—¡Pero maestro Fwap! —protesté—. ¿Cómo es posible que de los miles de millones y millones de personas que habitan la tierra sólo unas pocas lleguen a entenderlo? Es decir, ¿no hay muchas personas realmente felices?

—En realidad, no. Los únicos que son felices de verdad, todo el tiempo, al margen de las circunstancias de su vida, son los maestros iluminados. Y los que quedamos en la tierra somos unos pocos.

»Pero en cierto sentido tienes razón —continuó—. Sin duda hay mucha gente que de vez en cuando se siente feliz. Sin embargo, esa felicidad suele ser fugaz, pues depende de que las circunstancias externas coincidan con la satisfacción de sus deseos.

»Para entenderlo, antes debes conocer la diferencia entre una mentalidad jerárquica y una mentalidad relativa.

—Maestro Fwap, no sólo no conozco la diferencia, sino que no sé qué son. Por favor, ¿podría explicármelo en términos referentes al deslizamiento en tabla por la nieve?

—Claro que sí. Con todo gusto.



EL MAESTRO FWAP ME EXPLICA EL DESLIZAMIENTO RELATIVO

—Hay cinco maneras básicas de enfocar el deporte de la tabla para la nieve o cualquier otra empresa en la vida —comenzó el maestro—. También hay muchos enfoques combinados, que mezclan distintos elementos de las cinco.

—¿Cuáles son, maestro? —pregunté.

—El primer enfoque es el método instintivo, el menos eficaz de los cinco. Cuando se adopta, uno permite que lo guíen sus instintos básicos celulares.

—¿A qué instintos se refiere?

—El miedo, el placer y el equilibrio físico —se apresuró a responder—. Quieres aprender a deslizarte en la tabla, y te empeñas en ello, pues tu cuerpo anticipa una experiencia placentera con ese deporte. Empleas el temor de tu cuerpo para tratar de no hacerte daño y, también, el sentido innato del equilibrio para mantenerte sobre la tabla y bajar por las montañas nevadas.

»El segundo método es el apasionado, en el que empleas el deseo para impulsarte. En el enfoque apasionado, el ego te guía y las pasiones te dan energía. Es el método del machismo.

—¿Eso significa que uno lo usa para fanfarronear? —pregunté.

—Sí y no —repuso—. Por cierto, en el método hay un elemento de ese tipo, pero no es lo único que hay. En el método apasionado consolidas la imagen de ti mismo por medio de tus conquistas y logros en el deslizamiento con tabla. Sin duda lo combinarás con el enfoque instintivo. En tus viajes te habrás topado con otros deportistas que lo emplean.

—Claro que los encontré—dije, riendo—. Yo lo llamo síndrome del engañabobos. Esos tipos se deslizan en tabla sólo para probarse a sí mismos, o para que quienes los miran sepan que son audaces. En gran medida, es una cuestión de imagen. Por otra parte, muchos de ellos son muy buenos deportistas.

—Exacto —comentó el maestro—. Disfrutan el deporte desde el punto de vista físico, y emplean el miedo, el sentido del equilibrio y sus egos dogmáticos para lograrlo e impresionarse a sí mismos y a los demás. Sus pasiones los llevan a lograr más que los deslizadores instintivos.

—¡Claro! —exclamé—. Los que son así se balancean al andar. Se creen mejores que otros deportistas si los adelantan al bajar. Para ellos no es algo espiritual, ¿me entiende?

—Por supuesto —respondió—. Bien, el tercer enfoque es el irracional. En realidad no es un método, pues en este caso dominan el enfado y la agresión descontrolada. Los que usan este enfoque saltarán las lecciones preliminares y las instrucciones acerca de cómo deslizarse, ¡y se lanzarán a hacerlo! También es probable que terminen en el hospital o que atropellen a alguien y lo manden al hospital.

—¡Así es, maestro Fwap! —reconocí, con énfasis—. ¡Detesto a esos tipos! ¡Están trastornados! Lo único que hacen es subirse a la tabla y tratar de bajar. Cada vez que se caen se ponen furiosos. Por lo general terminan abandonando, lastimados o haciendo daño a otros. Son funestos del principio al fin. No entiendo para qué se molestan siquiera en practicar.

—Es probable que no sepan siquiera por qué se deslizan en tabla —dijo el maestro—. Pero así es como eligen vivir. Se aferran a cualquier cosa que ven y con toda su ira se esfuerzan por hacer que funcione para ellos. Si no resulta, culpan a algo o a alguien, nunca a sí mismos. Viven llenos de odio y culpa.

—Sé a qué se refiere, maestro Fwap —dije—. En una ocasión, vi que uno de esos tipos hacía pedazos una tabla porque no podía subirse a ella. Gritaba que la tabla no servía, pero no era así: el verdadero problema era él.

—Los dos métodos más evolucionados de deslizamiento con tabla en la nieve son el jerárquico y el relativo —me explicó el maestro Fwap—. Estos dos métodos representan el enfoque occidental y el

oriental de la vida, y el modo de resolver las dificultades. Son enfoques mentales, en contraposición a los físicos o emocionales de los tres métodos anteriores que mencioné.

»Tanto el jerárquico como el relativo se basan en el uso inteligente de las estructuras. No obstante, la diferencia básica entre estos dos métodos es la forma en el que las personas acomodan, relacionan y usan esas estructuras. Para entenderlo tienes que conocer la diferencia entre el budismo y el cristianismo.

—¿Por qué, maestro Fwap?

El monje rió antes de contestar:

—Es algo relacionado con círculos y líneas rectas que son, respectivamente, los símbolos de Oriente y Occidente.

—¿Qué tienen que ver los círculos y las líneas rectas con el *snowboarding*? —pregunté, con impaciencia. Tenía la sensación de que el maestro Fwap estaba a punto de acometer uno de sus diálogos místicos y de que la respuesta a mi pregunta quedaría sepultada en medio de esa avalancha de metáforas.

Mi tono impaciente le hizo reír entre dientes, sin perder un ápice de su elegante compostura budista, y continuó con la explicación:

—Los pensamientos jerárquico y relativo son extensiones de la perspectiva religiosa —dijo—. Si bien el budismo ya no se practica con el mismo rigor que antaño en Oriente, y el judaísmo y el cristianismo tampoco se practican tan estricta y ampliamente como en otras épocas en Occidente, las líneas de pensamiento que engendraron, respectivamente, la cultura oriental y la occidental, permanecen casi iguales.

»El pensamiento jerárquico deriva de la creencia cristiana en la gran cadena del ser. Según la perspectiva religiosa cristiana, Dios está en la cima del universo y el demonio, en el fondo. Todos los demás existen en diferentes niveles, según lo divinos que sean, en esa gradación entre Dios y el demonio. Como muchos escritores cristianos, Dante contribuyó a crear esta visión jerárquica de la corriente principal del pensamiento y la filosofía occidentales.

»Según esta línea de pensamiento judeocristiano jerárquico, la creación comenzó en un punto determinado del tiempo y el fin del mundo sobrevendrá también en un momento dado del futuro.

»En esta mentalidad todo es lineal, y el tiempo y el espacio transcurren a lo largo de líneas rectas —continuó—. Esos dos concep-

tos básicos, además de la idea de que el hombre nace en estado de corrupción y pecado y necesita redención, creó una cosmología física y metafísica que influyó en la estructura misma de los idiomas, la filosofía, los métodos de pensamiento y análisis de los pueblos de Occidente y, desde luego, también en sus respectivos sistemas de valores sociales.

»En otras palabras, los occidentales; a menos que sean irracionales o intuitivos, tienden a pensar en líneas rectas. Te daré un ejemplo relacionado con el deslizamiento por la nieve.

»Un deportista jerárquico se desliza en línea recta —explicó el maestro Fwap—. Arranca en la cima de la montaña, y baja derecho. Al llegar al pie de la montaña se detiene, sube otra vez y repite el proceso.

—Pero, maestro Fwap —lo interrumpí—, ¿de qué otra manera se puede bajar en tabla de la montaña? Salvo que uno sea capaz de levitar, como usted, debe seguir la ley de gravedad.

—Sí—respondió—. Lo que dices es cierto. A menos que puedas levitar, eso es lo que tienes que hacer. Pero me interrumpiste sin darme tiempo a terminar la explicación.

»Como decía —continuó—, un deportista jerárquico piensa en línea recta. Su método para adquirir la habilidad de deslizarse en tabla por la nieve es lineal.

—En términos prácticos, ¿qué significa eso?

—Bueno, a mi modo de ver significa que los datos ingresan en su mente con excesiva lentitud, lo que no es bueno para un deporte tan veloz.

—¡Maestro Fwap! —dije, exasperado—. ¡No entiendo a qué se refiere! Aunque se suponga que en esta caverna las cosas se ven más claras, no es así. ¿Está seguro de que estamos en el emplazamiento correcto?

—¿Eh? Ah, sí, estoy seguro, gracias. Ten paciencia y déjame terminar. Ya llegaré a la parte práctica. Sabrás —continuó, con lo que interpreté como una risilla de simpatía ante mi impaciencia—, que resulta difícil imaginar que es posible pensar de una manera distinta a la que se empleó toda la vida. Ahora estamos hablando del modo en que recordamos, en que relacionamos las cosas en nuestra mente, en que nos preparamos para las cosas y las anticipamos.

»Así es cómo la mente procesa la información: conecta ideas y sentimientos de una manera particular, luego los ordena según determinado modelo, y los empareja. Puede hacerlo de acuerdo con el método jerárquico, el relativo o el irracional.

»El pensamiento relativo se basa en círculos. Así vemos el mundo los budistas: como una serie de círculos que se interconectan sin fin.

»No creemos ni en Dios ni en el demonio a la manera occidental. Tampoco creemos que el tiempo sea lineal. Creemos en cambio que Dios y el diablo, el bien y el mal, y todos los pares que tú llamarías opuestos, existen en la propia mente. Tampoco nos parece que esas cosas sean opuestas... más bien las vemos como complementarias.

»Como budistas, creemos que el tiempo transcurre en ciclos, que el universo entero es un gran círculo que a su vez contiene muchos círculos más pequeños.

»Es innecesario decir que tanto las cosmologías jerárquica como relativa y la visión de la vida están algo desviadas. Son intentos de definir la existencia de una forma en que, en realidad, no puede definirse.

»Como maestro budista iluminado, no me preocupan las cosmologías más que por el efecto que tienen sobre nuestro modo de pensar, y el modo en que analizamos los datos.

»Entonces, respondiendo a tu pregunta, a un deslizador jerárquico le lleva más tiempo pensar las cosas porque necesita conectar los pensamientos en línea recta. Un deportista relativo puede pensar más rápido, pues lo hace en círculos, es decir que no tiene que elaborar pensamientos demasiado extensos en el tiempo para establecer relaciones pertinentes entre las cosas que piensa y que percibe.



EL MAESTRO FWAP HABLA DE LINEAS Y CIRCULOS

—Por ejemplo—dijo el maestro Fwap—, digamos que ponemos una gran cantidad de información a lo largo de una línea recta. Si estamos en un extremo de esa línea y el dato al que queremos acceder está en el extremo opuesto, tendremos que recorrer toda la información para llegar al dato que buscamos.

»Pero supongamos que tomamos esa misma información y la acomodamos en la circunferencia de un círculo y nos sentamos en el centro de ese círculo. Ahora toda la información estará equidistante de nosotros, pues se encuentra en la circunferencia del círculo en cuyo centro estamos sentados.

»Si queremos acceder a una información en particular, no tendremos que pasar por una serie de datos inútiles. ¡Bastará con que llegemos al borde del círculo y la recojamos! Sin duda, es un modo mucho más rápido y eficiente de llegar a la información.

»Tomemos el deporte del deslizamiento en tabla por la nieve, por ejemplo. Supongamos...

—¡Un momento, maestro Fwap! —lo interrumpí—. ¡Nadie se desliza en círculos por la nieve!

Me sentí muy orgulloso después de semejante afirmación. ¡Por fin había encontrado un defecto en la lógica budista!

—Tienes razón —respondió—. Pero aunque no te deslices en círculos, puedes pensar y percibir desde el centro del círculo.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunté.

—Sin pensar en absoluto —respondió.

—Maestro Fwap, ¿cuál es la ventaja de no pensar? Si uno no pensara al bajar la montaña, probablemente se mataría, ¿no es cierto?

—De ninguna manera: precisamente para eso está el pensamiento relativo. Para percibir las cosas desde el centro silencioso que está en el interior de la mente. Por lo general, tus pensamientos y percepciones son lineales. Para llegar a una conclusión correcta, tienes que pensar extensa y engorrosamente.

—¡Pero en eso consiste la lógica deductiva e inductiva! —protesté.

—Esa es la cuestión —continuó, imperturbable por mi estallido emocional—. La lógica es un modo de pensar jerárquico, y no tiene importancia si es deductivo o inductivo. En realidad, el resultado es el mismo.

—¿Cuál? —pregunté, vacilante.

A medida que la explicación continuaba, me sentía cada vez más irritado, pues todavía no comprendía qué tenía que ver todo eso con el *snowboarding*.

—Veo que otra vez te impacientas conmigo —respondió el

maestro—, aunque en realidad no es tan difícil de entender. Bastará con que supongas que la lógica y el razonamiento, por lo general, discurren en línea recta.

»Digamos por ejemplo que te deslizas en tu tabla por una montaña desconocida y que, de pronto, aparece un monje budista en tu camino. Por lógica, pensando en línea recta, ese monje no tendría que estar allí. ¿Qué diablos hace un monje budista deambulando por la nieve en una montaña del Himalaya?

»En lugar de emplear el pensamiento relativo, que te haría reaccionar de inmediato ante la situación sin análisis lógico, y en consecuencia te haría evitar el choque con el monje, vacilas una fracción de segundo, pues tu lógica no acepta con suficiente rapidez esa aparición inesperada en la montaña.

»En cambio, si emplearas el pensamiento relativo, lo que significa que suspenderías todo pensamiento, tu cuerpo reaccionaría instantáneamente y no chocarías con el monje. Para reaccionar no necesitarías pensar si la presencia del monje es lógica o no. No perderías esas fracciones de segundo en hacer el análisis lógico de la situación. No lo golpearías, evitando así el mal karma que significa atropellar a un monje budista inocente e iluminado.

El maestro Fwap hizo una pausa; aunque en la semipenumbra de la cueva y no podía verle la expresión, estaba seguro de que lucía una sonrisa de autosatisfacción.

—Maestro Fwap, ¿en qué se diferencia lo que usted describió de los reflejos instintivos? ¿De qué forma esto es relativo? Además, ¿acaso el hecho de no pensar cuando uno se desliza en la tabla no es, en el fondo, lo mismo que estar inconsciente?



EL MAESTRO FWAP DEFINE EL CENTRO DEL CIRCULO

Antes de responder, el maestro guardó silencio unos minutos. Supuse que estaba pensando cuál sería la mejor manera de contestar, o quizá pensaba cómo simplificar las sutilezas de la sabiduría budista para un norteamericano más bien obtuso, fanático del *snowboarding*.

—Nada de esto es tan difícil de comprender como podría parecerte en principio —dijo—. Tu principal problema es que eres demasiado serio... tienes que relajar tu mente y dejar que la energía luminosa de esta cueva te ayude a entender.

»En resumen, prestas demasiada atención a mis palabras y pierdes de vista el punto yóguico hacia el que te llevan.

»Imagina por un momento un universo de datos: una cantidad infinita de datos de todo tipo, extendidos en todas direcciones. Si bien algunos podrían aplicarse a tus necesidades inmediatas, la mayoría no viene al caso. Por tanto, la dificultad a que te enfrentas en ese universo infinito de datos consiste en eliminar rápido y con el menor esfuerzo posible toda información ajena a tus necesidades inmediatas y encontrar, en cambio, los que sean útiles para resolver tus problemas inmediatos, concentrarte en ellos, emplearlos y aprovechar las oportunidades.

»Uno de los grandes secretos de la vida, que los monjes budistas aprendieron a través del estudio de la meditación —explicó el maestro Fwap—, es el de eliminar toda cosa ajena a su mente. Si algo no contribuye a su felicidad y bienestar, o a la felicidad y al bienestar de los otros, pueden apartarlo de sus pensamientos y mantener la mente concentrada en lo que importa.

»Cuando vuelas montaña abajo en la tabla, por lo general tu mente está ocupada en muchas cosas diferentes. Tal vez recuerdes algo trivial, te anticipes innecesariamente a algo, o concentres tu mente en cómo estás haciendo lo que haces. Para la mayoría de la gente, en un momento dado, suele ser una mezcla de esas tres cosas.

»La forma relativa de hacer las cosas consiste en trasladar tu mente hacia una cuarta condición, de elevada conciencia. En esa condición, la mente consciente se eleva por encima de la corriente de datos ajenos, exteriores a la dimensión del tiempo y el espacio por así decirlo, y se fusiona con la conciencia pura e inteligente del universo.

»Cuando tu mente es absorbida por ese nivel superior de conciencia inteligente, al que llamo segunda atención, de manera automática accederá a nuevas relaciones y también las creará con la información que tú necesitas, en cada momento de tu vida. ¡Ese es el centro del círculo de inteligencia! ¡En ese estado de iluminación interna sabrás siempre exactamente qué hacer o no, en el momento preciso! A

diferencia de lo que sucede cuando se emplea la mentalidad jerárquica, no es necesario recorrer una gran cantidad de información para entender las cosas. “Sabrás”, sencillamente.

»Por último, piensas un método muy ineficaz para procesar datos...

—¡Pero, maestro Fwap! —grité casi, exasperado—. ¡Lo que dice no tiene sentido! Yo creía que la distancia más corta entre dos puntos, en un momento dado, siempre es la línea recta.

—En ocasiones lo es, en otras, no —repuso con calma.

—Bueno, ¿lo es o no lo es? —grité, en el colmo de la frustración.



—Imagina un camino ascendente hasta la cima de la montaña —respondió, sin alterarse—, que serpentea hasta la cima en una serie de curvas. Si hicieras un camino que fuese derecho hasta la cúspide, sería demasiado abrupto para que subieran los vehículos. Por lo tanto, si bien en teoría la menor distancia entre dos puntos sería la línea recta, en realidad, en ocasiones un círculo, o una serie de ellos, es más corto.

No contesté. En ese momento comprendí las ventajas de la preparación en debate budista que el maestro Fwap había recibido en el monasterio. Permanecí en silencio, asimilando el argumento, y le dejé continuar.

—El tema que estamos examinando —continuó el maestro Fwap— tiene que ver con el pensamiento relativo. Te repito que la mayoría de las personas piensa en línea recta... si es que piensa. Mi joven amigo, espero que comprendas que no estoy sugiriendo que dejes de pensar y regreses a la percepción puramente instintiva de las cosas. Lo que digo es que hay una forma mucho más avanzada de ver la vida que aquella con la que estás familiarizado: es una manera mucho más precisa y gozosa de ver la vida y los datos que el método de análisis lógico que estás habituado a utilizar.

»El análisis lógico es útil para obtener una comprensión limitada de muchas cosas y situaciones. Pero la velocidad, la precisión y la amplitud de cálculo que te brinda, como modo de pensar y evaluar experiencias y situaciones reales, es muy inferior al análisis relativo.

»Te daré otro ejemplo y tal vez así esto quedará claro para ti.
¿Tienes una linterna?

—Sí, siempre llevo una en la mochila, por si oscurece cuando vuelvo de deslizarme en la nieve.

—Bueno, sácala un momento, enciéndela y apunta hacia el suelo, delante de nosotros.

Cuando hice lo que me pedía, el maestro Fwap volvió a hablar:

—Supongamos que tenemos un conjunto de números y los disponemos en dos hileras. La primera sería así —dijo, y dibujó los números sobre la nieve.

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12

—Y supongamos que dibujamos el segundo grupo de números así.
Dibujó una segunda hilera de números debajo de la primera, más o menos como sigue.

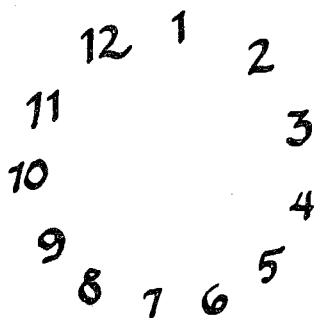
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12

13 14 15 16 17 18 19 20 21 22

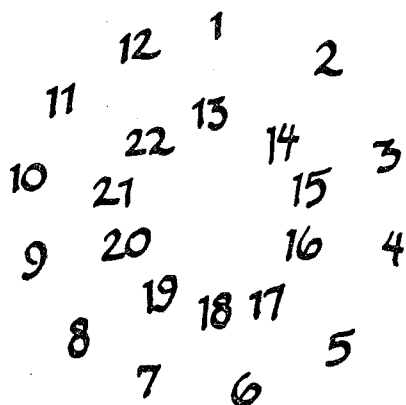
—Hablando en un sentido lógico —prosiguió—, la mejor manera de relacionar estos números es la línea recta, de lado a lado o de arriba abajo. —Luego el maestro Fwap dibujó unas líneas en la nieve, entre los números que había escrito, y que tenía el siguiente aspecto:

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12
13 14 15 16 17 18 19 20 21 22

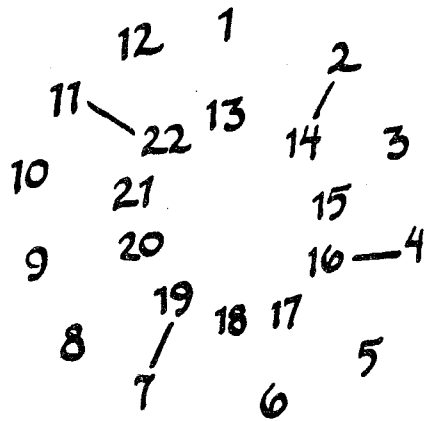
—Pero si dispusiéramos el primer grupo de números en círculo —dijo mientras formaba un círculo con esos mismos números, más o menos como sigue.



—Y ahora hagamos otro círculo, con el segundo grupo de números dentro del primero —continuó. Entonces dibujó otra serie de números en un círculo más pequeño que cabía dentro del primero, y que se asemejaba a lo que sigue.



—Ahora bien, como tú mismo puedes ver —prosiguió—, las formas de conectar los números son mucho más directas que antes, cuando uní los números dispuestos en líneas rectas. —Dibujó una cantidad de líneas que unían los números de los dos círculos, del siguiente modo:



—Tiene razón, maestro Fwap —dije—. Las líneas que unen los números de los dos círculos son mucho más cortas que las que unen los números en las dos hileras. Pero, ¿eso qué tiene que ver con el deporte de la tabla?

—Los budistas creemos que la mente humana, como ya te he comentado en una ocasión, está constituida por muchas capas, que representé con círculos. Imagina que tu mente es similar a una cebolla.

»Una cebolla está hecha de cientos de capas finas. Cuando quitas la exterior, aparece otra; a medida que vas pelando, encuentras una capa tras otra hasta el corazón de la cebolla.

»De modo semejante, tu mente está hecha de miles de capas y por eso la comparé con una serie de círculos interconectados.

—¡Pero, maestro Fwap! —interrumpí—. ¿Cómo se relaciona todo eso con el deslizamiento en tabla por la nieve?

A esas alturas, la jerga metafísica del maestro Fwap me tenía completamente irritado, y no veía de qué modo se relacionaba nada de lo que decía con la respuesta a mi pregunta.

—Es fácil —dijo, conteniendo una carcajada—. Te lo explicaré. Ten paciencia unos minutos más.

—De acuerdo —acepté—, pero le ruego que esta vez lo relacione con la tabla para nieve.

—Cuando piensas, estás atrapado en una línea recta —comen-

zó—. Para salir de la línea recta de pensamiento y llegar a un punto de información que no está en esa línea recta, tienes que salvar la brecha en la información con más líneas rectas de pensamiento.

»Por ejemplo, supongamos que vas deslizándote montaña abajo. Estás pensando en el tipo de cosas que sueles pensar mientras practicas ese deporte. Quizás estés calculando el banco de nieve que tienes delante y te prepares para esquivarlo... cuando de pronto, sin previo aviso, ves al monje budista de pie en el camino por el que descendes a toda velocidad.

»Pero si no piensas en absoluto, si tu mente está absorta en la segunda atención y eres capaz de hacer conexiones extralógicas en tu mente, de manera inmediata, reaccionarás con fluidez ante esa aparición inesperada y evitarás el choque con el pobre monje desprevenido. No obstante, si piensas siguiendo líneas rectas, como el día en que nos conocimos, chocarás con el monje, tal como chocaste.

»Me golpeaste —continuó el maestro Fwap, haciéndome regresar tanto en el aspecto mental como emocional a aquel momento que ya casi había olvidado—, porque tu mente no pudo ejecutar con rapidez una serie de relaciones entre tu deslizamiento montaña abajo ¡y el monje budista que hallaste de modo inesperado de pie en la trayectoria de tu tabla!

»Ahora, considerémoslo como un ejemplo de la vida real y no algo teórico. Como ves, los budistas somos los últimos realistas. Nos gustan las teorías sólo en el caso de que tengan aplicaciones reales en la vida cotidiana o en las circunstancias de una vida a otra.

»En la vida cotidiana tienes que lidiar todo el tiempo con lo desconocido, aunque en la vida de la mayoría de las personas ocurre cierta dosis de reiteración. Por ejemplo, vas todos los días a la escuela, más o menos a la misma hora y haces el mismo camino.

»Pero un día puede ocurrir algo inesperado camino de la escuela, algo que no podías prever ocurriría en ese preciso momento. Quizás un coche pierde el control y de repente se abalanza sobre ti, o la joven más hermosa que hayas visto en tu vida pasa a tu lado.

»Si en semejante situación pensaras de manera lógica, en líneas rectas, tal vez no reaccionarías rápido y bien a lo que sucede en ese momento inesperado. ¡Al emplear el sistema occidental jerárquico de pensamiento, tendrías que analizar, reflexionar y evaluar antes de

actuar! En la vida real, no en teoría, concluido todo ese proceso probablemente habrías perdido la oportunidad de evitar el desastre o de aprovechar una oportunidad inesperada.

»Las personas con más éxito del mundo son aquellas que piensan de manera relativa —continuó el maestro Fwap—. Por supuesto, también son capaces de emplear el pensamiento jerárquico cuando conviene. Pero la gente más eficaz y con más éxito no se apoya en la lógica jerárquica para resolver la mayoría de sus problemas, sino que utiliza el pensamiento relativo con ayuda de la segunda atención.

»Los que más éxito tienen viven en un estado dichoso de vacío creativo. A diferencia del común de las personas que se dejan absorber demasiado en lo que piensan en ese momento, con lo que lidian, anticipan o recuerdan, los individuos que utilizan el pensamiento relativo, situándose en el centro del círculo de la conciencia, ven oportunidades que a otros se les pasan por alto y, al mismo tiempo, crean relaciones rápidas que les permiten aprovechar a toda prisa esas oportunidades y evitar los desastres.

»Para sintetizar en términos más simples, el éxito en la vida depende, básicamente, de dos cuestiones: el sentido de la oportunidad y la capacidad de crear relaciones rápidas y acertadas en la propia mente.

—Un momento, maestro Fwap. ¿De qué manera el hecho de emplear el pensamiento relativo afecta el hecho de que pase a mi lado la joven más hermosa que haya conocido en mi vida?

—Si pensaras lógicamente —respondió, con una carcajada—, es probable que no reaccionaras como deberías, o con suficiente rapidez para conocerla e impresionarla. Por lógica, si fuese la mujer más bella, estarías tan abrumado por su belleza que no podrías reaccionar con rapidez y perderías la oportunidad de presentarte a ella.

»O reaccionarías con lógica. Querrías conocerla, pero recordaría que vas camino de la escuela y no tienes tiempo de conversar sin llegar tarde a clase.

»¿Cómo reaccionarías? —preguntó retóricamente—. Empleando la lógica, sólo podrías basarte en tus experiencias pasadas, las que están en tu memoria actual para extraer información acerca de cómo abordarla. Tendrías que pensar de prisa en el modo de crear una relación lógica entre tú y lo que le dirías; cuando terminases ese proceso, ¡lo más probable es que la joven ya se hubiese ido!

—Maestro Fwap —balbuceé—, no veo cómo el pensamiento relativo o no pensar en absoluto, o lo que sea que intenta explicarme, me ayudaría a conocer e impresionar a la muchacha.

—Es más fácil de lo que supones, pero para entender a qué me refiero tienes que emplear el pensamiento relativo —respondió, con una risilla.

»Como ya he dicho —continuó—, la mente, como una cebolla, está formada por incontables capas. La más cercana a la superficie de tu conciencia es el almacén de tu memoria y de las experiencias de tu vida actual. Pero debajo de esas capas hay otras más profundas que contienen las experiencias de tu vida pasada y, más hondo aún, hay capas que llegan a la inteligencia pura del universo mismo, a las que he denominado segunda atención.

»Cuando empleas el pensamiento relativo, cuando estás en plena posesión de tu mente, todas esas capas se encuentran a tu disposición. De inmediato puedes extraer información de tus vidas pasadas o, si no la encuentras, puedes extraerla directamente de tu segunda atención.

»Quizás hayas vivido muchas vidas pasadas en las que conociste a mujeres bellas —dijo el maestro Fwap con tono seductor—. Podrías emplear la información acerca del mejor modo de reaccionar y de hablarle, extrayéndola del recuerdo de tus vidas pasadas. Y si usas el pensamiento relativo, accederás de inmediato a esa información.

»Desde el centro del círculo, encontrarás al instante lo que necesitas saber para reaccionar de manera apropiada a cada situación. ¡Créeme, es verdad!

—¿Cómo es posible, maestro?

—En la vida hay dos maneras de hacer las cosas —repuso el maestro Fwap—. Una, consiste en hacerlas por medio de estructuras; la otra es hacerlas fuera de las estructuras.

»La mayoría de la gente hace las cosas dentro y a través de las estructuras. Por ejemplo, si quieres construir una casa, decides qué clase de casa quieres, eliges una ubicación, trazas un plano y luego construyes la casa de acuerdo con ese plano.

»Pero hay otro modo de construir una casa: el modo budista tántrico. Primero, dejas que el sitio te elija a ti. Después, vas allí y dejas que el poder del lugar te muestre qué clase de casa debes construir ahí, y luego la construyes.

—¿Y eso qué tiene que ver con la segunda atención?

Empezaba a confundirme la explicación del maestro Fwap y quería que me aclarase las cosas antes de seguir adelante.

—Bien—dijo el maestro, con tono vivaz y dichoso—, supongo que todo tiene que ver con la segunda atención. Esa es la cuestión.

—¡Maestro Fwap! —exigí—. ¿Qué es la segunda atención?

—La segunda atención es el aspecto mágico de la vida —contestó con calma—. Hay dos aspectos de la existencia: el que ves y el que no ves. El que ves es el de la primera atención y el que no ves, la segunda atención.

El maestro se interrumpió y me miró. A la luz tenue de la caverna, distinguí lo suficiente su expresión como para saber que estaba orgulloso de lo que acababa de decir, aunque yo no supiera por qué.

—La segunda atención —continuó— está más allá de las estructuras. Al decir estructuras, me refiero a las dimensiones del tiempo, del espacio y de la mente. La segunda atención es un campo de luz sin fin que existe más allá de nuestra comprensión. Es la residencia de lo que los seres humanos llamamos magia y milagros.

—Sigo sin entender qué es —me quejé.

—Oh, sí, lo entiendes —señaló, sin inmutarse—. Usas la segunda atención cada vez que te deslizas en la tabla por la nieve: por eso lo haces tan bien.

»La mayoría de la gente no cree en la segunda atención —afirmó, con tranquilidad—. Aunque las rodea, y rodea el mundo en que viven todo el tiempo, no la experimentaron nunca.

»¡La segunda atención es el poder de la vida! —afirmó—. Existe en cada átomo del universo, es el poder de detrás de la percepción y de todas las cosas que percibes.

»Mi joven amigo —dijo el maestro Fwap con más suavidad, como si estuviese explicándole algo muy complicado a un niño pequeño—. Hay muchos milagros que pasan sin ser vistos. La existencia misma del universo es un milagro. El hecho de que estemos vivos y conscientes es un milagro. El hecho de morir y renacer es un milagro.

»Estas cosas no pueden entenderse por medio de las porciones pensantes y calculadoras de la mente. Podemos examinar algunos aspectos de esos milagros con esas partes de la mente, pero nunca llegaremos a entenderlos a fondo.

»La segunda atención es una esencia. Existe, tanto si lo sabemos como si no. Mediante la práctica del camino corto del budismo yoga tántrico, aprendemos a convertirnos en un puente entre el poder de la segunda atención, que es el mundo de la magia, y la dimensión de la primera atención, que es, por supuesto, el mundo cotidiano en que vivimos normalmente.

»Por medio de la meditación y otras prácticas tántricas aprendemos a llamar a la puerta del aspecto mágico de la creación. Es el costado invisible de la vida que subyace y sustenta todos los universos.

»¡La segunda atención es antigua y poderosa! —exclamó de pronto—. No le importa de nuestra insignificante razón. Puede hacer cosas inimaginables... ¡de hecho, las hace constantemente! Y si permites que su poder palpite a través de ti, tú y tu vida os convertiréis en vehículos de una parte de esa magia.

—Maestro Fwap, ¿qué tiene que ver esto con el yoga y la iluminación?

—Muy sencillo —respondió—. La gente necesita muchas encarnaciones de práctica yoga para hacer cambios estructurales en sus modelos vibratorios y en los universos en que tiene la capacidad de encarnarse. Pero cuando se libera el poder de la segunda atención en la práctica del yoga, o en cualquier otra cosa, si a eso vamos, el poder milagroso del universo lo penetra y permite que cosas que por lo general ocurren a un ritmo mucho más lento, sucedan más rápido. Hasta hace que ocurran ciertas cosas que, de otro modo, serían imposibles.

—¿Entonces por qué no usan la segunda atención todos los que practican el budismo? —pregunté.

—Lo hacen —replicó—. Cada vez que meditan o concentran la atención en los mundos de la iluminación y en las dimensiones superiores de su mente, ¡eso es lo que hacen! Pero muchos budistas sólo rozan con ligereza la segunda atención. Los potencia y les proporciona una vida mejor, y con eso les basta. Pero no ocurre lo mismo con todos los budistas —rió—. Algunos queremos deslizarnos por el Himalaya interior.

—¿Qué significa eso, maestro?

—Muchos budistas, y la mayoría de la gente, dicho sea de paso, se satisfacen con facilidad y te aseguro que eso no tiene nada de malo. Pero algunos anhelamos más... es nuestro karma. Queremos ir más allá

en la iluminación y más a fondo en el éxtasis. ¡Queremos fundirnos, convertirnos pura iluminación! Deseamos trascender el ego lo antes posible.

»Por tanto, aquellos que queremos alcanzar la iluminación cuanto antes, practicamos budismo tántrico, pues es el camino más veloz hacia la iluminación: eso es todo.

—¿Y eso qué tiene que ver con el hecho de que yo me deslice por las cumbres del Himalaya? —pregunté, suspicaz.

—Permíteme decir que tú, al igual que un budista tántrico —respondió el maestro Fwáp con tono burlón de reproche—, buscas experiencias límite. Muchos de tu edad no necesitarían irse de su país, donde hay montañas de sobra para deslizarse en tabla, y viajar hasta el Himalaya con ese fin. Es parte de tu karma, pues tú eres como eres.

—¿Es un error, maestro? ¿Me comporto como un ambicioso?

—No, en absoluto. Pero es así como funcionas. Los que como yo buscan una rápida iluminación por el camino tántrico, más breve, y algunos como tú, que quieren deslizarse por la nieve de las montañas más altas y majestuosas del mundo, no son ambiciosos sino que los impulsa el karma.

»Desde el punto de vista yóguico, lo importante es no volverse egoísta. Si el que sigue el breve camino tántrico hacia la iluminación siente que es “espiritualmente superior” a alguien que emplea un camino más gradual, comete un gran error y yerra al punto central de la práctica del yoga.

“La práctica del yoga nos enseña que somos todos iguales. Quizá tengamos tendencias exteriores diferentes de las de otras personas, y quizá también tengamos diferentes niveles de conciencia, pero por dentro somos lo mismo.

»Cuando sientes que eres superior a alguien, careces de compasión. Esta es la palabra que usamos los budistas para expresar la comprensión de que aunque seamos muy distintos a otros seres del universo, en el aspecto evolutivo, la apariencia, el talento o la inteligencia somos igualmente valiosos a los ojos de la eternidad. Eso es sabiduría.

»Cuando te sientes superior a alguien, sea en el camino de la iluminación, en el *snowboarding*, en los negocios o en otros aspectos de la vida, te apartas de la luz interior de la iluminación. Ya no eres feliz. Quedas solo con tus juicios, tu egoísmo y tus limitaciones.

»Para llegar al ser extático e ilimitado que mora en nosotros, tenemos que superar tanto los sentimientos de superioridad como de inferioridad. Estos últimos sólo son otro disfraz del ego.

»No te pido que seas falsamente humilde, que evites el éxito o que no hagas cosas de que disfrutas —afirmó el maestro, con una carcajada franca—. Ese no es el estilo tántrico.

»Sólo debes entender que cada uno tiene un karma diferente. Algunos desarrollaron en esta o en otras vidas aspectos de sí mismos, talentos y capacidades de determinada manera, y otros, de otra. Descubre y disfruta de las diferencias y los logros de los demás.

»Disfruta también de tus propias luchas y tus éxitos. Si quieres ser feliz, trata de no caer en la trampa del egoísmo en relación con lo que haces y con quién crees ser, y no te sientas amenazado o celoso de cualquier otro que tenga algo que tú no tienes, o que sepa hacer algo que tú no logras.

»¡Recuerda que todos estamos hechos de la luz inteligente de la iluminación! Esa luz se manifiesta singularmente a través de cada uno de nosotros en su propio estilo especial y misterioso, por motivos que aquí ignoramos.

—Maestro, ¿no hay diferencia entre el deseo y el hecho de hacer algo correcto? No bastará que haga aquello que me siento impulsado a hacer para ser feliz, ¿no?

—Es cierto. Hay diferencia entre los deseos y el karma —respondió—. No es que tenga nada de malo sentir deseos. No olvides que los deseos sólo son otra forma en que el universo expresa el amor por sí mismo, en y a través de nosotros.

»El karma es el nivel de tu conciencia, aquello a lo que te sientes impulsado en la vida —me explicó—. No se disipará hasta que cambie tu nivel de conciencia. Es como la tierra girando alrededor del sol: en tanto el campo de gravedad del sol sea más fuerte que el de la tierra, esta tendrá que girar en torno de aquel.

»Tu conciencia, que es tu karma, es lo que te vincula a las cosas. Eso no es lo mismo que el deseo. El deseo es un impulso de corto alcance hacia un objeto, una experiencia o algún otro aspecto de la vida. Se disipa con el tiempo, en ocasiones minutos o segundos después de su satisfacción. Hay pocos deseos que perduren más de unos años, y mucho menos de toda una encarnación.

»Entonces, cuando te sientes atraído de manera inexplicable hacia algo, alguien o una experiencia, y ese impulso no cede, sabes que ese es tu karma y no un simple deseo transitorio. Y si se trata de un impulso muy intenso que persiste, es probable que provenga de tus vidas pasadas. Si no sigues ese karma, si tratas de evitarlo y de huir de cualquier cosa que lo constituya, nunca serás feliz ni tendrás paz contigo mismo, al margen de lo que logres en este o en otro mundo.

—Maestro Fwap, ¿qué tiene que ver esto con el pensamiento relativo?

—Tu mente tiene la capacidad de percibir de manera relativa y también lógica —respondió, feliz—. Los dos métodos son buenos y sirven a distintos propósitos. El problema es que a la mayoría de la gente se le enseña a percibir las cosas de una sola manera: por medio de la lógica. Nunca desarrollan la capacidad innata de percibir las cosas desde el centro del círculo. ¿Ahora entiendes?

—Creo que sí, maestro —respondí, algo dudoso.

—Entonces dame un ejemplo, por favor —dijo, desternillándose de risa.

Hice una pausa para ordenar los pensamientos. Sentado en silencio, tratando de unir todo lo que me había dicho el maestro Fwap, de pronto percibí que no tenía nada de frío. Estaba en un tris de comentar que la cueva estaba templada, cuando recordé que el maestro esperaba pacientemente mi respuesta.

—Maestro Fwap, usted dice que el universo es una mente enorme, ¿verdad?

—¡Exacto! —respondió.

—Y que todos formamos parte de esa gran mente que es, a la vez, parte de nosotros.

—Sí. Continúa por favor.

—Bien, hablando relativamente, cuando suspendo los pensamientos entro en mi segunda atención; allí veo el universo de manera diferente, desde lo que usted llamó el centro del círculo de percepción. Desde allí, puedo extraer conocimientos de mi vida actual y de las pasadas, o directamente de la segunda atención, que es la sabiduría esencial del universo.

»Por tanto, si estuviese deslizándome montaña abajo y de pronto apareciera un monje budista delante de mí, en lugar de dejarme llevar

por el pánico como hice cuando lo atropellé, podría haber fluido junto con la experiencia. Habría bastado con que aceptara el hecho de que usted estaba allí, como si fuese algo de todos los días, con no afligirme, y con enfrentarlo desde un nivel más profundo de la conciencia. ¿Es así?

—¡Lo has entendido! —exclamó, aplaudiendo.

Nos quedamos sentados en la cueva un rato más. El maestro Fwap me dijo que yo necesitaba tiempo para asimilar mi nueva comprensión del pensamiento relativo antes de abandonar la provechosa energía de la cueva.



Sentado en silencio en la caverna, junto al maestro Fwap, pasaron por mi cuerpo y mi mente una diversidad de sensaciones. En algunos momentos sentía que el universo era parte de mí; en otros, que yo era una pequeña parte de él.

Al cabo de un rato salimos de la cueva y bajamos el serpenteante sendero de la montaña hasta llegar al bosque de rododendros, más abajo. Caminamos por ese bosque una hora, hasta entrar en un valle donde había una pequeña ermita, atendida por monjes budistas amigos del maestro Fwap.

Pasamos los días que siguieron en el monasterio, con los monjes amigos de mi maestro y nunca volví a ser tan feliz como entonces. Pero esa es una historia para otro capítulo.



Experiencias en la cúspide



El antiguo monasterio estaba enclavado en la ladera de un risco de la montaña, en el borde del bosque de rododendros. Albergaba a quince monjes budistas, aunque el maestro Fwap me confió que, en otras épocas, había habido más de cien.

Había sido construido en piedra, madera y argamasa. El patio del frente estaba decorado por decenas de banderas de plegaria de colores vivaces y piedras en las cuales vi grabada la leyenda: “Om Mani Padme Hum”. El salón de meditación era grande: calculé de que allí podrían meditar más de cien monjes al mismo tiempo. Detrás y encima de ese salón estaban la cocina y los cuartos de estudio.

Habíamos llegado con el crepúsculo, en el preciso instante en que se encendían las lámparas del monasterio. Mientras nosotros dos lo contemplábamos, unos monjes salieron al patio del frente y soplaron unos instrumentos musicales semejantes a oboes de unos dos metros de largo. No puedo decir que los sonidos emitidos me agradaban, pero a juzgar por la expresión animosa y feliz del maestro Fwap, él disfrutaba de esa música.

Poco después de nuestra llegada, todos los monjes salieron al patio a saludarnos. Me sonrieron, y varios de los más jóvenes se acercaron e inclinaron la cabeza ante mí.

Por la atención que brindaban al maestro Fwap, noté que los monjes que vivían allí lo apreciaban, lo conocían y sentían un gran respeto por él. También observé que él se comportaba de manera diferente que cuando estaba solo conmigo: parecía a gusto.

Nos condujeron a la cocina, y nos hicieron sentar a una mesa larga con otros monjes. Todos reían y charlaban con el maestro Fwap en nepalí, mientras dos de los más jóvenes nos servían el té.

Después del té, nos llevaron al ala norte y nos hicieron pasar a la habitación del Lama que estaba a la cabeza del monasterio.

Este era muy anciano. Estaba sentado en un cojín de meditación, en el gran cuarto que le servía de dormitorio y despacho. Me saludó con una amplia y cálida sonrisa.

Me agradó de inmediato. A pesar de su edad avanzada tenía un aire juvenil; me pareció inocente y vulnerable. El maestro Fwap le dijo algo en un idioma diferente y los dos se echaron a reír como niños.

Más tarde el maestro Fwap me explicó que el Lama era tibetano, como él. ¡Habían conversado y bromeado en la lengua nativa para que nadie los entendiera!

Unos minutos después apareció sin hacer ruido en la puerta de la habitación del Lama uno de los monjes jóvenes y me llevó a otro sector del monasterio, donde me alojaría.



Me asignaron una pequeña habitación en el extremo del ala sur, con escaso mobiliario y permanente olor a incienso.

En el centro del cuarto había un catre. Vi empotradas en una de las paredes dos pequeñas cómodas de madera oscura, parecida a la teca. Al frente, en el extremo opuesto de la puerta de entrada, colgaba un tanka (una especie de gobelino con escenas religiosas) de colores brillantes que representaban escenas de la vida de Buda.



No recuerdo haber soñado las noches que dormí en el monasterio. Pasaba los días dando paseos con los monjes jóvenes y ayudando en la cocina.

Uno de los monjes jóvenes, más o menos de mi edad, asumió la tarea de enseñarme nepalí. En retribución, me pidió que le enseñara inglés. Pasábamos las mañanas y las tardes juntos, cuando yo no trabajaba en la cocina, caminando por los campos que rodeaban el monasterio, señalando todo lo que veíamos para enseñarnos los nombres en nepalí y en inglés.

Se llamaba Ananda. En el precario inglés que hablaba, me dijo que había nacido en el sudoeste de Nepal, en una pequeña aldea. Comentó que había vivido en otros monasterios antes de llegar a ese, al que llamaba "monasterio del risco". Tenía 17 años.

Me agradaba la rutina del monasterio. Todas las mañanas nos levantábamos con el sol. Nos bañábamos en el agua heladísima que caía rugiendo por la ladera de la montaña; tras pasar por la cocina para tomar té caliente con suero de leche, todos nos dirigíamos al salón para practicar la meditación matinal.

El salón carecía de ventanas y lo iluminaban muchas velas pequeñas. Las paredes estaban cubiertas de tankas de colores vivos que representaban budas, dioses, diosas y escenas de otros mundos, de diseño muy complicado.

Todas las mañanas me sentaba junto al maestro Fwap, de cara al frente del salón, con las piernas cruzadas, sobre un cojín de meditación. En el frente del salón, cerca de una estatua de Buda, el Lama jefe permanecía inmóvil hasta que todos los monjes se encontraran presentes y se hubieran sentado. Luego hacía sonar una campanilla y, de inmediato, todos cerrábamos los ojos y meditábamos.

En un esfuerzo por seguir las indicaciones del maestro Fwap, yo meditaba lo mejor posible. Al comienzo de cada sesión, pensaba casi todo el tiempo. Pero en algún momento de la mañana, mis pensamientos empezaban a hacerse más lentos y, en ocasiones —por períodos muy breves— cesaban por completo.

En esas ocasiones me sentía igual que junto al maestro Fwap en la caverna. Percibía una perfecta quietud interior. El universo parecía fundirse dentro de mí y yo dentro de él; sentía que formaba parte de todo y no tenía miedo.

Observé que todas las mañanas, unos quince minutos después de la sesión de meditación, todo se volvía muy brillante. Mi visión física daba la impresión de aclararse, y todo lo que veía me parecía más

brillante y preciso. Una mañana, después de la meditación, pregunté al maestro Fwap por ese fenómeno. Me respondió que las cosas siempre eran así de brillantes, pero que necesitaba de la meditación matinal para despejar mi mente y ver cuán bella era en realidad la vida.



EL SAMADHI ES LA CUMBRE DE LA MONTAÑA

Un día, cuando llevaba más o menos una semana en el monasterio del risco, el maestro Fwap y yo pasamos la tarde en el jardín del monasterio. Era un día soleado; yo me sentía lánguido y tibio en el jardín, con una taza de té en la mano.

Aquel día el maestro era puras sonrisas. Me anunció que tendríamos que marcharnos unos días después y que debía disfrutar del tiempo que me quedaba en el monasterio. Me comentó que de todos los monasterios que había en el Himalaya, ese era su preferido. Iba allí cada vez que necesitaba despejar la mente y rejuvenecer el espíritu.

—Por lo general, cuando vengo aquí—comentó—paso la mayor parte del tiempo meditando en este jardín. Las líneas luminosas de energía de este valle convergen aquí mismo, en este jardín. Esas líneas de energía son conducentes al samadhi.

—¿Por qué? —pregunté.

—¡Porque emanan de una dimensión de luz perfecta! —respondió, con una risa feliz—. Como te dije en la cueva, cada lugar físico se vincula con dimensiones diferentes. Los monasterios budistas fueron levantados en lugares que conectan las dimensiones donde la luz es más brillante y perfecta.

»Mira alrededor—continuó—. Estamos en un valle rodeado por todas partes por las cumbres del Himalaya. Aquí sólo hay montañas cubiertas de nieve y el bosque de rododendros. Las únicas personas que viven aquí son los monjes budistas, que meditan constantemente acerca del dharma... los pensamientos y sentimientos más dichosos del universo. Aquí no existe el egoísmo. Todas las energías de los monjes se dirigen hacia la fusión de su mente con el océano de la pura iluminación del nirvana.

—Maestro Fwap, ¿aquí la energía es más elevada por las líneas luminosas, o emana de los monjes que meditan?

—Al principio aquí no había monjes ni monasterio —respondió—. Sólo estaban el Himalaya y el bosque de rododendros. Los planos dimensionales que corresponden a este valle estaban en aquel entonces, y aún lo están, constituidos por pura luz inteligente.

»El Himalaya está lleno de sitios como este —prosiguió—. Y como hay muy pocas o ninguna persona en estos sitios, estos lugares de poder e iluminación permanecieron relativamente incontaminados por el aura de los seres humanos mundanos.

—Maestro, ¿hay otros lugares como este fuera del Himalaya?

—Sí, hay unos pocos en cada continente y también en algunas islas —respondió con una sonrisa—. Pero la mayoría fueron tan contaminados por las ciudades que se construyeron cerca o encima de ellos que ya no se pueden usar para obtener samadhi.

—¿Por qué se necesita un sitio especial para experimentar el samadhi? —pregunté—. Yo creía que si uno estaba iluminado podía ingresar en el samadhi en cualquier lugar. Si el samadhi es un estado de meditación profunda de la mente, ¿qué tiene que ver la situación física con el hecho de lograrlo?

Encantado con mi pregunta, el maestro Fwap rió; comprendí que le divertía que por fin me hubiese decidido a preguntarle algo acerca de la meditación en lugar de mi tema eterno, el deporte en la nieve.

—En realidad, en esto intervienen dos cuestiones —empezó a decir el maestro Fwap— y quiero que las consideres complementarias, no opuestas o sin relación entre sí. Ambas son importantes.

»La primera, es comprender qué son los samadhis, y cómo se obtiene: esta es una comprensión puramente técnica de los métodos de meditación. La segunda consiste en aprender a emplear las energías superiores de dimensiones paralelas y los puntos de poder para elevar la conciencia espiritual, y cómo lograr que para una persona sea más fácil experimentar los samadhis.

—Maestro Fwap, si mal no recuerdo, me ha dicho que el samadhi es la ausencia de pensamientos. Lo he experimentado varias veces desde que estamos aquí, en las meditaciones matinales. ¿Eso significa que ya entré en el samadhi?

El maestro Fwap rió con ganas. Los ojos le chispearon, y dijo:

—No, sospecho que lo que has experimentado hasta ahora, en las meditaciones de la mañana, son unos buenos minutos de meditación, pero no el samadhi.

—¿Cómo puedo saber entonces cuándo es el samadhi? —pregunté, frustrado.

—El samadhi —respondió el maestro— es, por supuesto, la ausencia de pensamientos. Digamos que la ausencia de pensamiento es una de las señales de que has entrado en un estado de meditación profunda. Pero hay otros aspectos del samadhi que también tienen que aparecer si lo que experimentas es realmente el samadhi.

»Empecemos diciendo que la experiencia de meditación en el samadhi no es un gran logro aunque, en este mundo, resulta bastante raro. De los cientos de miles de monjes budistas que meditan todos los días sólo un puñado experimenta el samadhi cada vez que medita.

»De acuerdo con nuestras tradiciones yóguicas, el samadhi significa una conciencia plena de Dios o, para decirlo en términos menos religiosos, que tu mente y la mente del universo se funden por un tiempo en una unión extática absoluta.

»Se dice que hay tres etapas en el samadhi: Salvikalpa samadhi, Nirvikalpa samadhi y Sahaja samadhi. El Salvikalpa samadhi es como caer por accidente en un lago bello y puro de bienaventuranza absoluta. Aunque no caes por tu voluntad, de todos modos te refresca.

El Nirvikalpa samadhi es como sumergirse con toda intención en el mismo lago, y nadar y jugar un rato en él. El Sahaja samadhi es como vivir en una casa flotante, en medio del lago de bienaventuranza y acercarse cada tanto a la orilla en procura de provisiones.

»¡La mente del infinito está en todas partes! —exclamó el maestro Fwap, en un jubiloso estallido—. Está alrededor, en nuestro interior y más allá: está en todas partes y en ninguna al mismo tiempo.

»Hasta cierto punto, experimentamos la mente de Dios en todas las cosas. En el mundo que vemos y sentimos todos los días, en la gente que conocemos, en lo que pensamos y en lo que sentimos. Los universos físicos, las dimensiones astrales y causales son aspectos diferentes de la mente de Dios.

»Pero cuando experimentamos la vida a través de nuestros sentidos y con nuestros pensamientos, no captamos su naturaleza

esencial, su forma más pura y radiante, sino la capa exterior del éxtasis de la vida.

»La mayor parte del agua del lago está oculta bajo la superficie. Del mismo modo, sólo se ve una pequeña porción de la vida. La parte más grande de la vida es no física y existe más allá de la superficie física de la vida, en otras dimensiones.

»Si quieres vivir la vida en su totalidad, tienes que entrar en el samadhi. Hacer cesar los pensamientos unos minutos durante la meditación, cosa que ya te sucedió varias veces en el salón de meditación las últimas mañanas, te permitirá vislumbrar las profundidades interiores del infinito. Pero en el samadhi obtendrás más que un vislumbre, experimentarás el infinito, las profundidades eternas y perfectas de la existencia.

»La experiencia del samadhi nunca se repite idéntica dos veces —continuó—. En cierto modo, es como subir una de nuestras montañas del Himalaya. Las condiciones climáticas y la cantidad de nieve que cubre un monte cambian constantemente. Aunque subas la misma montaña una y otra vez, nunca vivirás exactamente la misma experiencia dos veces, pues las condiciones de la montaña cambian siempre.

»Como el nirvana no tiene fin, es siempre nuevo e inmutable, aunque cambie siempre, y como tu destreza para vivirlo, para subir a la cumbre de la montaña de la meditación, por así decirlo, también aumenta a medida que tu vida se vuelve más fluida y poderosa, tus experiencias en el samadhi, tus viajes extáticos al nirvana, nunca serán exactamente iguales.

»El samadhi es el éxtasis que está más allá de la comprensión —prosiguió el maestro Fwap—. Durante la meditación profunda, cuando empiezas a entrar en el samadhi, cada célula de tu cuerpo se colmará de un éxtasis intenso. Este éxtasis comienza en la base de la columna vertebral y se eleva a medida que la energía kundalini asciende por tu sushumna.

»Tu sushumna es el conductor básico de la energía kundalino en tu cuerpo no físico. Es el conducto astral que corre entre tus chakras principales y los conecta. Comienza en la base de la columna, donde está el primer chakra, y sube por el chakra del bazo, el del ombligo, el del corazón, el de la garganta, y termina en el sexto chakra, el tercer ojo,

que está ubicado en el centro de la frente. Corre en el plano astral junto a tu columna vertebral y a lo largo de ella.

»Para entrar en el samadhi tienes que apelar a la energía kundalini de tu chakra de raíz, el que está en la base de la columna, ¡hasta el tercer ojo! Luego, tienes que trasladar toda la energía kundalini que obtuviste al sexto chakra, el tercer ojo, y al séptimo chakra, que los budistas yóguicos llamamos chakra corona.

»Esta es la parte más difícil, pues el chakra corona no está directamente conectado con el tercer ojo por el sushumna. Se necesita una gran fuerza de voluntad y una pureza vibratoria total para trasladar la energía kundalini hasta el chakra corona desde el tercer ojo.

»Cuando la energía kundalini entra en el chakra corona, experimentas el samadhi. Como ya te he dicho, es la experiencia directa del nirvana.

»El chakra corona es el nexo entre mil planos dimensionales. Por eso, en el budismo yóguico, a menudo se lo conoce como el loto de luz de los mil pétalos.

»La cantidad de kundalini que eres capaz de llevar a tu chakra corona —dijo el maestro Fwap—, determinará cuántas de esas dimensiones, los pétalos del chakra corona, se activan al mismo tiempo. Los diferentes samadhis sólo son una forma de saber a cuántos pétalos del chakra corona eres capaz de acceder simultáneamente. Cuantos más sean, más extático será tu samadhi y más completa tu experiencia del nirvana.

»Por favor, no olvides —dijo el maestro con tono enérgico y formal— que lo que acabo de describir es sólo un esquema verbal de cómo se logra la experiencia del samadhi. En el mejor de los casos, es un diagrama de cómo se mueve el kundalini.

»¡Hay muchísimo más en el hecho de lograr el samadhi, la iluminación y el nirvana, de lo que te he transmitido en esta simple descripción verbal! Uno sólo aprende las sutilezas de los samadhis, y el modo de tornarse iluminado y de fundirse con el nirvana, después de ser iniciado y de estudiar con un maestro budista iluminado en persona.

—Maestro Fwap, ¿de qué modo le afecta el movimiento de toda esa energía a través de los chakras?

—A medida que la energía kundalini asciende por tu sushumna y pasa a través de los chakras, lo que ocurre cuando puedes detener

todo pensamiento por períodos prolongados, quema todas las impurezas que existen en tu cuerpo físico, en tu mente y en tu cuerpo sutil. Una vez que todas esas impurezas han sido consumidas por completo, tu mente se convierte en pura luz.

»Luego la esencia de tu cuerpo espiritual, como luz, entra en el nirvana—siguió explicando—. Al principio, existe una ligera sensación de diferenciación. Es como deslizar los pies en unos zapatos que se adaptan a la perfección: tú sientes por un instante cómo los pies se deslizan, pero unos minutos más tarde ya no sientes que los zapatos están separados de los pies.

»Después de entrar en el samadhi a lo largo de muchas vidas —me explicó el maestro—, ya no hay sentido de la individualidad. Estás absorto en el corazón de luz sin movimiento. Descansas allí, sin saberlo. Toda conciencia de ello, o de cualquier otro plano o mundo, llega a su fin. Sólo hay luz, la conciencia perfecta y pura del nirvana.

»Tanto la profundidad de tu ingreso en el nirvana como la cantidad de tiempo que pasas en esa absorción perfecta, dependerán de la fuerza de tu mente, tu cuerpo y tu espíritu, de la cantidad de energía de que dispongas y también, hasta cierto punto, de tu ubicación física.

—¿Por qué, maestro?

—¡No todos los sitios son iguales! Tal vez lo parezcan para el ojo del no iluminado, pero están conectados a dimensiones diferentes y poseen diferentes niveles y clases de energía pránica.

»Una de las tretas para entrar en el samadhi —continuó el maestro Fwap—, después de haber recibido la preparación apropiada y aprendido las técnicas secretas de un maestro iluminado, consiste en estar en el lugar adecuado en el momento exacto.

—Maestro Fwap, ¿a qué se refiere cuando habla de preparación y qué son las técnicas secretas?

En respuesta, el maestro rió con ganas.

—Quieres saber todo al mismo tiempo —sonrió—. Supongo que ese es el estilo norteamericano.

»Bien, no pretenderás experimentar el samadhi sin la preparación adecuada, ¿verdad? En cierto modo, entrar en el samadhi es como volar en avión. Sin ninguna instrucción, no creo que sepas hacerlo arrancar. Con un poco de instrucción tal vez puedas despegar, pero no sabrás volar. Con una buena instrucción, podrás volar en situaciones

normales. Pero si quieres volar a mayor altitud, donde el clima resulta más problemático pero al mismo tiempo el panorama es imponente, necesitarás una instrucción excelente.

—Pero maestro Fwap, yo le oí decir que bastaba con hacer circular la energía kundalini desde la columna vertebral hasta el chakra corona. ¿Por qué necesitaría nadie más instrucción que la técnica necesaria para hacerlo?

—Te pido una vez más que tengas paciencia. Sé que, en ocasiones, mis explicaciones son un poco largas. Pero estás aprendiendo un tema muy complicado, el budismo yóguico, y es importante que comprendas los fundamentos antes de aventurarnos en los espacios entre las dimensiones.

»Para un estudiante serio del budismo yóguico es imprescindible contar con un maestro iluminado.

—¿Por qué, maestro Fwap? Estoy seguro de que tener un buen maestro hace más fácil y rápido aprender cualquier tema, pero, ¿por qué no se puede aprender budismo yóguico en un libro, como se hace con cualquier otro tema?

—El budismo yóguico es el estudio del poder, el equilibrio y el conocimiento —respondió el maestro—. Esos tres pasos llevan a la conciencia iluminada. Ninguno de ellos puede soslayarse, pues de lo contrario no se ingresará en el samadhi.

»Una parte de las enseñanzas básicas del budismo yóguico puede aprenderse en un libro —dijo, con sonrisa preocupada—. Por ejemplo, puedes leer las cosas de las que hemos hablado hasta ahora. Pero para practicar el yoga superior, necesitas la energía, la pureza de vibraciones, el ejemplo, el humor, la paciencia y la sabiduría de un maestro contemporáneo.

»Lo primero y más esencial que obtienes al estudiar con un maestro es el poder puro. Al estar con tu maestro, él transfiere energía kundalini de alto grado a tu cuerpo sutil.

»Los poderes que te traspa el maestro dan energía a tus chakras y los activan, lo que te permite hacer cosas que no podrías hacer con la energía de que dispones normalmente.

»El poder áurico del maestro despierta las habilidades y talentos de tus vidas pasadas, y hasta puede aumentar tu coeficiente intelectual.

»Cuando estudias con un maestro iluminado, logras además

pureza de vibraciones. El solo hecho de estar en el aura del maestro en forma regular desintoxicará tu propia aura y hasta te ayudará a dejar de lado muchos de los modelos kármicos negativos que fuiste adquiriendo en el transcurso de tus encarnaciones.

»El ejemplo es otro bien importante que adquieres estudiando con un maestro. Observando al maestro budista en diferentes situaciones, tendrás una visión personal de cómo despliega la gracia, incluso bajo presión, en cualquier circunstancia. De hecho, suele ocurrir que la sociedad persiga a los maestros iluminados.

—¿Por qué?

—Un maestro iluminado es sincero con lo demás. Los seres humanos están tan acostumbrados a mentirse entre sí y a sí mismos, que han llegado a llamar verdad a esas mentiras. Pero los maestros iluminados siempre dicen la verdad, lo que los vuelve odiosos para mucha gente, incluidos sus propios discípulos.

»Pero si lo que en realidad buscas es la iluminación —continuó el maestro con tono fuerte y enfático—, querrás y necesitarás la sinceridad de tu maestro, aunque lastime tu ego desmesurado de manera sistemática.

—¿Cómo se relaciona todo esto con entrar en el samadhi, y de qué manera el emplazamiento físico, como este valle, puede facilitarlo? —pregunté.

—Por las corrientes pránicas que hay aquí —respondió, evasivo.

—¿Qué es, exactamente, la corriente pránica? —insistí, frustrado.

—Es la corriente invisible de energía que fluye de una dimensión a otra. Si la corriente pránica está muy cargada, lo que ocurre cuando proviene de una dimensión con vibraciones muy rápidas, el área física por la que pasa esa dimensión también quedará muy cargada. Este valle es uno de esos sitios.

»Si las corrientes pránicas provienen de una dimensión que vibra con más lentitud que la energía de nuestra propia dimensión, el área física de trayecto pránico se cargará en forma negativa.

—¿Y eso qué produce?

—Si pasas un tiempo en semejante sitio, la frecuencia vibratoria de tu cuerpo sutil se hará más lenta. Te sentirás cansado y desanimado. Si te quedas mucho tiempo, contraerás una enfermedad física. Además,

al estar en un área con carga negativa, te resultará difícil o imposible percibir las cosas físicas.

»Por otra parte, un valle como este está lleno de energía pránica positiva y esta energía acelera la frecuencia vibratoria de tu cuerpo sutil. Cuando entras en meditación aquí, ya sea en el nivel básico o en el samadhi, el realce que recibes de la carga positiva de prana disponible en este sitio te facilitará llegar a un estado superior de meditación.

»Cuando el viento sopla en la misma dirección que el avión, la velocidad del artefacto aumenta de manera significativa —afirmó el maestro—. Si vuela con viento en contra, avanza más lentamente. Las corrientes pránicas actúan de forma parecida: pueden ayudarte en la práctica de la meditación o dificultarla, según el tipo y la intensidad de la energía pránica presente.

»Ya es bastante por ahora —dijo con risa suave—. Meditemos un rato aquí; después iremos a buscar al Lama.

El maestro Fwap cerró los ojos y entró en meditación. En instantes, quedó rodeado de una luz dorada. ¡Pocos minutos después, la luz dorada que emanaba de él se volvió tan densa que yo casi no lo veía, aunque estábamos al aire libre y a plena luz del día!

Tras observar un momento la luz dorada que fluía alrededor del maestro Fwap, cerré los ojos y dejé que mi mente se relajara. Lo primero que supe a partir de entonces fue que el maestro me golpeteaba el hombro. Abrí los ojos y, para mi gran sorpresa, ya estaba casi oscuro. Había meditado unas horas, aunque sólo me parecieron segundos.

Por cierto, el maestro Fwap tenía razón. Las corrientes pránicas intensas del valle me facilitaban mucho la meditación.

El maestro se levantó y se estiró. Luego, los dos regresamos andando en silencio al monasterio. En todo el valle sólo se oía el sonido de nuestros pies resonando en los gastados peldaños del patio.



Ultimo capítulo

El vacío de la nieve



El maestro Fwap y yo pasamos varios días más en el monasterio del risco. En ese lapso, tuve oportunidad de practicar meditación y aprender más nepalí. Hacia el final de nuestra estancia, empecé a inquietarme. El maestro Fwap me explicó que en el valle las corrientes pránicas eran demasiado fuertes para mí y que por eso me sentía así.

Abandonamos el monasterio por un sendero que nos llevó a través de una serie de valles entre grandes montañas nevadas. Resultaba extraño caminar entre campos verdes y bosques, pues hasta ese momento habíamos estado rodeados de montañas escarpadas, cubiertas de nieve.

Pasamos por pequeñas aldeas en nuestro camino. ¡Al parecer, todos los habitantes de Nepal eran amigos del maestro Fwap! Dondequiera fuésemos, nos trataban como invitados de honor. Los aldeanos nos daban comida y té con suero de leche sin que lo pidiésemos, y muchos preguntaban con toda cortesía si la tabla que yo llevaba a la espalda era un objeto religioso.

El quinto día de viaje llegamos a un desfiladero muy elevado. Pasamos buena parte de la mañana subiendo casi en sentido vertical. Cuando llegamos a la cima, nos sentamos a descansar en el suelo

nevado. Como de costumbre, yo estaba empapado en transpiración; en cambio el maestro Fwap daba la impresión de no haber sudado.

Guardamos silencio unos minutos. Poco a poco se aquietó el golpeteo dentro de mi pecho y mi respiración se regularizó. Me volví a mirar al maestro y vi que estaba absorto en la meditación, con los ojos cerrados.

Contemplé la escena que se extendía a mis pies: los valles verdes y las montañas nevadas de Nepal parecían prolongarse al infinito. Todo era silencio y belleza. A diferencia del mundo agitado del que yo procedía, no había ruido de automóviles, ni humo, ni ninguna otra señal del "progreso" del hombre. El mundo que ahora contemplaban mis ojos era incorrupto, puro y natural.

—¿Lo ves? —dijo el maestro Fwap—. Esta es la vida. Vacía y pura, como la nieve del Himalaya.

Giré y vi que el maestro Fwap tenía los ojos abiertos y contemplaba la misma escena en la que yo había estado absorto hasta ese instante.

—Maestro Fwap, ¿cómo puede decir que la vida es vacía y pura como la nieve? El mundo creado por el hombre es un sitio horrible, plagado de ruido y contaminación. Este es uno de los pocos lugares limpios que quedan en la tierra. Y eso no es todo. Las personas son crueles entre sí. ¡Se matan en la guerra, se roban, y se oprimen de mil maneras! ¿Cómo puede decir que es vacío y puro? Yo creo que es todo lo contrario: atestado e impuro.

—Sí —repuso—. Tal vez para el ojo exterior sea así. Pero antes tienes que entender la vacuidad y pureza de la nieve del Himalaya; después quizás entenderás por qué pienso que el mundo también es vacío y puro.

—Maestro, no entiendo lo que quiere decir.

—La nieve del Himalaya es vacía y pura. Eso significa que viene del cielo, cubre las montañas y luego se funde al calor del sol. Aquí, a veces la nieve cae tan espesa que no ves a medio metro de tu cara. Cambia las montañas: las convierte del color de la piedra en un blanco puro.

—¿Y eso qué relación tiene con que el mundo sea vacío y puro?

—El mundo es vacío y puro —respondió con dulzura—. Siempre fue así, y siempre lo será, eternamente. Nosotros no podemos cambiar eso.

—Maestro, sigo sin entender qué quiere decir con eso de vacío.

—Vacío —respondió— es un término que implica ausencia. También podría emplear la expresión “plenitud que está más allá de la comprensión” y significarían lo mismo. Son las únicas palabras que conozco para tratar de expresar lo que es el vacío.

—¡Pero vacío y plenitud son opuestos! ¿Cómo es posible que signifiquen lo mismo?

—Constantemente hay dos mundos ante nosotros —me explicó, paciente—. Un mundo que todos podemos ver y otro invisible a todos, excepto a los iluminados.

»¡El mundo que todos somos capaces de ver parece sólido, pero en realidad no lo es! El mundo que no vemos es irreal en apariencia, pero es mucho más sólido y real que el que tenemos ante los ojos todos los días.

»Llamamos vida al mundo visible y muerte al invisible —continuó el maestro Fwap—. Quizá la muerte no sea la única condición, pero no se me ocurre una palabra mejor.

»La solidez aparente del mundo visible es efímera —afirmó, sin exaltarse—. En él, nada perdura. Cada segundo llega a su fin una de las obras del hombre. No tienen ninguna sustancia.

—¿Cómo puede ser así, maestro? El mundo existe siempre: ¿cómo es posible que termine a cada segundo?

—Te lo demostraré. Este momento ahora existe... ahora, ya pasó y estamos en uno nuevo... y ahora ese también pasó y nos encontramos en otro distinto.

»Cuando termina cada momento —continuó—, el mundo termina con él. En cada momento nuevo, el mundo nace otra vez. Esos finales y esos comienzos momentáneos son lo que tú llamas vida. Sin que lo adviertas, tu mente y tu cuerpo lo experimentan constantemente.

»Todo lo que ocurre en un momento, termina en un momento y nadie sabe por qué. Es así. Los seres humanos se engañan al creer que hay pasado y futuro, que las cosas duran y son importantes. Pero se trata de una percepción ilusoria.

»Nada permanece y nada importa, en realidad las cosas duran sólo en apariencia y son importantes cuando experimentas la vida por medio de los sentidos y las percepciones de tu mente física.

»Eso quise decir con vacío... que el mundo que ves alrededor

carece de toda solidez. Viene y va de un instante al otro. ¿Para qué inquietarse por algo pasajero que sucede aquí?

»Sé que tienes buenas intenciones —dijo el maestro con una risilla animosa— y que tu corazón es puro. Por eso el karma te eligió para que fueras mi discípulo. Has nacido con un corazón puro... mejor dicho, con un aura pura. Es así porque meditaste en muchas de tus encarnaciones pasadas y en ese proceso eliminaste todas las impurezas de tu ser interior.

»Pero la sabiduría nos dice que nuestras preocupaciones, las cosas que nos inquietan, son irreales. Sólo nos importan cuando no vemos la vida como los iluminados.

—Maestro Fwap, ¿cómo ven la vida los iluminados?

—Tú deberías saberlo: fuiste iluminado en muchas de tus vidas pasadas —dijo con tono cortante.

—Bueno, tal vez sea así, pero yo no lo recuerdo. Por favor, ¿puede decirme cómo se ve todo a los ojos de una persona iluminada?

—Todos nosotros estamos constituidos por partículas de luz inteligente —respondió—. Pero ese sólo es un aspecto de nuestra naturaleza. También tenemos otro, que es el que sólo pueden ver los iluminados.

»El vacío de la nieve es la muerte —dijo el maestro Fwap, con un ademán que abarcaba todo lo que veíamos de ese vasto panorama—. Es el otro aspecto de todo esto que tú llamas vida.

—Maestro Fwap, ¿qué es la muerte?

—Bueno, querido muchacho: la muerte es la vida.

—¿Eso significa que la vida es la muerte? —pregunté, vacilante.

—Sí, exacto. ¡Lo has captado muy bien!

El maestro me dirigió una sonrisa radiante.

—Magnífico, maestro Fwap, pero ¿qué significa eso?

—Eso significa que el mundo es perfecto y nada ni nadie está en condiciones de modificar esta cualidad. El mundo invisible del que sólo los iluminados pueden ver la esencia, es la vida eterna. A eso regresamos cuando morimos. Por un tiempo, volvemos a la perfecta luz eterna; después nos reencarnamos.

»Este mundo que ves ante ti renace y muere a cada momento. Cuando nace, sale del mundo invisible, aquel que no puedes ver. Cuando muere, también regresa a ese mundo que es conciencia perfecta. Es

éxtasis. Allí no hay sufrimiento, no hay sensación de pérdida o ganancia, no hay dolor.

»¡Es un error sufrir por todo lo que ves, sientes o experimentas en este mundo momentáneo! Eso es lo mismo que inquietarse por una pesadilla. Los sueños son insustanciales, no perduran. Cuando despiertas, por vívido que haya sido el sueño, queda en el pasado, ya no existe. Entonces, ¿qué sentido tiene angustiarse por algo que ya no existe?

»Cuando ves el otro lado de la vida, el mundo al que llamas muerte, el misterioso universo que está más allá de nuestra mente y nuestros sentidos, todo el dolor y la frustración de la vida se desvanecen. Verás que todo y todos los que amas, que quizá parecen destruidos, siguen bien. Sólo pasaron del mundo transitorio al del vacío. Regresaron a la reserva de vida que llamamos nirvana.

»El mundo está vacío —dijo el maestro casi en un susurro. Todas las personas y los lugares, la tierra, los mares, las montañas, desiertos, selvas y ciudades, y los seres que los habitan, son intercambiables.

»¡Claro que parecen cambiar! —exclamó de pronto—. Pero una parte de ellos regresa al nirvana, y otra parte avanza. Como no puedes verla, parece un truco de magia. Estamos convencidos de que ocurrió algo, pero en realidad no sucedió nada.

—¿Cómo es posible?

—Es la perfección de la vida —respondió, con una amplia sonrisa—. Te daré un ejemplo con el que quizás entenderás por qué lo que sucede en la tierra no me entristece como a ti.

»Ten en cuenta a los niños que nacen. Pasan por muchas etapas: la adolescencia, la juventud, la edad mediana y después la vejez. Luego, mueren. En apariencia, experimentaron muchos cambios y desaparecieron. Pero, en realidad, esa no es toda la verdad.

»Del otro lado de esta vida hay innumerables dimensiones, realidades sin fin que se extienden hasta el infinito. Son mundos de formas y dimensiones similares al nuestro. También existen mundos sin forma, hechos de luz pura y perfecta. Detrás de los mundos informes y de los otros, hay algo más aún: el nirvana es el lugar donde se forman y de donde provienen todos esos mundos, con y sin forma.

—Pero, ¿cómo es posible, maestro Fwap? ¿Acaso está diciendo que todo lo que existe ahora existió en el nirvana antes de venir aquí?

—¡Exacto! Todo es eterno. En la vida no hay principio ni fin.

Tampoco hay medio. Las cosas aparecen en este mundo por breve tiempo. Llegaron desde el nirvana. Existen aquí durante un breve período y después regresan al nirvana.

»El nirvana es el vacío —continuó—. Contiene todo lo que ha sido, es, o será.

—Maestro, ¿eso significa que el nirvana es el paraíso?

—No con el significado que le das tú —respondió.

—Si no es el paraíso, ¿qué es?

—Imagina el nirvana como un océano sin fin de luz inteligente. Se extiende desde siempre, en todas direcciones y a través de todos los tiempos. Luego, después de un tiempo, las cosas se disuelven en su esencia, en el nirvana sin forma.

»Nada puede morir y nada puede renacer. Sólo cambia la apariencia externa de las cosas. Cuando puedas ver el interior de las cosas y de las personas, descubrirás que su esencia es luz inmutable y perfecta. Todos somos nirvana: eso, que constituye nuestra forma esencial, es esencia sin forma de existencia perfecta.



El maestro Fwap calló. Permanecimos un rato sin hablar, escuchando el sonido del viento que corría entre los desfiladeros de las montañas nevadas. Después me indicó que siguiera adelante, deslizándome montaña abajo con la tabla. Me dijo que no tenía que pensar en ese momento en lo que acababa de decirme, sino que debía reflexionar en ello en el futuro.

—Tú límitate a concentrarte en mantenerte en la tabla —agregó, riendo.

Subí a la tabla y me lancé montaña abajo, a través de una capa profunda de nieve polvo. Sin esfuerzo, zigzagueé eludiendo varios peñascos y terminé la carrera en tiempo récord. El maestro Fwap me esperaba al pie de la montaña, con la túnica color ocre ondeando al viento.

Me bajé de la tabla y me acerqué a él. Estaba bastante oscuro, y el viento helado del Himalaya me hacía tiritar.

—¡Lo has hecho muy bien! —me felicitó—. Si quieres, puedes seguir estudiando budismo yóguico conmigo.

Sonrió. Permanecimos unos minutos mirándonos de frente, en silencio. Sólo en ese momento comprendí cuánto había llegado a querer a ese monje anciano y misterioso.

Colmado de emoción, aparté la mirada. Luego, el maestro Fwap y yo descendimos juntos lo que quedaba de la ladera nevada hasta el camino de piedra y grava que se extendía ante nosotros, donde un autobús de turismo negro y amarillo nos llevó de regreso a Katmandú.



Rama - Dr. Frederick Lenz

En las cumbres del Himalaya

Antes de llegar a la iluminación, el monje zen pensaba que cortar leña y acarrear agua eran tareas vulgares, repetitivas, aburridas. Pero después de la iluminación, su percepción de cortar leña y acarrear agua, como de todo lo demás en la vida, cambió de manera radical. Descubrió que la iluminación existe tanto en cortar leña y transportar agua como en sentarse en lo alto de una montaña y meditar todo el día.

Antes de la iluminación —continuó con paciencia el maestro Fwap—, el mundo parece tridimensional, denso y aburrido. Pero en realidad el mundo no es tridimensional y, si tienes plena conciencia, es cualquier cosa menos aburrido.

La vida está constituida por millones de dimensiones. Para un espíritu despierto, la vida, y hasta la tarea cotidiana más monótona, jamás resultará opaca ni aburrida, ¡pues el infinito existe en todas las cosas!

Antes de ser iluminado, los pensamientos, conceptos y rutinas mentales del monje bloqueaban su percepción del resplandor infinito que existe en el interior de todas las cosas.

Inspiración



Javier Vergara Editor
Buenos Aires / Madrid
México / Santiago de Chile
Bogotá / Caracas / Montevideo

ISBN 950-15-1541-9



9 789501 515411